L · I · B · R · E

Pensamiento

VERANO 1998 

450 pesetas

• NI REFORMA NI REVOLUCIÓN

• DARIO FO: LA RISA Y LA POLÍTICA

• Dossier:

REPARTIR EL TRABAJO, REPARTIR LA RIQUEZA

En este número...

Tema del trimestre:

Consejo Editorial

Chema Berro, Russell Di Napoli, Félix García, Carlos Taibo, Jesús Sáinz, Carlos Ramos, José Luís Ibáñez, Agustín Morán, Paco Marcellán, José Luis Arantegui, Víctor Frago, Antonio Morales, Joan Hernández.

L • I • B • R • E
Pensamiento

• Nº27 • VERANO 1998 •

Edita

Confederación General del Trabajo. Secretaría de Comunicación.

Director-Coordinador

Antonio Rivera

Fotografía

Jose

"Sombras"

Algunas de estas fotos se han utilizado en el montaje *Sombras en la casa de Bernarda Alba* de Luis Mª García (1998)

Coordinación técnica

Mikel Galé

Diseño

José Luís Ibáñez
Joseba Iñaki Bengoa

Maquetación

Textos i Imatges S.A.L.

Composición e Impresión

Servicio de Documentación y Publicaciones (SDP-CGT)

Redacción

Calle Sagunto, 15. 28010 Madrid. Tel. (91) 593 16 28. Fax. (91) 445 31 32. e-mail: rojoynegro@cgt.es

Depósito Legal: V-1735-1991
I.S.S.N: 1138-1124

LIBRE PENSAMIENTO
PAPELES DE REFLEXIÓN Y DEBATE.
CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO (CGT)

CGT

Editorial

La revolución tecnológica que estamos viviendo en los últimos decenios ha posibilitado una relación diferente con el trabajo. En realidad, ha trastocado radicalmente la relación con el trabajo. Por otro lado, como ocurre con todas las revoluciones tecnológicas, ha incrementado exponencialmente las posibilidades de extraer riqueza del entorno natural, a tal punto que ha colocado en el primer plano de la atención el riesgo del agotamiento de recursos de nuestra madre Tierra. En todo caso, esos cambios propician una realidad objetiva de abundancia. El género humano es capaz de crear más riqueza que nunca.



Sin embargo, la generación de recursos y la dependencia de las *necesidades* que el ser humano se crea dan lugar —han dado lugar históricamente— a profundas contradicciones. Pareciera, y así es, como si la naturaleza y la cultura estuvieran en permanente contradicción. De esa manera, la abundancia y la miseria conviven por mor de una organización social injusta que beneficia a unos hasta la exageración y condena a los más hasta el escándalo.

Con el tiempo de trabajo pasa lo mismo. Los hay que lo atesoran con avaricia y ambición desmedida, mientras que millones quedan a expensas de la penuria al no disponer de un empleo que les permita ganar el sustento. La cultura y la naturaleza chocan porque quienes organizan la sociedad son conscientes de que su posición depende de que existan grandes colectivos privados de autonomía de recursos y de capacidad para decidir su propio futuro.

El reparto del trabajo se impone entonces como argumento de razón y de justicia social, como mecanismo corrector y capaz de congeniar lo que debemos hacer con lo que podemos hacer. Si antaño fueron los "3 ochos", hoy lo son las 35 horas semanales. Es la consigna en la que todos coincidimos, más allá de las diferencias de estrategias de las distintas opciones políticas y sociales. A tal punto es de razón, a tal punto es posible esa demanda, que hasta los sectores más organizados de la empresa se lo pueden permitir. Incluso eso es un peligro real que no solo disuelve el contenido social de la demanda sino que contribuye además a empeorar las condiciones de empleo de quienes trabajan y las condiciones sociales de quienes no tienen sitio para hacerlo.

Las 35 horas han de ser defendidas por ley, en cómputo semanal y con compromiso de generar empleo para quienes no lo tienen. Por ley porque desgraciadamente es lo único que puede asegurar un tanto que el criterio sea general para quienes pueden defenderse y para quienes están permanentemente indefensos por razones diversas. En cómputo semanal porque de otra forma —contabilizadas en otros plazos— posibilita que las empresas organicen en su beneficio el reparto horario haciendo que cada trabajador quede a disposición permanente del patrón, además de intensificar la productividad con menos mano de obra, con la consiguiente y negativa repercusión en el empleo. Con compromiso de creación de nuevos puestos de trabajo porque no se trata solo —ni siquiera principalmente— de mejorar la situación de lo que hoy tienen empleo, sino de propiciar la incorporación en condiciones de nueva gente al mercado laboral.

Pero si no hay trabajo, ¡un salario! Efectivamente. Si la sociedad, por injusta, no es capaz de ofrecer un empleo para que todos puedan ganar el sustento, está obligada a proporcionar un mínimo vital para todos

sus miembros. El salario social, a través de muy diversas denominaciones y con encontradas modalidades y resultados, ha sido ensayado en otros países y hoy cobra actualidad en el nuestro. En todo caso, tampoco es una cuestión fácil y tan palmaria como resulta de la simple evocación de la consigna.

El salario social y las formas de su aplicación pueden dar lugar a efectos sociales perversos y pueden contribuir a escindir todavía más la sociedad en lugar de integrarla, a excluir a importantes colectivos en lugar de darles una posibilidad para su integración en condiciones. Un salario universal para todos puede ser un brindis al sol. Un salario social limitado en su cuantía refuerza la exclusión y la dependencia de quienes se ven forzados a él. Tampoco hay que perder de vista que vivimos tiempos sociológicamente poco propicios y que la ancha clase media de todos los países progresados quiere vivir sin privaciones, con pocos impuestos, individualizando el futuro y manteniendo invisibles a cuantos no pueden aspirar a su sociedad. Y esa ancha clase media es la que manda en términos cuantitativos, la que apuntala el orden establecido.

Se trata, pues, no solo de tener la razón y la justicia de parte de uno. El reparto del trabajo y el salario social son cuestiones que hay que seguir debatiendo y perfilando hasta llegar a las mayores concreciones posibles. La consigna sirve hasta donde sirve. A partir de un determinado momento hay que sacar el lápiz y echar cuentas de lo posible. Y debemos saber qué es lo posible y hasta dónde es factible aspirar.

Además, y como siempre, semejantes demandas no son sino nuevas expresiones de la presente lucha de clases. Esto no va a caer del árbol por ningún principio o ley universal. Hay que arrancar el fruto y para ello hay que presionar a la vez que convencer, hay que ganar la mayoría social.

Por delante y por detrás, por encima del reparto del trabajo y del salario social está la expectativa del reparto de la riqueza. Porque de eso se trata. En definitiva, matrimoniar la naturaleza y la cultura, con el sentido común y la justicia social como testigos del enlace. Y para eso, hay que convencer a la mayoría y doblar el brazo a quienes desde la minoría siguen gobernando nuestras vidas.

Dossier

REPARTIR EL TRABAJO REPARTIR LA RIQUEZA

El reparto del trabajo, la semana de 35 horas, el salario social y el reparto de la riqueza son parámetros y demandas para un tiempo contradictorio en el que la abundancia convive con la miseria. El pasado 20 de junio, una masiva manifestación ha puesto momentáneo punto final a una prolongada campaña en favor de esas exigencias y necesidades. Con todo, más allá de las consignas y de lo más o menos preciso de los términos, hay un profundo y denso debate al respecto de estas cuestiones. Un debate que si comenzó en algunos países europeos hace ya alguna década, ahora definitivamente se traslada al nuestro y nos obliga a pensar, repensar y definir con precisión los términos. ¡Repartir el trabajo! Sí, pero, ¿qué trabajo? ¡Salario social! Sí, pero cuál y para qué. De eso trata este monográfico.



Argumentos para un compromiso social por las 35 horas y la renta básica

El paradigma del 97

El año 97 ha resultado un año paradigmático para dejar en evidencia una de las más apreminentes y falsas coartadas neoliberales: el crecimiento económico es la solución al paro.

En el Estado español, fue un año magnífico para los negocios: 35% de media de los beneficios empresariales y disminución del 15,8% en los gastos financieros y del 1,1% en los de personal, los techos históricos de la bolsa saltaron por los aires en varias ocasiones, las privatizaciones de empresas públicas permitieron formidables dividendos a las grandes corporaciones, etc.

Sin embargo, la *España que va bien* siguió ostentando el récord de la Unión Europea de paro y de precariedad (a nivel procrentual) con 3.360.000 parados (de los que los y las jóvenes menores de 25 años suponen casi una tercera parte) y 3.230.000 trabajadores eventuales. Otros 3 millones de personas trabajaban en la economía sumergida,1 millón de hogares tenían a todos sus miembros en paro y vivían por debajo del umbral de la pobreza, más de 2 millones de personas carecían de prestaciones sociales, cerca de medio millón cobraban la ayuda familiar (menos de 50.000 ptas. al mes) y algo más de 200.000 recibían el subsidio agrario (ligeramente superior a las 30.000 ptas. mensuales).

«Los datos económicos, la euforia de mercados y portavoces mediáticos y las previsiones para el año en curso nos podrían llevar al falso espejismo de que los años de vacas flacas en lo social están a punto de finiquitar. Sin embargo, el futuro próximo, probablemente magnífico para los negocios, nos deparará nuevos palos en los lomos de los derechos sociales»

Incluso las cifras históricas de contratación cobijaban porcentajes igualmente históricos en cuanto a la precariedad, la eventualidad y la escasa duración de la contratación en el 97: fueron necesarias 27 contrataciones eventuales por cada puesto de trabajo neto (*El Mundo*, 17 de mayo).

La utilización mayoritaria, en los escasos contratos indefinidos, de las modalidades del contrato de fomento de la contratación indefinida (pactado por CCOO, UGT, CEOE y CEPYME y sancionado por el gobierno del PP, mediante el RDL 8/97), nos situaron ante una no lejana inestabilidad puesto que, como ya denunciábamos desde la CGT, ofrece tales ventajas a las empresas en las cotizaciones a la

«Los acuerdos o pactos que han firmado las direcciones sindicales de CCOO y UGT con gobiernos autonómicos del PP, del PSOE y de CiU únicamente producen desconcierto entre las clases populares y disfrazan el rostro antisocial de los citados gobiernos. El control de determinados fondos de formación y el acceso a ciertas poltronas por parte de las direcciones de CCOO y UGT se ha convertido en la moneda de cambio, en el rasero que da o quita la patente social a los diferentes gobiernos»

Seguridad Social (rebaja del 40 y el 60%), en el pago del IRPF (exenciones de 2 años) y en el abaratamiento del despido improcedente (de 45 días por año a 33 días o menos) que hace más rentable contratar nuevos fijos durante 2 años o más que nuevos o viejos eventuales (*El Mundo*, 15 de febrero).

Acerca de las falsas coartadas

Lo ocurrido el año pasado no es sino una evidencia más, un eslabón en la cadena de las falsas coartadas con que en los últimos años se nos han bombardeado desde los poderes económicos, políticos y mediáticos: superación de crisis económicas siempre ajenas al mejor de los sistemas posibles, competitividad tanto de empresas en concreto como del país en general, construcción de la Unión Económica y Monetaria (criterios de convergencia de Maastricht, moneda única europea,...), necesidades de acumulación de beneficios, de flexibilidad del mercado laboral, de rebajar los gastos sociales para mantener el Estado del bienestar, de liberalizar todo, de recaudar fondos o de recortar gastos mediante la privatización de empresas y servicios públicos,...

La zanahoria al final del palo eran y siguen siendo (el mismo discurso en todas las opciones política y sindicalmente correctas) los centerares de miles o millones de puestos de trabajo (¡cuando las cosas vayan mejor!) y el fortalecimiento del estado del bienestar (eso sí, bastante más ligero para con las clases populares, pero fuerte para con los poderosos).

Pero, las falsas coartadas y promesas han tenido como consecuencia una bateria de medidas antisociales (a golpe de leyes, de decretos o de pactos sociales contranatura) que han supuesto recortes en las prestaciones por desempleo y jubilación, reducciones en las coberturas sociales, medicamentazos, privatizaciones de servicios públicos, desregulación laboral, precarización del empleo, paro y exclusión social.

Aunque el 97 no ha sido el primer año glorioso para la ECONOMÍA (sí, la economía con mayusculas, la macroeconomía, o por mejor decir la *econosuya*) algún bien pensado podría convenir que quizás son necesarios más años de bonanza para recoger resultados. Los datos económicos, la euforia de mercados y portavoces mediáticos, las previsiones para el año en curso (3,6% de crecimiento de la economía, rebaja del precio del dinero, mantenimiento o rebaja de los costes laborales unitarios, aumento del consumo privado y público, aumento de la tasa de ahorro de las familias en un 12,5%,...) nos podrían llevar al falso espejismo de que los años de vacas flacas en lo social están a punto de finiquitar.

Sin embargo, las recientes recomendaciones de la OCDE, del Fondo Monetario Internacional y las directrices que emanan de la reciente consolidación de la Unión Económica y Monetaria europea se han encargado de bajarnos de las nubes: mayor control del gasto social, recortes en la duración de las prestaciones por desempleo, necesidad de nuevas reformas en el mercado de trabajo, fuerte control de los salarios,... El futuro próximo, probablemente magnífico para los negocios, nos deparará nuevos palos en los lomos de los derechos sociales.

La línea divisoria entre la colaboración y las alternativas

En la plasmación del discurso y de las políticas neoliberales han colaborado las direcciones de ciertos partidos políticos de izquierda desde sus actuaciones

Argumentos para un compromiso social por las 35 horas y la renta básica

gubernamentales a nivel central, autonómico o local y las direcciones de determinadas confederaciones sindicales que han aceptado la lógica neoliberal por activa (mediante pactos o acuerdos sociales) o por pasiva (con la reiterada negativa a la movilización y la ausencia de una crítica radical al tipo de construcción europea, que es el elemento clave del edificio neoliberal en Europa).

La realidad es terca: en el mundo occidental hace más de 20 años que no se crea empleo neto. El caso español no es diferente como se puede observar en el siguiente cuadro, prácticamente existe la misma población ocupada que hace 21 años a pesar del aumento de la población total y de la activa.

AÑO	1964	1976	1985	1997
Población activa	11.682.300	13.357.700	13.345.500	16.071.400
Población ocupada	11.452.300	12.653.500	10.420.000	12.706.400
Población parada	230.000	704.200	2.934.000	3.364.900
Población total	30.636.000	36.155.000	38.586.000	40.460.000

Las causas responden tanto a la mundialización de la economía, la deslocalización de la producción, el desarrollo tecnológico, los nuevos métodos organizativos y sistemas de producción,... como a criterios económicos y políticos neoliberales que priman los beneficios económicos, el mercado y la competitividad sobre el bienestar social de la mayoría de la población. En esencia, la apropiación de la riqueza por parte de una minoría.

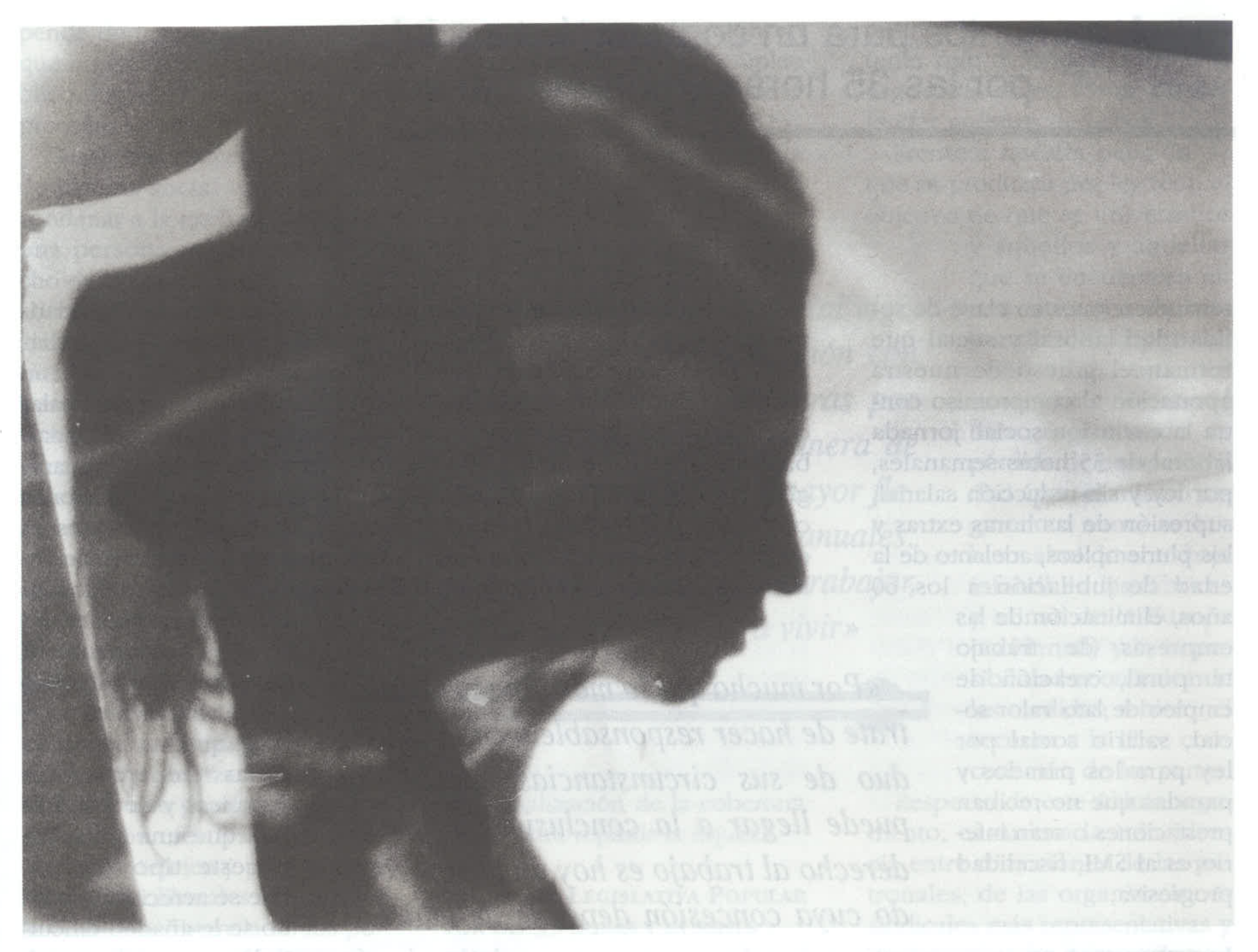
En el Estado español, las rentas del trabajo, en los últimos 20 años, han pasado del 55,1% al 46,2% del Producto Interior Bruto, lo que supone un trasvase de rentas de 6 billones y medio de pesetas. No obstante, las rentas del trabajo aportan el 78% de los ingresos del Estado por la vía impositiva.

Mientras tanto, desde los centros de decisión de organizaciones sociales y sindicales de izquierda se sigue practicando la irresponsabilidad con respecto a las clases populares revestida con la toga de la responsabilidad. Responsabilidad que bajo términos socialmente respetables como empleo o solidaridad acentúa la dualidad social.

Hay que denunciar que un acuerdo que únicamente concierte algunos centenares o miles de millones más para la formación ocupacional o el reciclaje y para subvencionar la contratación no es un gran avance en la lucha contra el paro y la exclusión social y no merece el inexacto y pomposo nombre de pacto por el empleo. Los acuerdos o pactos que, con estos contenidos, han firmado las direcciones sindicales de CCOO y UGT con gobiernos autonómicos del PP, del PSOE y de CiU únicamente producen desconcierto entre las clases populares y disfrazan el rostro antisocial de los citados gobiernos. El control de determinados fondos de formación y el acceso a ciertas poltronas por parte de las direcciones de CCOO y UGT se ha convertido en la moneda de cambio, en el rasero que da o quita la patente social a los diferentes gobiernos.

Compromiso social por el empleo digno y contra la exclusión social

Por contra, debemos potenciar un auténtico compromiso social por el empleo digno y contra la exclusión social entre las organizaciones sociales, sindicales y políticas que primamos las personas y la sociedad civil por encima de los intereses individuales y corporativos, que situamos los derechos so-



ciales y laborales frente al ejercicio coercitivo de los poderes económicos y políticos, que planteamos la viabilidad ecológica y social del planeta frente a la especulación y el beneficio a cualquier precio para el presente y el futuro.

Un compromiso social que dé la palabra a los grupos sociales más desfavorecidos y que procure la solidaridad de las clases populares soldando las fracturas motivadas por el acceso o no al trabajo, por el derecho o no a prestaciones sociales, por la tenencia o no de papeles para trabajar y ser un ciudadano de primera. Un compromiso que debe ser previo a pactos y negociaciones globales.

Reparto del trabajo y de la riqueza, creación de empleo digno

El citado compromiso social ha de plantear a la sociedad una serie de propuestas que respondan a criterios de solidaridad y de recomposición y dignificación de las clases populares. Propuestas que deben satisfacer tanto a la población ocupada, a los parados y paradas y a quienes sufren la exclusión económica, laboral y social.

El papel de la CGT en este compromiso social debe ser a la vez propositivo y movilizador. La CGT tiene en su haber uno de los planteamientos más claros y radicales respecto del paro y la exclusión social por la vía del reparto del trabajo y de la riqueza y la creación de empleo digno.

Son propuestas que suponen un enfrentamiento con las teorías y las prácticas neoliberales, una deflagración en su línea de flotación tan necesaria para la recuperación de la iniciativa popular, para la ruptura del monocorde y monolítico pensamiento único.

Los últimos congresos de la CGT han articulado una serie de

Argumentos para un compromiso social por las 35 horas y la renta básica

reivindicaciones en clave de solidaridad laboral y social que forman el grueso de nuestra aportación al compromiso contra la exclusión social: jornada laboral de 35 horas semanales, por ley y sin reducción salarial, supresión de las horas extras y los pluriempleos, adelanto de la edad de jubilación a los 60 años, eliminación de las empresas de trabajo temporal, creación de empleo de lato valor social, salario social por ley para los parados y paradas que no reciban prestaciones o sean inferiores al SMI, fiscalidad progresiva,...

La centralidad de las 35 horas y el salario social

Un programa básico que dé contenido a un compromiso social por el empleo digno y contra la exclusión social debe plantear unos objetivos centrales. Y estos tiene que tener sus bases en el reparto del trabajo y la riqueza: la jornada semanal de 35 horas y el salario social. Ahí reside la ejemplaridad de la propuesta de la CGT frente a las organizaciones que únicamente se quedan en la reducción de la jornada.

La jornada laboral de 35 horas semanales sin reducción salarial, en el camino a las 32 horas semanales, es una propuesta que combina el reparto del trabajo (su aplicación de manera generalizada permitiría crear cerca de 1.000.000 de puestos de trabajo, convertidas todas las horas sobrantes en empleo) con el reparto de la riqueza (ya que en los últimos 20 años se ha producido un incremento de la productividad del 21%, que en absoluto ha sido compensado con creación de ocupación, reducción de jornada o aumentos salariales, en idéntica dimensión). Y, supone también la recuperación de la vieja máxima del movimiento obrero en clave de calidad de vida y de solidaridad: trabajar menos para trabajar todos y todas.

«Por mucho que la moralina neoliberal trate de hacer responsable a cada individuo de sus circunstancias, cualquiera puede llegar a la conclusión de que el derecho al trabajo es hoy un bien preciado cuya concesión depende de una exigua minoría, y que no existe ningún poder público dispuesto a hacer que tal precepto se cumpla»

El salario social, igual al Salario Mínimo Interprofesional, para todos los parados y paradas que no reciban prestaciones o que éstas sean inferiores es una propuesta en clave de reparto de la riqueza y de solidaridad. El problema del paro no es una mera cuestión estadística, existen suficientes estudios que muestran la serias repercusiones psíquicas y de salud física que una situación de este tipo acarrea, que se acrecienta cuando se le añaden dificultades o penurias económicas. Más de la mitad de los parados y paradas no cobran prestación por desempleo y la distancia entre el primer y el cuarto mundo es de escasos kilómetros en nuestra sociedad.

Por mucho que la moralina neoliberal trate de hacer responsable a cada individuo de sus circunstancias, cualquiera puede llegar a la conclusión de que el derecho al trabajo (recogido en la Declaración de derechos humanos y en la Constitución española) es hoy un bien preciado cuya concesión de-

pende de una exigua minoría y que no existe ningún poder público dispuesto a hacer que tal precepto se cumpla.

Desde una concepción básica de justicia social no se puede condenar a la exclusión social a una persona por el hecho de no poder acceder al trabajo. Porque no es cierto que trabajo hay, lo que hay que hacer es buscarlo.

Ambos objetivos, pues, permiten aunar las voluntades de las personas en activo y de aquellas que se encuentran en situación de desempleo o precariedad, posibilitan la recuperación de la iniciativa y la movilización popular en torno a propuestas que pueden entender y visualizar con facilidad, que pueden tener una plasmación efectiva y suponen un debate teórico y práctico con las tesis neoliberales (evidenciar la verdadera distancia de los poderes político, económico y mediático respecto de las clases populares), pero también con aquellas formaciones políticas o sindicales que únicamente decoran su programa con estas reivindicaciones.

Los recientes debates y movilizaciones sociales en Francia e Italia nos muestran una etapa más avanzada y madura, que no se explica únicamente por la composición de ambos parlamentos. En el caso del Estado español, las organizaciones sindicales, sociales y políticas que nos reclamamos de la izquierda transformadora debemos potenciar la concienciación, la reivindicación y la movilización en torno a los objetivos del empleo digno y de la erradicación de la exclusión social. Y debemos hacerlo sobre la doble base de la reducción de la jornada laboral para repartir el trabajo y de la universalización de la cobertura social para repartir la riqueza.

«Debemos mantener una especial vigilancia para que una reivindicación con alto contenido solidario (35 horas por ley) no se convierta en una manera de redondearles su pretensión de mayor flexibilidad mediante cómputos anuales: frente a su moral de vivir para trabajar, nuestra ética de trabajar para vivir»

Iniciativa Legislativa Popular por las 35 horas y la renta básica

Pero, ambas medidas deben producirse por ley. Así lo establecen nuestros acuerdos del Congreso Extraordinario de Tarragona y así lo dicta la lógica si queremos que sean de aplicación a todos los ciudadanos y ciudadanas, y especialmente a quienes están en peores circunstancias. Históricamente las reducciones de jornada y las prestaciones sociales, ganadas por la reivindicación y la movilización, se hicieron efectivas para el conjunto de las clases populares cuando se establecieron por ley. En muchas ocasiones nos hemos visto abocados a tener que defender la ley o a esgrimirla como forma de defender nuestros derechos.

Frente a nuestra petición de que se produzca por ley (con el objetivo de que se universalice y aquellos y aquellas que se encuentren en una situación de mayor debilidad puedan utililizarla) tenemos una oposición frontal bien esgrimiendo la pérdida de competitividad (por el mismo argumento nunca se hubiera abolido el trabajo infantil en las fábricas y minas de la Europa occidental) y la imposibilidad económica de las medidas; o bien, el recurso a la libre concertación de las partes.

Respecto de este último argumento, es curiosa la coincidencia entre direcciones de las patronales, de las organizaciones sindicales más representativas y de determinados líderes de partidos políticos denominados de izquierda en situar el debate de la reducción de la jornada (o, por mejor expresarlo, simplemente de la jornada) en la negociación colectiva (debemos mantener una especial vigilancia para que una reivindicación con alto contenido solidario no se convierta en una manera de redondearles su pretensión de mayor flexibilidad mediante cómputos anuales; frente a su moral de vivir para trabajar, nuestra ética de trabajar para vivir) . Es una experiencia que ya se ha vivido en Italia y que vuelve a mostrarnos las connivencias

Argumentos para un compromiso social por las 35 horas y la renta básica

antinatura que se están produciendo en los últimos tiempos.

Quién puede creer en la voluntad de potenciar la negociación colectiva de las direcciones de CCOO, UGT, CEOE y CEPYME cuando en sus últimos acuerdos lo que han procurado es blindarla; es decir, controlar los elementos claves de la negociación a nivel central, ejecutivo. Cómo confiar en que las direcciones centrales o federales de CCOO y UGT, que negocian o pueden hacerlo en la casi totalidad de los convenios (ya sea por representación directa o por la emanada de su consideración de sindicatos más representativos), si los resultados en referencia a la jornada laboral son el aumento de un 1% en el 95 y un 4,7% en el 96 y el establecimiento de jornadas anuales flexibles en 1 de cada 5 convenios colectivos.

La situación no nos exige únicamente un ejercicio de movilización y expansión de nuestro discurso y nuestras propuestas, también habilidad estratégica para situarlas en las mejores condiciones para su puesta en práctica. La auténtica responsabilidad con las clases populares en su conjunto y, en especial, con quienes sufren las consecuencias de la precariedad, el paro y la exclusión social nos debe llevar a conseguir cuanto antes estas reivindicaciones, a participar en procesos colectivos de avance social y de creación de condiciones para las respuestas y las soluciones.

La Confederación tiene una larga tradición en la lucha por la reducción de la jornada, el reparto del trabajo y la creación de empleo digno. La generalización en Catalunya de la huelga de la Canadiense (1919) y el acuerdo final al que la CNT llegó con autoridades y patronos para la aplicación de la jornada de 8 horas diarias, son una buena muestra de ello.

La coherencia entre nuestros acuerdos y su plasmación nos lleva necesariamente a la conclusión que un elemento más de nuestra campaña de acción directa contra el paro y la exclusión social, de nuestras movilizaciones, de nuestras propuestas debe ser plantear una Iniciativa Legislativa Popular (ILP) por las 35 horas y el salario social.

ILP que debemos considerar como un elemento táctico y movilizador, como una forma de comprometer a muchos ciudadanos y ciudadanas (con diferentes niveles de concienciación y de capacidad y voluntad movilizadora), una manera de situar al máximo de gente ante la evidencia de la distancia entre los intereses de los poderes económicos, políticos y mediáticos y los suyos, ante la raya que delimita de manera diáfana la charlatanería de la coherencia.

ILP que, unida al resto de actuaciones y porposiciones, en absoluto repugna a la utilización por parte de la CGT de la acción sindical directa de manera preferente (como establecían los acuerdos de nuestro referente histórico, la CNT). No se trata de un problema de estética, de si la CGT debe verse involucrada en la elaboración de un propuesta de ley y en la recogida organizada de firmas (además de -y sería demagógico olvidarlo- en ocupaciones, manifestaciones, asambleas, charlas, procesos de auorganización de parados y precarios,...), sino de ética de si la Confederación debe hacer cuanto esté en sus manos y en sus posibilidades por acabar con el paro y la exclusión social.

EMILIO CORTAVITARTE CARRAL es
Secretario General de la CGT de Catalunya

Construyamos una alternativa revolucionaria en Europa a partir de la lucha contra el paro y el trabajo precario

La lucha contra el paro y el trabajo precario representa uno de los ejes centrales de nuestra actividad tanto en España, en Francia y Suiza como en el resto de Europa. Esta lucha puede abrir una nueva perspectiva en el combate revolucionario convirtiéndose en la palanca de una alternativa libertaria de carácter internacional y con vocación de llegar a amplios sectores de la población.

Los reformistas no pueden combatir el paro

La gran mayoría de los gobiernos de la Europa comunitaria están vinculados a la llamada izquierda "de gestión". En sus políticas no se ve ninguna ruptura decisiva con las políticas desarrolladas en los años precedentes por los gobiernos de la derecha. Se dirá que el Gobierno Jospin elabora en Francia una Ley por la reducción del trabajo a 35 horas y que el Gobierno italiano (bajo los auspicios del Partido Democrático de la Izquierda) sigue sus pasos. Pero la Ley francesa es una trampa dado que enmascara la reivindicación. De hecho, no contempla ninguna medida que obligue a la patronal a crear nuevos empleos. Por el contrario abre el camino de una mayor flexibilidad en el empleo a través de la anualización del cálculo del tiempo de trabajo, no garantiza el mantenimiento del poder adquisitivo de los salarios y, finalmente, no contempla en su ámbito de actuación a las pequeñas y medianas empresas de manera que margina a centenares de miles de trabajadores de los beneficios que representa la reducción del tiempo de trabajo.

«Hay un peloteo en el que el gobierno francés, con sus ministros socialistas, comunistas y verdes, no se toma en serio el problema del paro. Al contrario, se encuentra en condiciones de invertir y, quizás, acabar con una de las reivindicaciones centrales del sindicalismo y de las asociaciones de parados»

La patronal francesa aparenta oponerse a esta Ley. Ha comprendido a la perfección que el gobierno de la "izquierda plural" está predispuesto a hacer concesiones aún más amplias en materia de flexibilidad, pero aún más, es preciso "pelear" contra el Gobierno. La situación en Francia es bastante desastrosa. Los trabajadores asisten como espectadores a la elaboración de una ley que va a afectarles directamente pero que acarreará una nueva degradación de sus condiciones de trabajo y de salarios, sin ninguna garantía de una reducción del paro. Esta ley

Construyamos una alternativa revolucionaria en Europa a partir de la lucha contra el paro y el trabajo precario

contempla dos fases. Una primera fase de "negociaciones" se inicia en las empresas y la segunda fase, en opinión del Gobierno francés, tendrá en cuenta dicho proceso previo. Esta situación puede alterarse siempre y cuando los trabajadores inicien un proceso de lucha en sus centros de trabajo, protagonizando huelgas en torno a reivindicaciones precisas y de carácter ofensivo y en contradicción con lo que está previsto en el borrador de la ley.

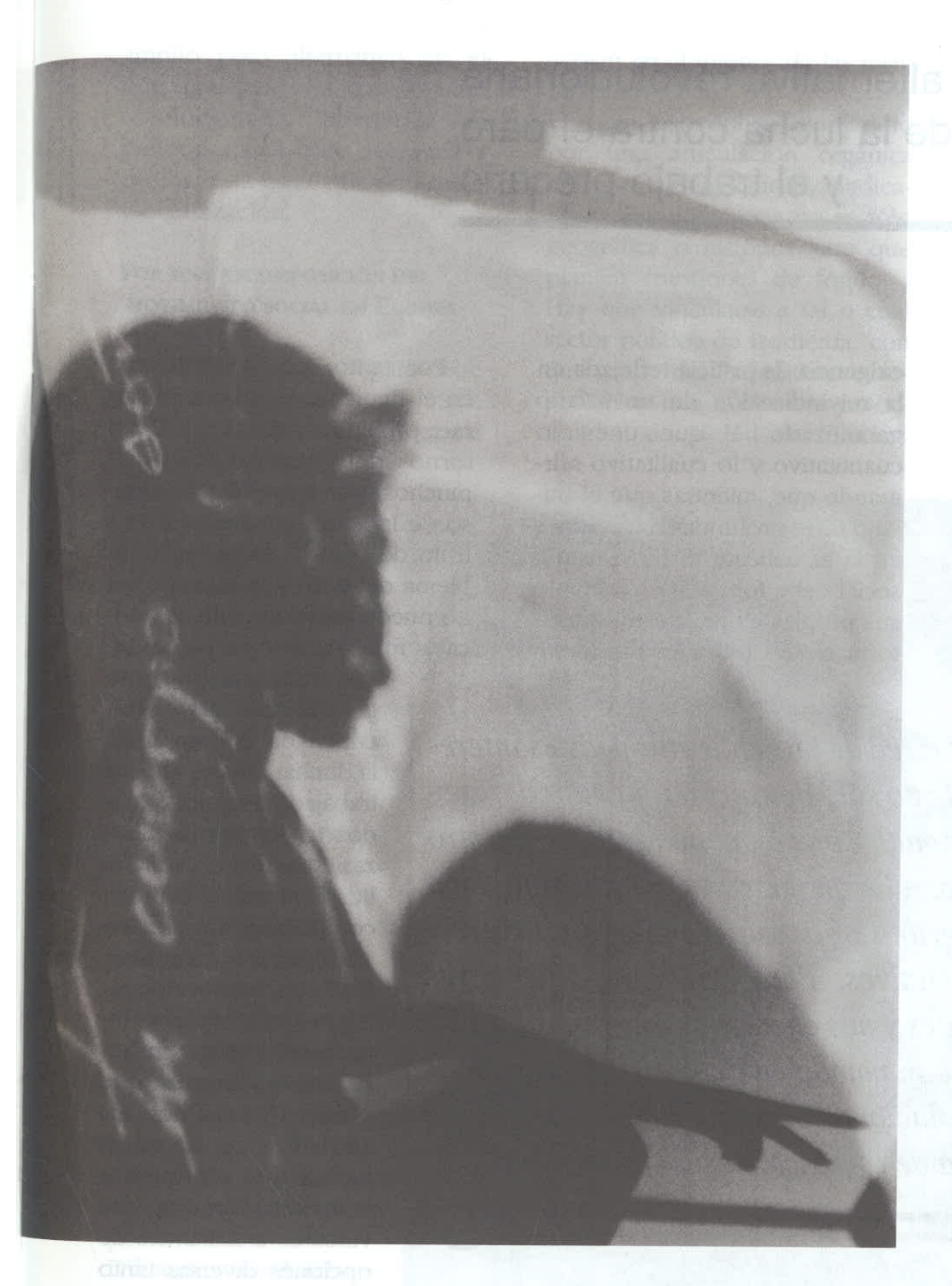
Se ve que hay un peloteo en el que el gobierno francés, con sus ministros socialistas, comunistas y verdes, no se toma en serio el problema del paro y lo aborda frontalmente a la vez que se encuentra en condiciones de invertir y , quizás, acabar con una de las reivindicaciones centrales del sindicalismo y de las asociaciones de parados.

Un combate anticapitalista

Los partidos reformistas, los partidos cuyo objetivo es el Gobierno, que gestionan la sociedad tal y como es y que chalanean con las clases dirigentes, no pueden dirigir la lucha contra el paro y el trabajo precario sencillamente porque hacerlo les colocaría en una posición de ruptura con el sistema.

Es posible una perspectiva de "abolición del paro" en una sociedad capitalista? Sí ...y no. Técnicamente, hay razones para suponerlo dado que las riquezas producidas son tan inmensas que una redistribución más justa puede asegurar a todos un salario decente así como un empleo. El argumento basado en que el aumento de la productividad y el desarrollo de las nuevas tecnologías conducen a una reducción progresiva del trabajo necesario en la sociedad, no debe hacernos olvidar que si a lo largo de los últimos años se hubiera reducido al mismo ritmo el tiempo de trabajo, en la práctica no habría paro hoy en día. De hecho, éste es producto de una elección por parte de las clases dirigentes basada en multiplicar las situaciones precarias y excluir del trabajo a una parte importante de la población. Esta apuesta por una sociedad de exclusión permite incrementar los beneficios gracias a este reparto desigual de los "frutos" del proceso tecnológico y del crecimiento económico, rompiendo las resistencias de los trabajadores y las relaciones de fuerzas construidas en las empresas. Si las mutaciones tecnológicas no se han traducido en una reducción masiva del tiempo de trabajo de todos los asalariados con reconversiones progresivas, sino al contrario, por una explosión del proletariado, no es el ineludible resultado del "progreso" o de una "crisis económica" sino la consecuencia de una ofensiva liberal dirigida por el Capital. El paro se ha convertido en un arma más en la guerra de las clases dirigentes por obtener el máximo beneficio económico. Por ello, se puede afirmar que nada ni nadie se oponen materialmente a su abolición salvo

«Una reducción masiva del tiempo de trabajo con la creación de los correspondientes empleos es técnicamente posible desde ahora mismo puesto que el obstáculo no reside en las capacidades de producción de la sociedad sino en las elecciones en relación con la distribución de las riquezas obtenidas»



los propios capitalistas. La lucha contra el paro y el trabajo precario no es una lucha de "segundo orden", una lucha "marginal" sino que constituye el primer frente de la lucha de clases dado que se opone frontalmente a la estrategia de los capitalistas y pone en cuestión sus intereses. En resumen, la lucha contra el paro y el trabajo precario es una lucha anticapitalista pese a que los actores de la misma no sean siempre conscientes de ella de una manera nítida.

Es evidente que no podemos dirigirnos a los trabajadores o a los parados con frases rimbombantes del estilo "Fuera de la revolución no hay solución". Por el contrario, dado que el paro es la consecuencia de una elección del capital es posible hacerla retroceder. Una reducción masiva del tiempo de trabajo con la creación de los correspondientes empleos es técnicamente posible. La dotación y extensión a todos los desempleados de un salario decente es técnicamente posible desde ahora mismo puesto que el obstáculo no reside en las capacidades de producción de la sociedad sino en las elecciones en relación con la distribución de las riquezas producidas. Nos encontramos en una situación abierta. Sabemos que, pese a la no inminencia de una revolución social, es posible una lucha frontal contra el Capital y que, incluso, puede ser considerada y deseada por una mayoría de los trabajadores, conduciendo a éxitos inmediatos pese a sus limitaciones.

Pero esta lucha no puede ser llevada a cabo por los que han aceptado la lógica del Capital y se han marcado como objetivo la corrección de sus efectos más horribles. Por una parte, la izquierda "de gestión" es impotente y por otra parte, las burocracias sindicales, encarnadas en la CES, se encuentran en la misma incapacidad.

Un combate alternativo, un combate subversivo

Los anteriores análisis explican que las luchas contra el paro, la precariedad y la exclusión son obra de fuerzas "al margen" u opuestas al reformismo. En Francia, las asociaciones de parados han encontrado en las "izquierdas sindicales" sus

Construyamos una alternativa revolucionaria en Europa a partir de la lucha contra el paro y el trabajo precario

únicos apoyos reales (bien en el seno de las grandes confederaciones o en sindicatos "alternativos" como SUD o CNT). En España, la CGT se encuentra en la primera línea de dicho combate. La red de Marchas Europeas confirma este diagnóstico. Si en dicha red se encuentran asociaciones diversas (y por tanto, no todas ellas objetivamente revolucionarias) las fuerzas sindicales involucradas son de una orientación más radical que las de las burocracias de los sindicatos "oficiales".

Este combate es, necesariamente, alternativo tanto en sus métodos como en sus fines. Sus métodos: Una lógica del movimiento social y de contrapoder basada en el principio de que serán las luchas de los trabajadores y los parados las que arrancarán las consiguientes medidas, y no los "representantes" de las diferentes izquierdas presentes en el Gobierno. Añadimos que los libertarios propugnamos la autoorganización y la autogestión de las luchas. Sus objetivos: La redistribución masiva de la riqueza y del trabajo. Añadimos que los libertarios apoyamos la exigencia de justicia reflejada en la reivindicación de un salario garantizado. Y que unen lo cuantitativo y lo cualitativo afirmando que, mientras que el trabajo sufre profundas mutaciones en la actualidad, el movimiento social debe formular en paralelo sus propias exigencias de transformaciones radicales del trabajo, en sus formas, en el cuestionamiento de las jerarquías, en el papel a jugar por la formación y en el control colectivo de la producción...Todos estos objetivos no son el devaneo mental de unos cuantos "iluminados": Se puede llegar a un "consenso mayoritario de ideas" en torno a algunos de estos temas.

«La red de Marchas europeas es interesante no sólo por ofrecer un marco transnacional sino por posibilitar nuestro desarrollo en un marco de confrontación abierto a otros movimientos sindicales y asociativos. Pero este marco tiene sus límites y nos encontramos en una Europa y en un mundo en el que los movimientos revolucionarios son débiles y la propia idea de revolución esta en cuestión»

Por tanto, nos encontramos en el siguiente escenario: El primer problema para la gente (en torno del que giran otros muchos, por ejemplo ¿el ascenso de la extrema derecha no es fruto de la crisis social?) el problema del paro y la precariedad no puede ser combatido con eficacia más que por parte de fuerzas anticapitalistas, no gestionarias, que se inscriben en el campo de la lucha directa de los trabajadores y los parados tratándose de fuerzas en posición de debilidad numérica y con condiciones sociales en absoluto favorables. Qué conclusiones podemos extraer? En absoluto cabe pensar en un repliegue sectario que sería perjudicial para los afectados: Se necesitan luchas que abarquen a la inmensa mayoría, que vinculen a militantes de opciones diversas tanto reformistas como revolucionarios...así como a ciudadanos que no vislumbran un proyecto alternativo en la actualidad. No se trata de rechazar la unidad de acción con organizaciones sindicales o asociaciones de carácter "reformista" sino hacer surgir, tanto en los momentos de unidad como en los de división, un

amplio polo alternativo en el que aparezca una componente revolucionaria libertaria. El periodo actual hace necesaria y posible esta estrategia de acción y organización.

Por una recomposición del movimiento social en Europa

Si la lucha contra el paro debe situarse en la base, lo más cerca posible de la vida cotidiana de los ciudadanos y ciudadanas, debe a la vez hacer frente a la mundialización del capitalismo. La experiencia de las marchas europeas y de la red que se configura tras la manifestación de Amsterdam es una buena prueba de ello. La CGT española y los militantes libertarios de los diferentes países la han apoyado independientemente de ser conscientes de sus limitaciones. Se trata de la única red europea de lucha que agrupa movimientos de parados y sindicatos no controlados por la CES, con objetivos anticapitalistas y por tanto alternativos. Diferentes sensibilidades coexisten en dicha red. La primera dificultad radica en profundas diferencias históricas. Las trazas de las tradiciones anarcosindicalistas o sindicalistas revolucionarias en algunos países hacen posible una disociación entre el movimiento social y los sectores políticos que actúan en el interior de las instituciones. Pero el Norte de Europa permanece dominado por una articulación orgánica entre socialdemocracia y sindicalismo. Esta diferencia no es sólo geográfica o histórica sino que plantea cuestiones de fondo: ¿ Hay que vincularse a tal o cual sector político de izquierda, con qué grupo del Parlamento europeo? Hay que evaluar la potencialidad de la red de Marchas europeas dado que nos encontramos en una situación aparentemente contradictoria. Los sectores que encarnan una lógica de autonomía del movimiento social no podrán trastocar por arte de magia las tradiciones y las pesadas tendencias históricas que prevalecen en el Norte de Europa. Por el contrario, lo que pueden hacer es plantear los debates y actuando de manera comprensible en todos los países, mantener e impulsar la autonomía global del movimiento procurando que no sea sofocada la radicalidad de las luchas y de las reivindicaciones .

Debemos explicar a los militantes de los países del Norte que nos encontramos en una perspectiva histórica general de crisis de la socialdemocracia y ante el resurgir de un movimiento social alternativo. El desarrollo del paro destruye progresivamente el pedestal sobre el que se asentaba la socialdemocracia: El compromiso entre Capital y trabajo que había presidido el desarrollo económico en la postguerra. Este compromiso está a punto de romperse en Alemania donde pesa una gran amenaza sobre la paz social. En Inglaterra, el Gobierno presidido por Tony Blair pone en peligro la tradicional articulación laborista entre sindicato y partido....

La red de Marchas europeas es interesante no sólo por ofrecer un marco transnacional sino por posibilitar nuestro desarrollo en un marco de confrontación abierto a otro movimientos sindicales y asociativos en países en

Construyamos una alternativa revolucionaria en Europa a partir de la lucha contra el paro y el trabajo precario

los que la presencia libertaria es particularmente débil. Peor este marco tiene sus límites y nos encontramos en una Europa y en un mundo en el que los movimientos revolucionarios son débiles y la propia idea de revolución está en cuestión.

Hacia la emergencia de un amplio movimiento libertario internacional

La corriente libertaria "lucha de clases", bajo sus múltiples formas en el continente europeo, ya sean socialistas o comunistas libertarias, anarcosindicalistas, sindicalistas revolucionarias, es sin duda la única corriente política con vocación de querer y poder defender una lógica alternativa y subversiva como estrategia prioritaria. Ninguna otra corriente ideológica presente a nivel internacional se encuentra en condiciones de inscribirse en una estrategia de Contrapoder que anime no solo reivindicaciones inmediatas sino también rupturas con lo establecido y que pueda ofrecer una alternativa concreta y creíble a la estrategia institucional de la izquierda "de gestión". Nuestra corriente no es susceptible de una vuelta atrás hacia una "nueva socialdemocracia". Igualmente, es la única capaz de oponer una alternativa revolucionaria a un leninismo superado y anclado al destino burocrático de los regímenes que ha inspirado.

La ambiciosa perspectiva que podríamos darnos es la construcción progresiva de una corriente libertaria de masas, federada, al menos, a nivel europeo. Este proceso se debe realizar a medio plazo. Por "corriente libertaria de masas" se debería entender una corriente organizada según un modelo federativo, basado en varias decenas de miles de militantes en Europa y con un eco real en amplios sectores de los ciudadanos del Viejo Continente. En estos momentos, la CGT de España es el único ejemplo de esa corriente libertaria de masas. Pero este ejemplo no puede ser transcrito fielmente a los restantes países. En Francia, por ejemplo, numerosos militantes libertarios se han decidido por participar activamente en organizaciones de masas que no se dicen explícitamente anarcosindicalistas, caso de SUD, o en asociaciones de carácter amplio, obteniendo una presencia y un protagonismo destacados. Cabría imaginar un marco abierto, asociando a estos militantes con militantes de CNT, sin sectarismos de ningún tipo por ambas partes. Incluso en Italia, donde numerosos militantes actúan en "el sindicalismo de base". Por tanto, hay que inventar una forma de organización e intervención que tenga en cuenta la diversidad y especificidad de las situaciones de manera que permita ofrecer con una clara nitidez un coherente polo libertario a nivel europeo.

Deberíamos compartir este proyecto con varias organizaciones, grupos y revistas en Europa y con numerosos militantes sindicales o asociativos que en los diferentes paises ven con simpatía nuestras tesis pero que no percibirán la posibilidad de tener un peso real en la sociedad más que mediante este proyecto de futuro, vinculado a una corriente libertaria de masas.

PATRICE SPADONI es militante de la organización Alternative Libertaire-France y del movimiento Agir Ensemble contre le Chomage (AC!). Forma parte del Secretariado de las Marchas Europeas contra el Paro y la Exclusión Social.

Del Estado de bienestar al bienestar del Estado

Una visión desde Alemania

A mi padre, Luis Orobón, corazón cenetero y librepensador que dejó de latir hace años, el mismo día en que se escriben estas líneas

El gigantesco mecanismo de garantía social puesto en marcha durante los tiempos del pleno empleo por el Estado alemán ha comenzado a chirriar escandalosamente en los últimos tiempos. La arena de sus engranajes se llama "más de cinco millones de parados", se llama "cuatro veces más perceptores de la ayuda social desde los años setenta", se llama "incremento espectacular de la pobreza y la exclusión social". La estrategia de pasividad de la jerarquía sindical establecida se inhibe simplemente del problema. Y las alternativas que ofrecen los profesionales de la clase política aspiran claramente a reconstruir una imposible situación de pleno empleo recurriendo a la sobreexplotación y al salario de supervivencia.

Las 35 horas

No está de moda en la Alemania oficial la reducción del tiempo de trabajo; es más, la tendencia al incremento de las horas extraordinarias y el trabajo flexibilizado (que puede incluir fines de semana, turnos variables, etc.) está en constante alza dentro de numerosos sectores industriales y de servicios. Desde los primeros años de la década de los 80, cuando algunos sindicatos del ramo del DGB (sindicato mayoritario y fácticamente único tras su actual unión con el sindicato administrativo DAG) lucharon y consiguieron la reducción a 37 horas semanales, éstas se han ido imponiendo consiguientemente en la mayoría del tejido empresarial, sin rebajar salarios, pero por supuesto sin tampoco perder productividad. Mismo salario y más trabajo en menos tiempo, podría ser la fórmula que resumiera esta evolución. El pensamiento de una posible redistribución del bien "trabajo", que está anclado con categoría de derecho en la constitución estatal alemana y en todas las europeas, ni ha cuajado ni ha dado pie en el país germano a imaginar una medida como la reciente imposición francesa de imponer las 35 horas a una parte de su economía, con la esperanza de que ello revierta en la creación de empleo. ¿Por qué?

Para empezar, hay que reconocer que el "trabajar menos para trabajar todos" no es bien recibido por ninguna empresa, en un momento de máximo crecimiento productivo y para el que se utiliza una fuerza de trabajo cada vez más cualificada y cada vez numéricamente más innecesaria: es más fácil lograr un alto rendimiento del factor trabajo recurriendo a la hiperespecialización y la jornada «larga» o flexibilizada de una plantilla cada vez más ligera, que abrir la contratación y repartir el trabajo taylorísticamente entre un número mayor de empleados. De hecho, la nueva organización del proceso productivo hacia los ritmos trepidantes que «imponen» los

Del Estado del bienestar al bienestar del Estado

mecanismos de mercado y la competencia sin cuartel es la que hace en buena parte irrealizable para las empresas una política de contratos (y no digamos ya de formación de trabajadores) calmada y a largo plazo. ¿Qué empresa conoce cual es o cual será su «largo plazo»? De hecho, el tiempo hablará sobre los resultados del experimento francés, pero ningún sindicalista no pactista o militante radical de izquierdas tiene fe en la creación matemática de empleo que según Jospin surgirá de la medida ...

Para afrontar las consecuencias sociales de esta inmovilidad de los periodos de trabajo (al ser evidente que el crecimiento no va a conllevar un número de puestos de trabajo que permita aumentar sustancialmente el nivel de empleo que permita aumentar sustancialmente el nivel de empleo, la negativa a repartir el trabajo existente sólo puede acarrear situaciones peores que la actual), el consolidado capitalismo alemán sigue fiándose del sistema estatal de garantías, que le ha permitido hasta ahora mandar a la reserva que constituyen la ayuda para parados (*Arbeitslosenhilfe*) o la ayuda social (*Sozialhilfe*) a los cinco millones de excluidos del mercado laboral. Pero, como hemos dicho, el sistema comienza a topar con sus límites de financiación. Se hace necesaria una alternativa, y además rápidamente: el endeudamiento de numerosos municipios y regiones —sobre todo en la zona de la antigua RDA, desmantelada industrialmente tras la unificación— alcanza ya cifras astronómicas.

«El consolidado capitalismo alemán sigue fiándose del sistema estatal de garantías que le ha permitido mandar a la reserva de las ayudas a los cinco millones de excluidos del mercado laboral. Pero el sistema de ayudas comienza a topar con sus límites de financiación»

El ingreso básico (*Grundeinkommen*)

Lanzada incialmente desde diversos ángulos y con diversos nombres ("dividendo social" o salario universal a todo ciudadano, propuesto desde foros libertarios y autónomos, "renta de ciudadano" o mínimo existencial apoyado por secciones del partido liberal FPD, "salario adicionado" entre diversas posibles fuentes de ingresos como proponen los círculos económicos del *establishment*), la idea de una renta social o básica ha encontrado últimamente un fuerte defensor del sistema representativo: el partido ecologista. Los Verdes presentaron a principios de esta año su modelo de reforma social, que incluye el pago de una renta a todas las personas situadas por debajo del nivel de ingresos aceptable —que el proyecto verde sitúa por encima de la actual ayuda social— e independientemente de su historia laboral. Este modelo parte de la «simple» observación de la desaparición parcial del trabajo asalariado, y, sin mayores críticas al sistema de explotación, está concebido una vía para combatir la pobreza, consecuencia



inevitable ya presente en una de las sociedades más ricas del planeta.

Incluso las calmosas cabezas gobernantes de la CDU, inspiradas por la confederación empresarial, se han convertido con sorprendente velocidad en parteras de una reciente propuesta de modelo que tiene todas las probabilidades de convertirse en el aplicado oficialmente, dado el silencio consensual del SPD en estas fechas. La criatura alumbrada se llama definitivamente *Kombilohn* o —para hispanohablantes— salario mixto. El nacido, aunque de talla y peso bastante reducidos, podría gozar de buena salud si todos jugamos con él. Sus datos personales: con porcentajes diferentes según las versiones existentes en la actualidad (empresarios o gobierno), el salario total percibido por un trabajador se compondría de distintos pagos, según el sistema adicionado: la empresa abonaría una parte según convenio, y el resto procedería de la ayuda al paro o la ayuda social, a los que se descontaría un tanto aún por fijarse. Esto permitiría a las empresas contratar masivamente con bajos costes a nuevos trabajadores, sobre todo a partir de la reserva que supone el paro de larga duración. Algunos cálculos de la lechera (la lechera es por supuesto científica y se llama Instituto Max Planck de Colonia) hablan ya de un potencial de 7 millones de nuevos empleos.

De llevarse a cabo, este plan equivaldría por tanto a la creación de una enorme bolsa de empleo subvencionada por el Estado para las empresas, que éstas aprovecharían para imponer por supuesto los salarios más bajos legalmente factibles. Visto desde la perspectiva de los afectados, una parado podría elegir —si en el futuro se lo permiten— entre los aproximadamente 600 marcos de la

Del Estado del bienestar al bienestar del Estado

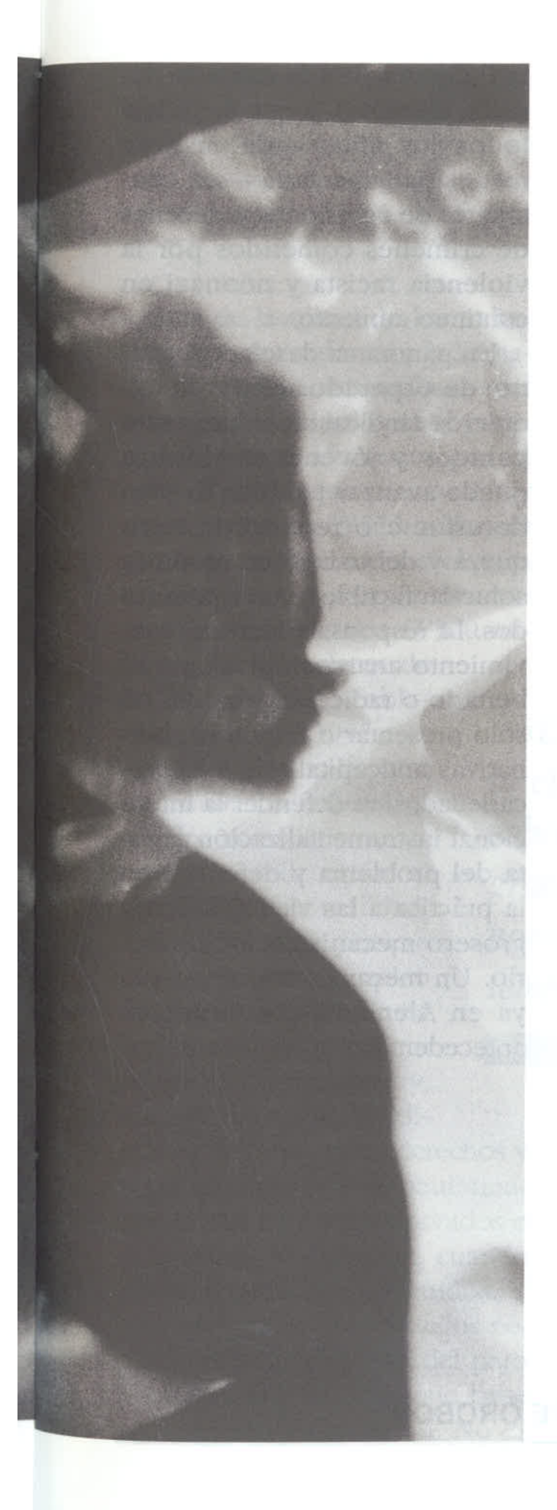
ayuda social actual (para aquellos sin familia a su cargo) y la posibilidad de aceptar un empleo infrarremunerado que probablemente no supere en mucho esa cantidad. Un plan de empleo digno ... de los años cuarenta.

La idea de un auténtico salario social para los excluidos del sistema que permitiría entre otras cosas formarse mejor para la vida y para un posible trabajo, deshacer el agobio por la supervivencia que acosa a tantos jóvenes y a tantos adultos con hijos —incluso en Alemania—, decidir con mayor grado de libertad la carrera profesional a seguir, que daría a millones de mujeres una independencia material dentro de su familia y a miles de refugiados una mínima seguridad y condiciones humanas de vida en el país de acogida, esa idea del salario social como medida enmancipatoria para que la sociedad vaya desenganchándose del trabajo como motor de todo está aún lejos de implantarse. Y no es de extrañar, dada la relación de fuerzas a escala planetaria: antes de reconocer lo que todo el mundo va sabiendo, es decir: que por suerte o por desgracia (en todo caso, por definición) la microelectrónica ha hecho imposible la vuelta a un modelo de pleno empleo como el de los sesenta, antes de reorientar en consecuencia la política social y laboral con medidas radicales de reforma, el capital internacional apuesta por aprovechar las bolsas de paro y la miseria humana— que ya existen tanto en el "primer mundo" como en la "periferia"— para procurarse la ventaja competitiva del salario bajo y el contrato precarizado. La alternativa oficial que se perfila es pues la de intentar volver a un pleno empleo irrealizable, a través de la oferta de posibilidades de sobreexplotación a las empresas y la presión a los excluidos para que abandonen los restos del escaso colchón social que ofrece el antiguo Estado del bienestar. Caricatura de lo que sería posible repartiendo el trabajo p.e. con una semana de 20 horas, esta vuelta al empleo consiste realmente en una política de precarización que abrirá la puerta a presiones tanto sobre salarios como sobre prestaciones sociales, a cambio de una potencial creación de infraempleo, y eso último sólo si las empresas son agradecidas y responden en la manera esperada.

Como suele suceder, las descalificaciones mutuas, desde la clásica acusación de irrealismo utópico a los modelos izquierdistas hasta la de la "renta de la exclusión social" (André



«Mientras se discute si galgos o podencos, si combatir los efectos del desfase entre trabajo y demografía de un u otra manera, un estallido social de cualquier signo asoma en lontananza sus orejas de lobo»



Gorz) dirigida a los modelos de la derecha, han acompañado el debate en los últimos años y meses. Pero el problema en sí no hay quien lo descalifique: mientras se discute si galgos o podencos, si combatir los efectos del desfase entre trabajo y demografía de una u otra manera, un estallido social de cualquier signo (por orden pesimista de probabilidades, racista/neofascista, socialreformista o revolucionario) asoma en la lontananza sus orejas de lobo.

La situación lleva a pensar en los antecedentes de todas las reformas agrarias de gran calibre: la Política y la Oligarquía, negándose durante décadas a admitir la explosividad y el absurdo de una situación de exclusión humana. Al igual que el espíritu crítico campesino y obrero retrató aquel absurdo con la fórmula "hombres sin tierra y tierra sin hombres", hoy podríamos decir "hombres sin trabajo y trabajo sin hombres". Hombres sin trabajo: esa mayoría que hemos perdido el miedo a que nos exploten en favor del miedo a que no lo hagan, a quedar marginados del mercado laboral. Trabajo sin hombres: dos comentarios. Uno, hay que aceptar la progresiva desaparición del trabajo asalariado que el avance tecnológico va imponiendo en las sociedades más industriales y que abre la posibilidad de una redistribución radical del empleo o incluso, como ha llegado a formularse, la aparición de una "sociedad del ocio"... si es que el avance tecnológico no se utiliza, como en nuestra época, justo para lo contrario. Dos, es innegable que las necesidades primarias de alimentación, vivienda o salud de miles de millones de personas en todo el mundo no están cubiertas. Que en estas circunstancias un continente como Europa tenga a más de 20 de millones de personas —relativamente bien formadas— condenadas a la inactividad, da pie a reflexionar sobre la ética de un sistema capaz de destruir mercancías para evitar el hundimiento de los precios, y capaz hoy de destruir la mercancía del trabajo justo con el objetivo contrario.

Parados y cabezas de turco, libertarios y otra chusma

En resumidas cuentas,el proyecto de Estado y las empresas alemanas, a pesar de una tradición de economía «social», apenas se diferencia del resto de los proyectos neoliberales: hacernos creer que precarizándonos aún más tendremos más posibilidades. Un titular del órgano anarcosindicalista *Direkte Aktion* lo resumía así: "menos salario por el mismo trabajo". El modelo es irracional incluso dentro de la propia lógica del

Del Estado del bienestar al bienestar del Estado

sistema: el abaratamiento del trabajo no va a crear desde luego siete millones de nuevos puestos de trabajo.

Que la realidad permita imponer este modelo o abra la puerta a una auténtica redistribución dependerá probablemente de la actitud combativa. y reivindicativa de los parados y excluidos ... en Francia, o quizás en otros países europeos. Y decirlo así no es un simple ejercicio de cinismo: las escasas movilizaciones que provoca la publicación mensual de las cifras oficiales de parados (manifestaciones instrumentalizadas además electoralmente por el SPD), son reflejo del desánimo y la resignación que —por el momento— cunde entre la mayor parte de la población marginada alemana. A ello hay que añadir la tradicional representación burocratizada del movimiento obrero alemán en manos del sindicalismo oficial (DGB-DAG), cuya estrategia no es precisamente solidaria ni con los parados n con los extranjeros. Y por supuesto, otro factor negativo que explica la aparente quietud del movimiento social y obrero alemán es la campaña mediático-electoral de los partidos mayoritarios, quienes desde hace más de una década no cesan de sugerir burdamente, al trabajador extranjeros. Y por supuesto, otro factor negativo que explica la aparente quietud del movimiento social y obrero alemán es la campaña mediático-electoral de los partidos mayoritarios, quienes desde más de una década no cesan de sugerir burdamente al trabajador extranjero, al refugiado político y al inmigrante ilegal como fuentes de los males sociales, una estrategia que ha comenzado ya a dar frutos como el conocido 13% de votos recogidos en Sajonia-Anhalt por la DVU, partido de programa exclusivamente xenófobo (el porcentaje electoral más alto desde la II Guerra para la extrema derecha alemana), y que se refleja todos los años —de manera menos parlamentaria— en centenares de agresiones y decenas de crímenes cometidos por la violencia racista y neonazi en continuo aumento.

Un panorama desolador, pero no desesperado: entre la izquierda sindical alemana, entre parados y jóvenes excluidos, puede avanzar también la idea de un nuevo reparto de la riqueza y del trabajo como única solución factible y justa para todos. La responsabilidad del movimiento anarcosindicalista, libertario o radical es grande: no sólo presentar e impulsar alternativas anticapitalistas a la precariedad, sino defender la intencional instrumentalización racista del problema y defender en la práctica a las víctimas de un grosero mecanismo inculpatorio. Un mecanismo que cuenta ya en Alemania con lúgubres antecedentes.

FELIPE OROBON

Contra el paro, reparto de riqueza y de trabajo

Más de la mitad de los trabajadores que conforman la llamada población ocupada —mal comienzo terminológico— están directamente afectados por el paro. Bien porque sus contratos son temporales (3'320 millones) y, por tanto, rotan entre el paro y el empleo; o porque directamente están parados (3'360 millones), según datos de la Encuesta de Población Activa de 1997.

¿Pero acaso la otra mitad de los trabajadores, los otros seis millones cien mil, están al margen de esta realidad?

En teoría sí porque disponen de un empleo fijo, un cierto status, una posibilidad de planificar su vida a largo plazo... y, sin embargo, sus condiciones de trabajo, sus derechos y retribuciones se ven paulatinamente disminuidos, minorados o en peligro de extinción, cuando no directamente extinguidos. Y ¿por qué?, porque sobre ellos pesa también la amenaza del paro y este es el gran chantaje base del negocio empresarial. No es casualidad que la participación de las rentas del trabajo en el Producto Interior Bruto hayan disminuido en favor de las rentas del capital, al alimón con el aumento del número de parados.

Luego el paro no es un problema de parte de la clase trabajadora sino de toda ella. Y sobre la tragedia del paro se montan los grandes negocios de la precariedad:

«El paro no es un problema de parte de la clase trabajadora sino de toda ella. Y sobre la tragedia del paro se montan los grandes negocios de la precariedad: economía sumergida, empresas de trabajo temporal y contratos basura»

— El negocio de la economía sumergida en la que todo vale porque ésta no consta ni en las estadísticas.

— El tráfico de mercancía humana -renovada versión de la esclavitud- que ejercen las ETTs.

— Y los contratos basura que se extienden por pequeñas y grandes empresas para pagar más barato el mismo trabajo, a veces con anuentes sumisiones sindicales.

Y del paro a la precariedad y la pobreza. La pobreza no es hoy un fenómeno que afecte en exclusiva a los parados que no perciben prestación económica alguna, que son más de dos millones. La pobreza se ceba también sobre los que perciben prestaciones miserables e incluso sobre muchos trabajadores con contratos en precario y salarios de hambre.

Una vez instalado uno en la pobreza, las posibilidades de acceder al mundo del trabajo disminuyen vertiginosamente, ya no hay ropa adecuada, ni medios, ni contactos para situarse en una buena posición competitiva dentro de la vorágine del escaso mercado de trabajo.

Y de la pobreza a la exclusión social hay un camino muy

Contra el paro, reparto de riqueza y de trabajo

corto. Solo basta sentir el rechazo social y no tener ya fuerzas ni ganas de superarlo para quedar "al margen".

RECETAS CONTRA EL PARO

Salvando ligeros e intrascendentes matices, la fórmula mágica que nos vienen vendiendo desde los Pactos de la Moncloa (hace ya más de 20 años) y auspiciada al alimón por los gobiernos y los agentes del orden social, es siempre la misma:

El crecimiento económico es lo único que genera empleo y para que el crecimiento sea mayor hay que reducir salarios, flexibilizar el empleo y extinguir derechos de los trabajadores.

Así se ha venido haciendo, año tras año, y el resultado está a la vista: hemos quintuplicado el número de parados en las dos últimas décadas.

Si hace 23 años podría tener alguna justificación el binomio crecimiento-empleo, por la coincidencia histórica de dos hechos simultáneos -estancamiento del PIB y destrucción de empleo neto en 1975- hace tiempo que la realidad se ha encargado de desmentir este axioma:

Entre 1976 ó 1996, con un crecimiento real de la economía española del 55% (una tasa anual media del 2,22%), el nº de parados ha venido aumentando a razón de 147 mil personas/año (de ellas, 140 mil son nuevos activos y 7 mil han perdido el empleo que tenían). Así pues, el crecimiento económico sostenido ha sido incapaz no solo de emplear a las personas que se incorporan de nuevo al mercado de trabajo, tampoco ha sido capaz de mantener los niveles de ocupación previos.

Sin embargo, los agentes del orden social y gubernamental haciendo gala de una fórmula ciertamente reaccionaria -sostenella y no enmendalla- siguen erre que erre con el mito del crecimiento panacea.

Otra fórmula que está siendo experimentada en los países anglosajones -singularmente Estados Unidos y la Gran Bretaña- es la de precarizar al máximo llevando a cabo una reducción del tiempo de trabajo al mejor acomodo del sector patrón. De esta manera han conseguido reducir estadísticamente la cifra de parados, pero no el número de personas afectadas por el paro que, por contra, ha aumentado considerablemente (y vuelvo al principio: rotación paro empleo) y, por ende, crece considerablemente el número de pobres. Si este es el camino del reparto del trabajo para alcanzar el pleno empleo, que paren el carro que yo me bajo.

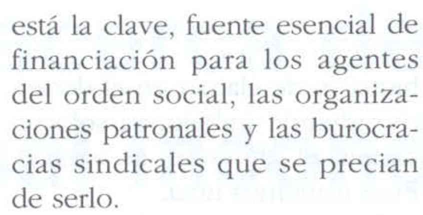
Y como síntesis de las dos fórmulas referidas han nacido los nuevos planes nacionales de empleo, a instancias de la UE. El gobierno de Aznar ya tiene el suyo, y el susodicho contiene una doble fórmula mágica: formación y políticas activas de empleo.

Veamos qué es esto:

• Lo de la formación ya es viejo. Llevamos años incitando a los jóvenes, tras terminar sus estudios, a realizar cursos y más cursos, masters y más masters, a los que tienen posibles para



«Ya no se trata de crear empleo, se trata de con-formar a los parados de acuerdo a los intereses de las empresas, para que estén disponibles en cualquier momento y en las condiciones apetecidas por el patrón»



costeárselos. Y cuando han conseguido acumular una buena colección de títulos bajo el brazo se encaminan -el pecho henchido, la cabeza alta, el paso firme- a la búsqueda del tan preciado puesto de trabajo. Pero al llegar "¡oh tempo, oh mores!", hallan a su alrededor a una legión de triunfadores que, como ellos, acumulan bajo sus axilas tantos o más títulos de cursos y masters como ellos mismos. Esta es la chifla de la formación para el empleo, un entretenimiento para que tardemos, cuanto más tiempo mejor, en demandar un empleo y, aquí está la clave, fuente esencial de financiación para los agentes del orden social, las organizaciones patronales y las burocracias sindicales que se precian de serlo.



• Lo nuevo es esa frase tan bonita de las políticas activas de empleo. Nuevo desde el punto de vista semántico, claro, porque la fórmula en sí es vieja y caduca como ella sola. Se trata en cuestión de reducir prestaciones sociales, de desempleo por ejemplo, que ya vienen siendo reducidas (apenas un 40% de los parados cobra subsidio de desempleo), y destinar más dinero público a incentivar el negocio de los empresarios, para que la contratación de los trabajadores les resulte cada vez más barata.

La misma historia, en fin, de hace más de dos décadas y cuyos resultados ya hemos visto. Pero con un elemento añadido que se formula así: "facilitar la transición de la escuela a la vida laboral, mejorando la eficacia de los sistemas escolares". Y esto ¿qué es lo que es? Pues esto es, ni más ni menos que se ha creado un club que se llama Club de Gestión de Calidad, al que pertenecen 136 grandes empresas del país -entre ellas Telefónica, Banesto e IBM- y, de momento, ocho universidades, con la intención de las empresas de participar "incluso en los planes de estudio para que estos recojan lo que a ellos les interesa que forme parte del bagaje cultural y científico de los futuros profesionales" (textual). La Universidad, ese templo de la sabiduría que decía Unamuno, al mejor servicio del patrón.

Esta y otras acciones del mismo corte tienen por objeto la puesta en marcha de la nueva estrategia acuñada por los sabios que nos gobiernan: la empleabilidad. Ya no se trata de crear empleo, se trata de conformar a los parados de acuerdo a los intereses de las empresas, para que estén disponibles en cualquier momento y en las condiciones apetecidas por el patrón, cuando este se digne a incluir a cualquiera de ellos entre su servidumbre.

Repartir sí, pero qué y cómo

Pero, si no hay empleo para todos a tiempo completo, ¿no se hace preciso repartir el trabajo? Cierto, pero también la riqueza y, si me apuran, primero la riqueza y después el trabajo. Me explico:

Cuando constatamos que el trabajo -más bien el empleo asalariado- es un bien, o mal, escaso, y que no hay empleo-retribuido -para -vivir-dignamente para todos. Y cuando además sabemos que al capital, que es quien manda, interesa mantener esta situación permanentemente. La hipótesis de una

Contra el paro, reparto de riqueza y de trabajo

reducción del tiempo de trabajo, como no fuera drástica (mucho más allá de las treinta y cinco horas), no tendría más que un tímido efecto sobre el empleo que inmediatamente quedaría anulado por los incrementos de la productividad.

Para volver al cabo donde estábamos, ¿por qué no empezar a invertir la ecuación?, nos cambiamos el chip y reclamamos directamente la renta básica universal, garantía del derecho de cada persona a vivir dignamente. Por cierto, que si no recuerdo mal es un derecho reconocido en la Constitución. Una vez logrado este objetivo, el reparto del trabajo, seguro, vendrá por añadidura.

Pero vendrán más cosas. La generalización de la Renta Básica como derecho universal incondicional, supondría un freno decisivo a la precarización y pauperización salarial actuales, pues nadie vendría obligado a trabajar con salarios miserables por carecer de otro medio de vida.

Un ejemplo reciente, el movimiento de parados en Francia, harto ya de clamar en el desierto pidiendo trabajo, ya solo reclama el derecho al salario. Pues tomemos nota.

Se me dirá que si lo que hacemos es subsidiar, desincentivamos la búsqueda de trabajo y que, cuando menos, habría que arbitrar fórmulas de contraprestaciones por el percibo de rentas mínimas para ayudar a la integración social de los parados.

Respondo ya que lo que no podemos seguir haciendo es humillar y angustiar a las personas sin empleo con el rollo de que el trabajo es el único medio de reconocimiento social y de realización personal. Porque además de ser un crimen el crear una necesidad sin proporcionar el medio de satisfacerla, es una burda mentira. El trabajo, concebido como empleo asalariado, no realiza a nadie como persona, si acaso lo que hace es todo lo contrario, enajenar, despersonalizar. El trabajo asalariado no socializa, como mucho disciplina y, por tanto, somete.

Y en cuanto a los famosos programas de integración que exigen contraprestaciones a las rentas mínimas, se me ocurren dos preguntas con respuesta: ¿Esa contraprestación es una tarea necesaria? entonces cubrase por medio de un puesto de trabajo. ¿Esa contraprestación es una tarea de la que se puede prescindir? entonces no hay que hacerla, aquí no estamos para perder el tiempo como en la mili.

Acabo con dos cuestiones para invitar a una reflexión final:

1ª.- ¿por qué vivir la escasez de trabajo desde la angustia de que no hay trabajo para todos, y no desde la satisfacción liberadora de que ya no es preciso trabajar tanto como antes?

2ª.- Si fuera cierto, como pretenden hacernos creer, que el paro responde a una situación coyuntural que va camino de resolverse mediante políticas llamadas de ajuste, ¿qué inconveniente habría en establecer un sistema de protección universal para todos aquellos que "coyunturalmente" están excluidos del mercado de trabajo?

PACO ZUGASTI es afiliado a CGT-Málaga

Sobre trabajar, comer, holgar y liberarse: el debate acerca del subsidio universal incondicional

Para identificar bien los términos del debate, señalaré primero los puntos que comparto con esos izquierdistas defensores del subsidio universal incondicional (SUI en este escrito):

- **La riqueza producida socialmente debe repartirse de forma mucho más igualitaria que la actual**. Es falso que la distribución de riqueza e ingreso en el capitalismo se ajuste a las contribuciones que cada cual aporta al producto social. La producción se realiza a partir de una infraestructura técnica, social y cultural y moral preexistente: la contribución de cada cual es muy difícil o imposible de cuantificar.
- **Las transformaciones económicas y tecnológicas que han originado enormes aumentos en la productividad tornan cada vez más injusto un hipotético sistema de reparto de la renta basado sólo en una producción directa y estricta entre renta percibida y horas de trabajo aportadas**. El salario indirecto (en forma de bienes públicos, transferencias de renta, protección social, etc.) debe aumentar su importancia en relación con el salario directo.
- **La pobreza, y no digamos la miseria extrema, es intolerable en un mundo que globalmente produce lo suficiente para que todos los seres humanos del planeta podamos llevar una existencia digna**. Debe garantizarse la satisfacción de las necesidades básicas de todo ser humano.
- **Estoy a favor de una renta mínima universal garantizada, a condición de que no se entienda "renta" en sentido restrictivamente monetario ni se entienda "universal" como equivalente a "ciudadano de un país que se cuenta entre los más ricos del planeta"**. Lo que estoy a favor de garantizar es la satisfacción de las necesidades básicas de todos los seres humanos, y los ingresos en papel moneda no son ninguna necesidad básica, sino en todo caso un medio para la satisfacción de aquéllas.
- **No debe identificarse "trabajo" con "trabajo en el sistema productivo", ni mucho menos con "trabajo asalariado"**. No debe aceptarse el trabajo asalariado bajo relaciones de producción capitalistas como forma ideal o prototípica de la actividad productiva humana.

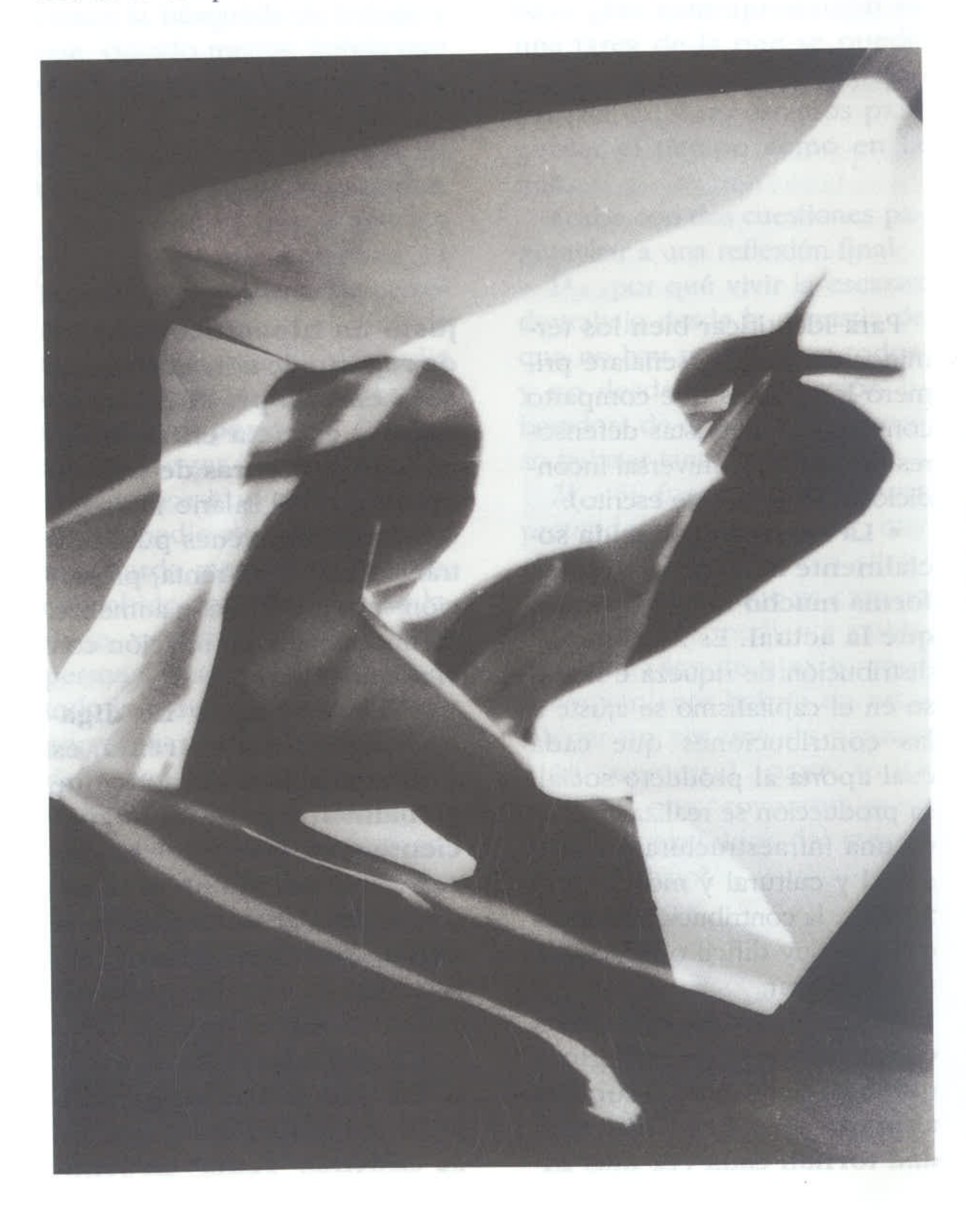
¿Dónde se localiza el desacuerdo, entonces? **No estoy de**

Sobre trabajar, comer, holgar y liberarse: el debate acerca del subsidio universal incondicional

acuerdo con la propuesta de desvincular el "derecho a la renta" del "derecho al trabajo". En lugar de desconectar completamente trabajo e ingresos (como hace el SUI), parecería adecuado desvincular los ingresos de la cantidad de horas de trabajo aportadas. Salir de las relaciones salariales no es lo mismo que salir del mundo del trabajo.

No estoy de acuerdo, en definitiva, con la idea de un subsidio universal incondicional (subrayando el último adjetivo): una "renta que percibe toda la población independientemente de toda otra consideración que no sea la de la edad y que permite cubrir las necesidades básicas". Contra lo que afirman Daniel Raventós, Rafael Gisbert, Félix Ovejero o José Iglesias, no me parece que semejante subsidio sea ética ni políticamente deseable; ni tampoco políticamente viable.

Tampoco me parece cierto que las estrategias de reducción del tiempo de trabajo y de SUI sean complementarias. Más bien tenemos que elegir entre una política del tiempo y una política del subsidio. "O bien consideramos que la exclusión es inevitable y que es prioritario repartir las riquezas para disminuir la pobreza; o bien consideramos que es prioritario dar trabajo a todos y usamos el reparto de las riquezas como un medio para lograrlo", escribe Guy Aznar en *Trabajar menos para trabajar todos.* Me temo que la lógica del SUI es la del primer término de esta disyunción, la de la exclusión social inevitable, la de la dualización de la sociedad. Si se desea evitar esa dualización, hay que plantear una política ambiciosa de reducción del



«Estoy a favor de una renta mínima universal garantizada, a condición de que no se entienda 'renta' en sentido restrictivamente monetario ni se entienda 'universal' como equivalente a 'ciudadano de un país que se encuentra entre los más ricos del planeta'. Lo que estoy a favor de garantizar es la satisfacción de las necesidades básicas de todos los seres humanos, y los ingresos en papel moneda no son ninguna necesidad básica, sino en todo caso un medio para la satisfacción de aquéllas»

tiempo de trabajo. Concebida no como una medida coyuntural, sino como una estrategia a largo plazo para regular el metabolismo naturaleza-sociedad y para transformar a esta última.

Mi posición es más o menos: pleno empleo con tiempo reducido ("trabajar menos para trabajar todos"), tercer sector de utilidad social, formas de autogestión del tiempo de trabajo y segunda nómina para completar los ingresos de los trabajadores. Segunda nómina y SUI son incompatibles; no pueden financiarse a la vez. La diferencia esencial es que la primera está vinculada con el trabajo en la esfera pública y el segundo no. Como señala el inventor de la segunda nómina, Guy Aznar, "aunque las riquezas de la sociedad fueran infinitas, aunque el tiempo de trabajo necesario llegara a ser irrisorio, debería siempre, desde nuestro punto de vista, ser compartido. Por esta razón la segunda nómina es siempre la contrapartida de una participación en el trabajo del sistema industrial".

Problemas morales de fondo

La reproducción y la transformación de cualquier existencia individual y de cualquier sociedad precisan trabajo. Criar y socializar a cualquier ser humano exige trabajo. Crear las condiciones necesarias para el cumplimiento personal o "autorrealización" exige trabajo. No parece muy inteligente, sobre todo en la era de la crisis ecológica global, creer que "cuanto más trabaja uno, mejor está el mundo", como da por bueno la ideología del trabajo. Pero hay que reconocer que hace falta cierta cantidad de trabajo para que el mundo humano simplemente exista, y también para que mejore. En mi opinión, el trabajo socialmente necesario debería distribuirse con equidad entre todos los miembros de la sociedad capaces de trabajar (y ello supone plantear el enorme tema de la superación de la división social clasista del trabajo).

El "derecho a la pereza" sólo parece aceptable si se entiende como incitación a aprovechar las innovaciones técnicas que incrementan la productividad para aumentar el tiempo de ocio creador, actividades sociales y desarrollo personal, en lugar de seguir despeñándose por la locura de la producción por la producción. Pero no parece aceptable un "derecho a la pereza" interpretado como holganza que se beneficia del plustrabajo de otros (interpretación que han compartido las clases dominantes en muchos tiempos y lugares). Pretender vivir sin trabajar, a costa del trabajo de los demás, es cosa fea generalmente conocida como parasitismo. La reprobación del parasitismo no es exclusiva de la "tradición judeocristiana" que ha impregnado la ideología burguesa del trabajo" (como afirman muchos defensores del SUI), sino que más bien representa algo parecido a un universal ético, rastreable en casi todas las culturas conocidas. La reflexión de Primo Levi en *La llave estrella* es compartible:

"Para exaltar el trabajo, en las ceremonias oficiales se moviliza toda una retórica insidiosa, cínicamente fundada en la consideración de que un elogio o una medalla cuestan mucho menos que una subida salarial, y rinden más. Pero existe también una retórica de signo opuesto, no cínica sino profundamente estúpida, que tiende a denigrarlo, a pintarlo como algo vil, como si se pudiera prescindir del trabajo, propio o ajeno, y no sólo en la Utopía sino también hoy y aquí. Como si el que sabe trabajar fuera por defi-

Sobre trabajar, comer, holgar y liberarse: el debate acerca del subsidio universal incondicional

nición un siervo, y como si, a la inversa, quien no sabe trabajar, o trabaja mal, o no quiere trabajar, fuera por esa misma razón un hombre libre. Es tristemente cierto que muchos trabajos no son agradables; pero es nocivo lanzarse a la palestra cargados de prejuicios y de odio. Quien lo hace se condena para toda la vida a odiar no sólo el trabajo, sino también a sí mismo y al mundo. Se puede y se debe combatir para que el fruto del trabajo quede en las manos de quien lo origina, y para que el trabajo como tal no sea un puro penar; pero el amor —respectivamente el odio— hacia la obra son un dato interno, originario, que depende mucho de la historia del individuo, y menos de cuanto se cree de las estructuras productivas en cuyo marco se desarrolla el trabajo".

> *«No parece aceptable un 'derecho a la pereza' interpretado como holganza que se beneficia del plustrabajo de otros»*

Como observa André Gorz en su libro *Capitalismo, socialismo, ecología*, el SUI "por idealismo le hace el juego a la ideología del trabajo; parece considerar el trabajo como actividad libremente elegida, facultativa, que puede reservarse a aquellos y aquellas a quienes les guste. Pero de entrada, el trabajo hay que hacerlo, tanto si gusta como si no, y sólo partiendo del reconocimiento de su necesidad podemos después intentar volverlo lo más agradable y enriquecedor posible, aligerando su peso y disminuyendo su duración.

La función socializadora del trabajo en la esfera pública

"Suprimir la función de relación con lo real que constituye el trabajo separa al individuo de la realidad. La vida es el encuentro de una energía y de una resistencia, encuentro al que se llama trabajo", indica Guy Aznar. En términos menos líricos: el trabajo (en actividades socialmente útiles) genera sentimientos de pertenencia, participación y utilidad social; contribuye a la construcción de la identidad personal; proporciona bases para la dignidad propia y el respeto por uno mismo; permite y consolida el acceso a la esfera pública en las sociedades industriales (esfera cuya actividad principal sigue siendo hoy por hoy el trabajo).

El mecanismo del SUI sin contraprestación en trabajo socialmente necesario es esencialmente un mecanismo de dependencia, que puede contribuir a mantener a las personas en un estado de inmadurez perpetua. La retórica de los derechos poco puede cambiar una situación que objetivamente se caracterizaría por el paternalismo del Estado y la dependencia de los perceptores del subsidio. Obsérvese la diferencia crucial con la segunda nómina. En ésta, es la disponibilidad a aportar una porción del trabajo socialmente necesario lo que da derecho a recibir una porción del producto (una asignación no mecánicamente proporcional a la duración del trabajo aportado, sino más bien vinculada a la productividad social general).

El problema de la división sexual del trabajo

Numerosas feministas han expresado su temor de que el SUI —igual que el "salario del ama de casa", ardientemente reivindicado por el Vaticano— favorezca la exclusión de las mujeres de la esfera pública y el mundo del trabajo asalariado, y facilite su confinamiento en el

hogar. La cuestión está lejos de ser inequívoca: depende del modelo concreto del SUI que se considere, y hay feministas que defienden modelos de SUI. Pero tiene una importancia obvia.

La amenaza de la dualización y la exclusión social

El SUI divide a los trabajadores (mientras que la estrategia de "trabajar menos para trabajar todos" los une). Si la cuantía del subsidio es baja, favorece una escisión entre ricos y pobres; si es relativamente alta, favorece una división entre integrados y marginados (los primeros condenados a una hiperproductividad que ha de generar recursos para toda la sociedad, los segundos excluidos del trabajo remunerado con sus virtudes integradoras ya mencionadas). El SUI puede convertirse en el "salario de la marginalidad y la exclusión social", sugiere André Gorz en su libro *Metamorfosis del trabajo*; un subsidio con el que los mejor situados compren la paz social necesaria para el disfrute de sus privilegios. Se pregunta Juan N. García Nieto:

"*Una generalización de la renta mínima, tal como funciona hoy mayoritariamente en Europa, concebida como mínimo de subsistencia, por lo que se refiere a su cuantía, ¿no tiene el peligro de ejercer una presión de los salarios a la baja, institucionalizando, al mismo tiempo, despidos masivos de los trabajadores sin ninguna contrapartida? ¿No servirá, también, para conseguir que el desempleo y la marginación sean tolerables y aceptados como consecuencia (incluso como condición) indispensable de la "racionalidad económica"?*(...)".

La división internacional del trabajo y los "cabezas de turco" inmigrantes dentro de nuestros países ricos

Los defensores del SUI lo presentan como la panacea que reducirá las penalidades del trabajo en general, eliminará quizá completamente los trabajos más penosos, o si no, por lo menos, aumentará grandemente los salarios de los trabajadores que los realizan (los empleadores tendrán que ofrecer empleos muy atractivos para encontrar fuerza de trabajo dispuesta a dejarse vender).

Me parece un buen ejemplo de ingenuo pensamiento desiderativo. Como se trata de una medida pensada exclusivamente para los ciudadanos de los países ricos, lo que en realidad sucedería es lo que ya va sucediendo en la actualidad, pero con más intensidad: los trabajos más penosos quedarían reservados a los "cabezas de turco" que inmigran a nuestros países desde el Sur sin obtener ciudadanía... y trabajan a cambio de remuneraciones miserables, en condiciones igualmente míseras. Como ha hecho notar Alfons Barceló, "quienes más cerca se hallan hoy de disfrutar una situación (de tipo SUI) son los súbditos kuwaitíes; pero no los palestinos, egipcios o paquistaníes que trabajan a su servicio". (...)

«Una generalización de la renta mínima, concebida como mínimo de subsistencia ¿no tiene el peligro de ejercer una presión de los salarios a la baja, institucionalizando, al mismo tiempo, despidos masivos? ¿No servirá para conseguir que el desempleo y la marginación sean aceptados como consecuencia indispensable de la 'racionalidad económica'?»

La cuantía del SUI

Con una cuantía baja, la medida es claramente de derechas y va en detrimento de los trabajadores. Un SUI bajo no permite cubrir ni siquiera las necesidades básicas y obliga a buscar empleo, viéndose obligado el trabajador a aceptar incluso los más precarios y peor remunerados. Pues **en la estrategia neoliberal, el SUI se combina con la desregulación total del mercado laboral y el desmantelamiento de otras prestaciones y mecanismos de protección social.**

Con una cuantía alta, y si al mismo tiempo se rechazan las medidas de desregulación del mercado de trabajo, es políticamente impracticable (por razones de lucha de clases, en última instancia). Que a la «crisis fiscal del Estado» y a la voladura

Sobre trabajar, comer, holgar y liberarse: el debate acerca del subsidio universal incondicional

controlada del *Welfare State* se responda desde la izquierda con el SUI revela un irrealismo político que puede tener graves consecuencias.

El problema de la financiación

Un SUI no es de ninguna manera financiable sin un fortísimo aumento de la presión fiscal. Las cuentas son fáciles de hacer.

El SUI vendría a sustituir, por lo menos, a las actuales prestaciones sociales (pensiones, prestaciones del INEM, subsidio de desempleo...), y en las versiones de la derecha sustituiría también a otros componentes del gasto social (hasta llegar al gasto en sanidad y educación, incluso). Ahora bien, las prestaciones sociales, en años recientes, han oscilado entre el 14 y el 17 por ciento del PIB en España (las pensiones, en torno al 10 por ciento del PIB). En nuestro país, el gasto público total ha oscilado entre el 41 y el 43 por ciento del PIB en 1986-1995, bastante por debajo del promedio de la Unión Europea, que es del 49 por ciento aproximadamente. (...)

Para financiar un SUI medianejo de unas 65.000 pesetas al mes, que en las grandes ciudades de nuestro país apenas permite cubrir las necesidades básicas, ya necesitamos casi la mitad del PIB. Desde luego, implantar esta medida no sería un camino de rosas. (...)

Para conceder un subsidio por valor del salario mínimo (60.600 pts. al mes en 1993) a los colectivos que hoy no perciben ingresos (básicamente los parados sin subsidio, las amas de casa, los estudiantes y los niños), haría falta destinar un 22 por ciento del PIB a estas nuevas prestaciones, además de las prestaciones sociales que ya se conceden, y que permanecerían inalteradas en su gran mayoría. ¡Con eso tenemos ya casi el 40 por ciento del PIB, y todavía no se trata de un SUI (pues los trabajadores en activo no lo reciben)!

> *«No me parece adecuado concebir el trabajo ni como bien escaso y precioso ni como horroroso mal del que hubiera que escaquearse. Pero quienes lo conciben de alguna de estas dos formas tendrán que convenir en que lo justo sería distribuirlo igualitariamente»*

Parece muy optimista, en suma, afirmar que "la financiación del subsidio universal garantizado es perfectamente posible en la mayoría de los Estados europeos" (Gisbert y Raventós). Por no mencionar lo que sucedería en otros Estados menos favorecidos por los dones de la diosa Fortuna. (...)

"Para cualquier nivel dado de ayuda a los miembros más necesitados de la sociedad (esto es, los pobres sin trabajo), costaría mucho más un sistema de subsidios universales que una renta compensatoria garantizada (especialmente si esta última proporciona algún incentivo al trabajo)" (Joseph H. Carens). Los recursos en protección social se emplean mejor cuando se emplean en proteger a quienes necesitan protección, y no a quienes no la precisan.

La resistencia de las clases propietarias

Otra dificultad —relacionada con la anterior— que haría el SUI difícilmente practicable o sencillamente imposible tiene su origen en la asimetría estructural entre trabajo y capital. Sin duda, la burguesía respondería

a una estrategia del SUI expansivo con «huelga de inversiones» y fugas de capitales.

Ya el actual Estado asistencial, hoy en crisis y sometido a fuertes ataques, ha provocado fuertes respuestas de la burguesía en ese sentido: rebelión fiscal y fraude fiscal generalizado, desinversión, deslocalización de la actividad económica ... ¿Qué no sucedería si un SUI alto llevase a aumentar la presión fiscal?

Utopismo moral

Pero la posible respuesta insolidaria seguramente no quedaría circunscrita a la burguesía. La propuesta del SUI, cuando la hacen de buena fe gentes de izquierda, no deja de incurrir en cierto utopismo moral. Siendo la complexión moral de las sociedades occidentales la que hoy es —con la difusión de un individualismo antisocial y agresivo, la insolidaridad rayana en la exaltación de la guerra de todos contra todos, el ventajismo que busca recibir sin dar, lo que alguna vez se llamó «hedonismo reaganiano», etc.—, me temo que un resultado altamente previsible de la introducción de un SUI sería la extensión del trabajo en negro y del fraude fiscal también entre los trabajadores. No basta con meras apelaciones morales para resolver el bien conocido «problema del gorrón». Y la complexión moral de una sociedad no cambia de la noche a la mañana ...

El problema de los consumos públicos

¿No habíamos quedado —los ecosocialistas y otras gentes de izquierda— en que la provisión y el consumo públicos de ciertos bienes y servicios es preferible en muchos casos —por razones de justicia, eficiencia económica y sustentabilidad ecológica— a la alternativa mercantilizadora e individualizadora? Por ejemplo: ¿no es preferible una red de transporte público moderna, eficiente y con tarifas muy bajas —o gratuitas en algunos casos— a la provisión general de un subsidio monetario para transporte? Este tipo de razonamiento es igualmente aplicable al SUI.



Derechos y necesidades básicas

"La concesión de la renta básica —escribe José Iglesias Fernández— ha de carecer de toda connotación asistencial. Pasa a constituirse en un derecho para todas las personas como lo viene siendo desde hace siglos el derecho a la ley y el orden y, desde épocas más recientes, el derecho a la sanidad o a la educación universal". Está claro que el SUI así concebido, como derecho subjetivo, sería tan volátil y tan débilmente protegido por el ordenamiento jurídico como el derecho al trabajo o a la vivienda bajo relaciones sociales capitalistas.

Esto no pueden por menos de reconocerlo hasta los defensores del SUI. Así por ejemplo, Iglesias, después de afirmar enfáticamente que la cuantía del SUI debe permitir cubrir las necesidades básicas de las personas, escribe: "La cantidad a determinar como renta básica se fijará en función del producto social. A mayor producto social, o mayor crecimiento, mayor cantidad para la distribución como renta básica. Por lo tanto, va a depender particularmente de la capacidad productiva de cada sociedad". Por consiguiente, el SUI se pone menos en relación con las necesidades básicas de las personas que con la

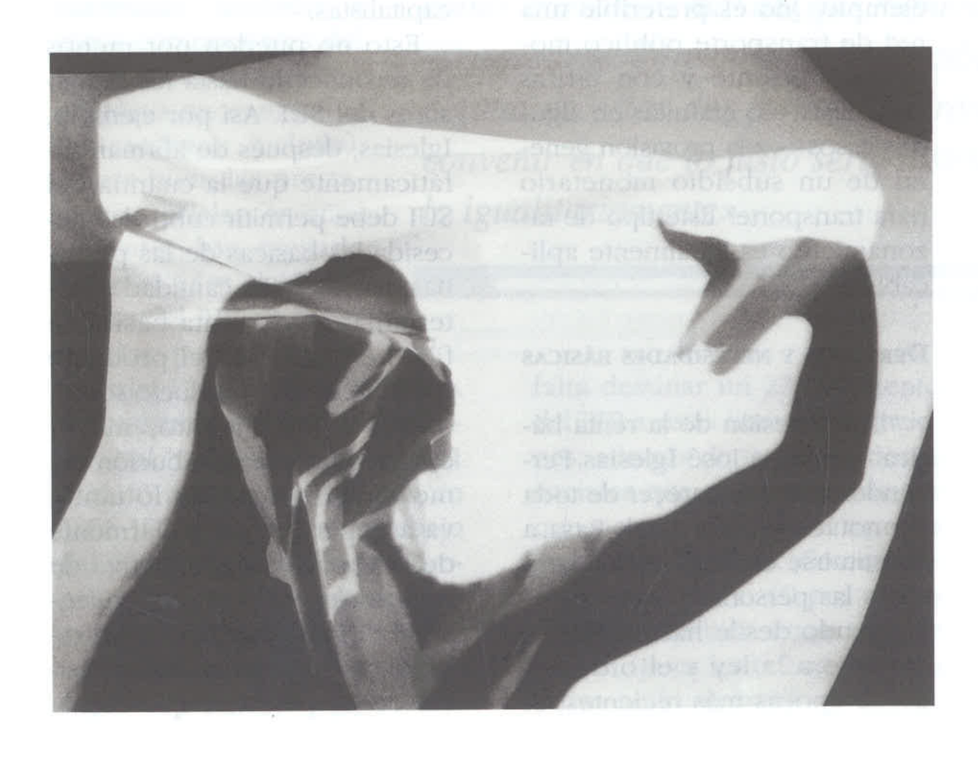
Sobre trabajar, comer, holgar y liberarse: el debate acerca del subsidio universal incondicional

capacidad de crecimiento que esconde. Y también —aunque eso Iglesias no lo explicite— con la progresividad del sistema tributario (el SUI no es sino un mecanismo más del *Welfare State* capitalista), con el nivel de fraude fiscal y —de forma más general— con las vicisitudes de la lucha de clases.

De hecho, alguno de los más conspicuos defensores «de izquierdas» del SUI niegan explícitamente su conexión con las necesidades básicas. En uno de los últimos libros del liberal (o «real-libertario», como él mismo se autodenomina) Philippe van Parijs, *maître à penser* de los defensores del SUI, se lee: "No hay nada en la definición de subsidio básico que lo conecte con ninguna noción de las necesidades básicas. Un subsidio básico puede estar por debajo o por encima de lo que se considera necesario para llevar una existencia decente" (*Libertad real para todos*, Paidos, Barcelona 1996).

En realidad, un experimento de subsidios casi universales tuvo lugar —con resultados desastrosos— en los albores del capitalismo (...). Una ley aseguraba a los pobres unos ingresos mínimos, independientemente de sus otros ingresos. Como señalo Karl Polanyi en su clásico de 1944 *La gran transformación*:

"Sin el efecto prolongado del sistema de subsidios, no se podría explicar la degradación humana y social que tuvo lugar en los inicios del capitalismo (...). El sistema se inició como una forma de ayuda a los salarios, aparentemente para beneficio de los asalariados, pero de hecho los recursos públicos se utilizaron para subvencionar a los patronos. El sistema de subsidios produjo como principal efecto el descenso de los salarios por debajo del nivel de subsistencia".



El problema de la insuficiente oferta de trabajo

¿Quién querrá trabajar? Es una de las preguntas que más han repetido los críticos conservadores. Seguramente no se trata del problema más importante, pero tampoco puede echarse sin más en saco roto.

Evidentemente, la posibilidad de retirarse del mercado de trabajo depende de la cuantía del SUI: sólo con un subsidio relativamente alto podría disminuir sensiblemente la oferta de trabajo.

Si esto sucede, el modelo tiende a dañarse a sí mismo: una proporción decreciente de trabajadores tendría que mante-

ner a una población creciente de no trabajadores, con lo que la cuantía del subsidio tendería naturalmente a decrecer ...

Consideraciones finales

Me parece que el SUI es una idea de derechas —perteneciente al sistema doctrinal del neoliberalismo desregulador de todos los mercados, y en especial del mercado de trabajo— que ha calado en algunas gentes de izquierdas. Harían bien en pensársela dos veces. El SUI puede ser un buen tema para que los profesores universitarios celebren congresos internacionales, pero no es un buen objetivo al que enderezar las luchas sociales. Tomárnoslo en serio me parecería, básicamente, una distracción con respecto a los objetivos que realmente deben importarnos.

No estoy por sustituir el derecho al trabajo por el derecho a la asistencia pública, perspectiva que nos encamina a la consolidación de una sociedad dual.

Parece injusto un derecho a ingresos totalmente desligado de la obligación de contribuir al trabajo socialmente necesario. Mejorar las prestaciones sociales no contributivas dentro de nuestro sistema de protección social —cosa que me parece absolutamente deseable— es asunto muy diferente de introducir un SUI.

Creo que el atractivo del SUI para mucha gente radica en que, sin reflexionar mucho, se lo identifica como una beca que le permite a uno dedicarse a actividades individualmente gratificantes y socialmente útiles (y repárese en que las dos condiciones son necesarias para explicar esta atracción a primera vista). Pero el SUI no es esto. Las becas son subsidios condicionados (a que uno estudie ciertas materias o realice ciertas investigaciones durante cierto tiempo, etc.).

Amor incondicional es el de los padres hacia el niño pequeño (si las cosas van bien), y madre, como se sabe, no hay más que una. El modelo de relación individuo/social al que aspiramos no puede ser —creo— la dependencia del infante desvalido hacia sus padres todopoderosos, sino más bien la cooperación entre iguales para lograr fines comunes.

«Soy contrario al subsidio universal y partidario de mantener, mutatis mutandi, el principio paulino de 'el que no quiera trabajar que no coma'. No es lo mismo no querer que no poder trabajar. Y en todos los casos en que no se pueda trabajar, la solidaridad social debe garantizar los recursos suficientes para poder llevar un vida digna»

No me parece adecuado concebir el trabajo ni como bien escaso y precioso que conviniera llevar al máximo, ni como horroroso mal (según la conocida etimología *trabajo=tripalium*, instrumento de tortura, que les gusta citar a los defensores del «derecho a la pereza») del que hubiera que escaquearse a cualquier precio. Pero quienes lo conciben de alguna de estas dos formas tendrán que convenir en que, tanto si se trata de un bien precioso como de un mal horroroso, lo justo sería distribuirlo igualitariamente. (...)

Como habrá quedado claro a estas alturas, el debate sobre el SUI no puede desligarse de otros importantes debates: a) sobre lo que se puede entender por necesidades básicas; b) sobre los sistemas de protección social y el futuro del llamado «Estado del bienestar», mejor conceptualizado como Estado asistencial; c) sobre el tiempo de trabajo, su reducción y su redistribución; d) sobre la ecologización estructural de la economía.

Tras la ecologización estructural de la economía por la que luchamos los ecologistas, el trabajo socialmente necesario probablemente no disminuiría, sino que más bien tendería a aumentar, puesto que la producción sería menos intensiva en energía y materiales y más intensiva en trabajo humano.

Soy contrario al SUI y partidario de mantener, *mutatis mutandi*, el principio paulino de *el que no quiera trabajar que no coma* (II Carta de Pablo de Tarso a los tesalonicenses, 3.11). Nótese que el apóstol no dice "el que no trabaje" sino "el que no quiera trabajar", y la diferencia es esencial. No es lo mismo

Sobre trabajar, comer, holgar y liberarse: el debate acerca del subsidio universal incondicional

no querer que no poder trabajar. Y en todos los casos en que, por la razón que fuere, no se pueda trabajar, la solidaridad social (que cristaliza en cosas como transferencias de renta a través de la Seguridad Social) debe garantizar los recursos suficientes para poder llevar una vida digna. Históricamente, siempre que dentro del movimiento obrero se acudió al principio paulino fue para denunciar el parasitismo de los rentistas, la explotación por parte de la burguesía.

La cláusula *mutatis mutandi* puede llegar sin duda hasta la traducción que del principio paulino hacía Max Horkheimer a finales de los años veinte: *Todos deben comer y trabajar lo menos posible.* "La aspiración proletaria se dirige a la reducción del trabajo. No tiene como fin el que en una sociedad futura se le impida a uno hacer lo que plazca, sino que se propone racionalizar y repartir por igual los quehaceres exigidos por la vida de la sociedad. Quiere poner freno a la coacción y no a la libertad, al sufrimiento y no al placer. En una sociedad racional cambia su sentido el concepto de trabajo". (...)

JORGE RIECHMANN es matemático, poeta y ensayista. Dirige el área de medio ambiente de la fundación 1º de Mayo. Este artículo pertenece a su libro *Quien parte y reparte ...*

Reparto ¿de qué?

El subsidio agrario, una larga experiencia de ingreso mínimo social

> "El derecho es la posibilidad de vivir como seres humanos y de criar los hijos para hacerlos miembros iguales de una sociedad superior a la nuestra: al paso que el derecho al trabajo es el derecho a continuar siendo siempre un esclavo asalariado, un hombre de labor, gobernado y explotado por los burgueses del mañana. El derecho al bienestar es la revolución social; el derecho al trabajo es, a lo sumo, un presidio industrial" [Kropotkin, 1977].
>
> "Los escritos que Marx produjo entre 1844 y 1846 consideran que la forma de trabajo en la sociedad moderna constituyen la total alienación del hombre" [Marcuse, 1972].

En los años ochenta, el capital logró resolver la situación crítica a su favor. Alcanzó sus objetivos de reestructurar el aparato productivo y restaurar el beneficio empresarial con un saldo de paro estructural alto y la generalización de la precariedad laboral.

Hijas de estos tiempos son las reflexiones y los debates teóricos sobre el reparto del trabajo y de la riqueza. Algunos acentúan el reparto del trabajo como única forma de reparto de la riqueza, y otros, de repartir, repartir, prefieren la distribución de la riqueza, ya que consideran el trabajo una obligación impuesta por las relaciones sociales en el capitalismo.

El paro generalizado que hoy soportamos, se inició hace cerca de cuarenta años en la agricultura. A principios de la década de los sesenta, la mecanización de la recogida del algodón dejó sin trabajo a decenas de miles de trabajadores negros del sur de los EE.UU. Como consecuencia de ello, emigraron hacia el norte, a los guettos de Chicago y New York. En la misma década, en el Estado español, más de un millón de trabajadores del campo se vieron obligados a emigrar hacia las grandes ciudades y a otros países.

La "revolución verde" trajo al campo, el uso masivo de energía (petróleo), los fertilizantes químicos (fosfatos) y todo tipo de productos fitosanitarios (plaguicidas, herbicidas, pesticidas, etc.). El resultado de todo ello: muchos excedentes de alimentos al mismo tiempo que mucha hambre en el mundo; grandes beneficios para el "Agrobussine" y la disminución drástica del número de campesinos y jornaleros. En el año 1964, el 34,5% de la población ocupada del Estado español, 3,94 millones de personas eran campesinos y jornaleros, tres décadas después, en el año 1997, sólo el 8,3% (en la Unión Europea la media actual es del 4%) es decir, 1,05 millones de personas trabajaban en el campo.

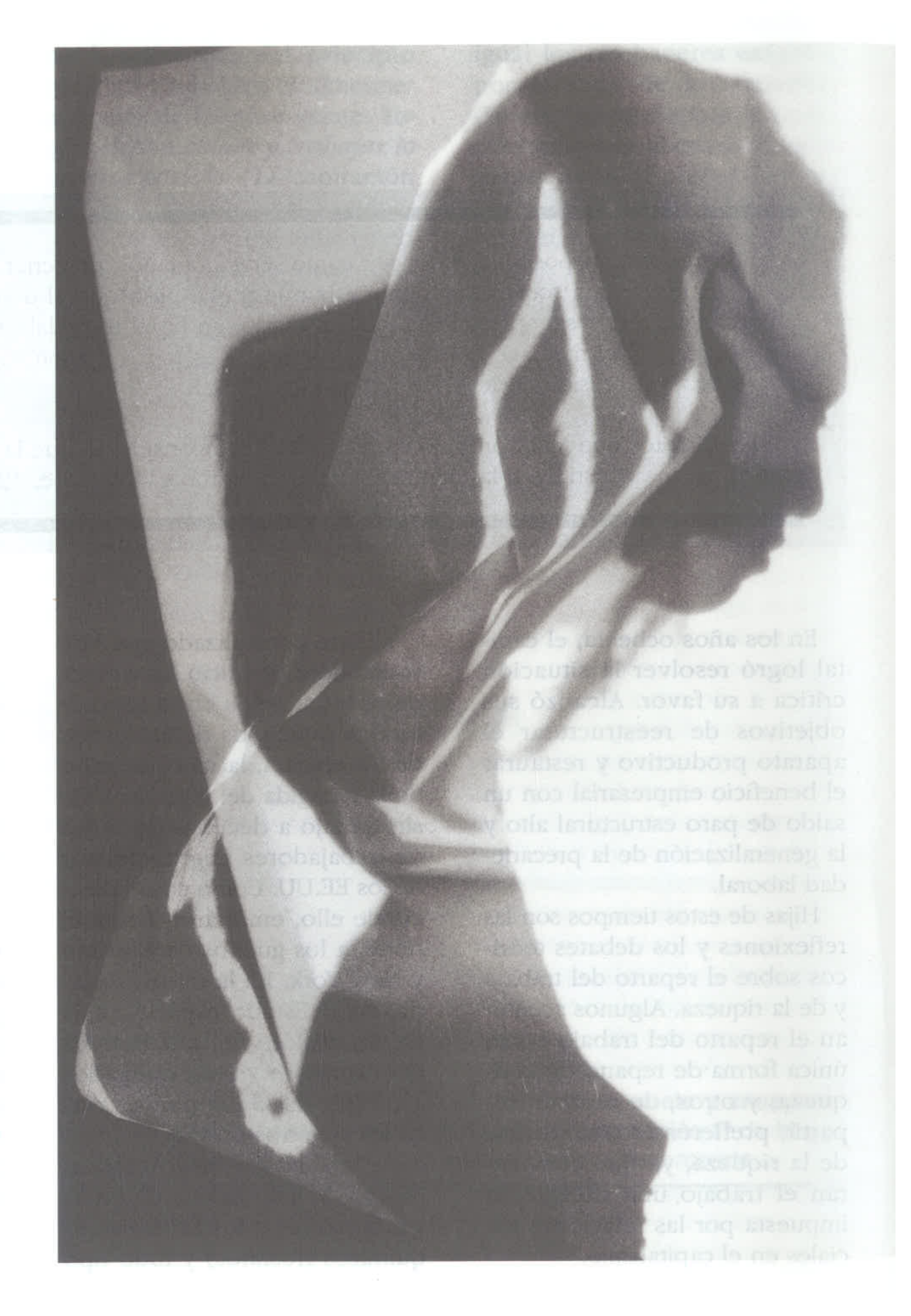
En Andalucía en los años sesenta había más de un millón

Reparto ¿de qué?

de jornaleros repartidos entre cortijos y agrociudades (pueblos de la campiña con más de 10.000 habitantes) hoy no llegan a 200.000. No todos se fueron a la ciudad o emigraron a otros países. Los que se quedaron protagonizaron una larga lucha de muchos años para conseguir el subsidio agrario, una gran conquista que a la postre significaría el arma destructora del movimiento jornalero en el campo andaluz.

EL SUBSIDIO AGRARIO, ANTECEDENTES Y ACTUALIDAD.

En los años setenta nace un fuerte movimiento jornalero en Andalucía que reclama trabajo, ya que según los panfletos de la época, la mayoría de los jornaleros no llegaban a los 120 días de trabajo/año. Las marchas, ocupaciones de fincas, las huelgas y la incipiente organización en sindicatos obliga al gobierno de la UCD a liberar fondos para obras públicas, tareas forestales, etc. y a dar trabajo en el campo mediante el denominado **Empleo Comunitario** (EC). Un tipo de trabajo que las organizaciones obreras no dudan de calificar como una "limosna" al mismo tiempo que reivindican la Reforma Agraria o mejor dicho las reformas agrarias ya que cada organización tiene su ver-



sión particular de esta alternativa. Lo cierto es que la consigna "Reforma Agraria" concebida como reparto de la tierra cala entre los jornaleros, que aceptan a regañadientes el Empleo Comunitario.

Con el gobierno de la UCD los fondos del Empleo Comunitario llegaban a los pueblos dependiendo de su grado de combatividad, por lo que para desarticular esta espiral de luchas los gobernantes acometen sucesivas reformas del EC e introducen las prestaciones por desempleo acogidas al Régimen Especial Agrario de la Seguridad Social (REASS). Tenían derecho a este primer **subsidio agrario los jornaleros con más de 90 jornadas/año.**

La CNT de Andalucía escribía en un panfleto sobre la primera reforma del EC:

"Nuevamente el gobierno de la UCD, con la complicidad de todos los partidos parlamentarios y sus correspondientes Centrales sindicales, se propone cubrir los costos que se necesitan para preparar al capitalismo español para su entrada al Mercado Común, a base de acentuar el hambre y la miseria de los jornaleros andaluces y con ello de todo el pueblo andaluz. No bastaba a la humillación a la que nos sometía con la limosna del "empleo comunitario", sino que por lo visto el costo que éste suponía no era soportable por el Estado, por lo que preparan nuevas medidas que van a someternos a todos los trabajadores del campo, a una situación mucho más difícil de la que hasta ahora veníamos viviendo.

Estas medidas, pretenden además conseguir que de forma definitiva abandonemos la tierra (...) la conquista de la tierra compañeros, va a ser una lucha larga y va a exigir de nosotros una capacidad organizativa que en la actualidad no poseemos, por lo que es necesario que dispongamos de una alternativa intermedia que no puede ser otra que OBLIGAR A LOS PATRONOS QUE SE REPARTAN A LOS JORNALEROS EN PARO, ASI COMO NEGARNOS SISTEMÁTICAMENTE A SEGUIR LAS DIRECTRICES QUE LLEGEN DEL GOBIERNO EN MATERIA DE EMPLEO COMUNITARIO".

«Veinte años de lucha por la Reforma Agraria han cosechado escasos frutos. Los últimos reductos radicales de jornaleros han conseguido formar unas pocas cooperativas. A lo largo de todos estos años, el subsidio agrario ha sido denunciado como un 'elemento' desmovilizador que ha llenado las tabernas de los pueblos y vaciado los locales sindicales.»

Con la llegada del PSOE al poder, a principio de los años ochenta se pone en marcha la Ley de Reforma Agraria, que supone una continuación de las leyes franquistas y ucedistas de "Tierras Mejorables" de los años 1953, 1971 y 1979. Los socialistas ponen el acento en la modernización, en una nueva clase empresarial agrícola que rija sus explotaciones por criterios de máxima rentabilidad y expansión económica de la empresa de cara al ingreso en la C.E. La Reforma Agraria del PSOE lleva aparejada una Ley de Empleo Rural (el PER) y **un nuevo subsidio agrario para el que será necesario haber trabajado 60 jornadas /año.**

El Partido Comunista de Andalucía (PCA) con fuerte influencia en las CC.OO. del Campo no rechaza el término de Reforma Agraria que también utiliza el Gobierno del PSOE. El PCA defiende una Reforma Agraria Integral que se limita a pequeñas diferencias programáticas con la ley que presenta la Junta de Andalucía. Por su parte, el Sindicato de Obreros del Campo (SOC) seguirá utilizando el término "Reforma Agraria" para demandar trabajo y no limosnas.

La Reforma Agraria del PSOE consistió en atraerse para su área de influencia, a organizaciones de pequeños agricultores que estaban en la órbita del PCA mediante políticas de generosas subvenciones (UAGA) y a sectores del SOC, que una vez convertidos en cooperativistas y pequeños propietarios de tierra se pasaron al partido del gobierno (Bajo Guadalquivir). Además la utilización clientelar del Plan de Empleo Rural les permitió ganarse una mayoría política muy sólida en

Reparto ¿de qué?

los pueblos andaluces para gobernar sus Ayuntamientos.

Veinte años de lucha por la Reforma Agraria han cosechado escasos frutos. Los últimos reductos radicales de jornaleros han conseguido formar unas pocas cooperativas en Jodar (Jaén), el Humoso (Marinaleda), el Indiano (Puerto Serrano), el Romeral en la Sierra Sur sevillana, etc.. tierras todas ellas acogidas a las antiguas leyes de "Mejorables". El subsidio agrario ha sido denunciado a lo largo de todos estos años como un "elemento" desmovilizador, que ha llenado las tabernas de los pueblos y vaciado los locales sindicales.

Sobre la Ley de Reforma Agraria la CNT de Andalucía escribía el siguiente texto hace 14 años:

"La presente Ley de Reforma Agraria constituye un acto más por el que se la ha arrebatado al campesinado un mito alrededor del que se unía. Hemos visto enterrar a la Reforma Agraria, e investirse con su cadáver a la Junta de Andalucía.

Su meta no es la sustitución de un sistema de propiedad de la tierra que como nosotros todos los jornaleros desean destruir, que conlleva el monopolio de la tierra por unos pocos, y el paro y la miseria para casi todos.

Hemos de decir que rechazamos como tal el término Reforma Agraria, por considerarlo confuso. Nosotros lo que pretendemos, no son, una serie de reformas en tal o cual aspecto de la vida y sociedad en el campo, y entendemos que tan sólo será posible como antes apuntamos dentro del marco de la transformación global de la sociedad (...) Como medidas de acción inmediata proponemos:

REDUCCIÓN DE LA JORNADA LABORAL TANTO EN EL CAMPO COMO EN LA INDUSTRIA PARA QUE HAYA TRABAJO PARA TODOS.

REPARTO DEL TRABAJO EXISTENTE ENTRE LA MANO DE OBRA EXISTENTE.

SUBSIDIO ILIMITADO CON UNA CUANTÍA IGUAL A LA DEL SALARIO MEDIO.

NEGATIVA POR PARTE DE LOS PARADOS AL ABOMO DE: AGUA, ELECTRICIDAD, BASURA; IMPUESTOS, ETC".

«Ironías del tiempo —que no del destino—, el actual Presidente de la Comisión de Agricultura del Parlamento Andaluz es el Alcalde de la rebelde Marinaleda, el dirigente del SOC, José Manuel Sánchez Gordillo. Preside una Comisión defensora de la competitividad y productividad en el campo»

En la actualidad el PER del gobierno socialista ha sido sustituido por el AEPSA (Acuerdo por el Empleo y el Subsidio Agrario) del gobierno popular. **Son necesarias 45 jornadas/año para obtener el subsidio agrario.**

En la propaganda y en los documentos del SOC subsiste un desprecio hacia el subsidio agrario y lo hace culpable de todos los males. Sin embargo con los años se fueron dando cuenta que, el latifundio feudal e improductivo del campo andaluz era una falacia y lo que aconteció fue la modernización del campo andaluz. Simplemente sobraban jornaleros, para las faenas del olivar y el girasol: eran innecesarias las peonadas con la introducción del uso masivo de fitosanitario para las "malas hierbas"; se eliminó la recogida a

«Rechazar el trabajo es querer vivir a costa de los que trabajan. La cooperación requiere esfuerzo y trabajo, y la obligación de trabajar no la impone el capital, la impone la vida. Es el capitalismo quien dispensa de trabajar a los que viven de las rentas»

mano del algodón. Los jornales se limitan a la recogida de la aceituna, la fresa, la naranja, el melocotón y las hortalizas. En estas condiciones demandar la Reforma Agraria era como pedir el cielo, mientras que se despreciaba por "integrador" el subsidio agrario.

Las contraprestaciones del subsidio agrario eran muy duras. El subsidio del PSOE precisaba de 60 peonadas firmadas por un patrón o por el Alcalde del pueblo (haciendo de patrón del PER). Es cierto que desde el SOC (CC.OO. y UGT siempre aceptaron el número de peonadas) se criticaban dichas prestaciones, pero más cierto es, que no se centraron las luchas en la modificación de las condiciones del subsidio, ya que era considerado como un fabricante de vagos y haraganes, y sobre todo, un desmovilizador de las conciencias.

Las reivindicaciones de la CNT de Andalucía, como hemos visto anteriormente eran muy otras, reconocibles por su modernidad: reducción de jornada, subsidio ilimitado, gratuidad de agua, electricidad, etc. para los parados. Demandas que partían de analizar la Reforma Agraria como un proceso de modernización, de "Reconversión Industrial Agraria" con una correlación de fuerzas muy favorables al capital. El tiempo ha confirmado la certeza del diagnóstico, pero la debilidad de la CNT de Andalucía tampoco hizo posible avanzar en las reivindicaciones de reparto del trabajo y la riqueza es más con la integración de una gran parte de la CNT en el SOC.



A diciembre de 1997, 169.379 jornaleros eran beneficiarios del subsidio agrario en Andalucía cobrando una media de 55.000 pesetas al mes con una contraprestación de 45 peonadas al año. Si tenemos en cuenta que, por las mismas fechas, los beneficiarios de prestaciones económicas por desempleo en Andalucía eran 198.800 parados, de los cuales 122.484 cobraron sólo 49.000 pesetas/ mes de Ayuda Familiar y comparamos todo ello, con la cifra de paro en Andalucía (900.000) y el número de jornaleros (200.000) llegaremos a obtener una visón de la importante cobertura que supone **el ingreso mínimo social que se denomina subsidio agrario.**

Cobertura que excluye a los inmigrantes y a los jornaleros que no llegan a alcanzar las 45 peonadas al año, cobertura insuficiente, propia de unos ingresos mínimos, pero superior en cuantía a cualquier ingreso mínimo de inserción de las Comunidades Autónomas. El subsidio agrario es una conquista, fruto

Reparto ¿de qué?

de la lucha jornalera que nunca debió ser despreciado, es más había y hay que seguir peleando por eliminar las contraprestaciones, aumentar su cobertura a todos los jornaleros con independencia de su origen e incrementar la cuantía, hasta su equivalencia con la del salario mínimo interprofesional (SMI).

El subsidio agrario no "fabrica" haraganes. Sí los produce la impotencia de ver que la lucha no obtiene rendimientos, porque está dirigida hacia otros objetivos, se queda en reivindicaciones quiméricas como la Reforma Agraria o la obtención de Alcaldías en algunos pueblos combativos. Ironías del tiempo -que no del destino- el actual Presidente de la Comisión de Agricultura del Parlamento Andaluz, es el Alcalde de la rebelde Marinaleda, el dirigente del SOC, José Manuel Sánchez Gordillo. Preside una Comisión defensora de la competitividad y la productividad en el campo.

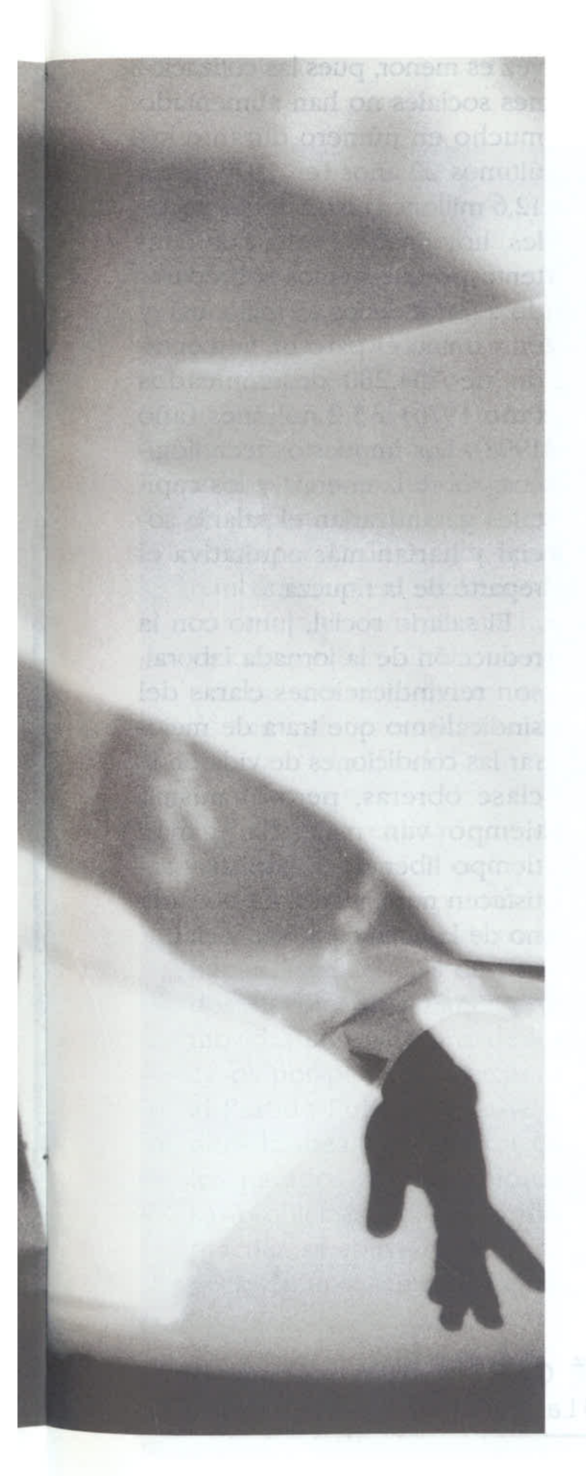
INGRESOS MÍNIMOS, RENTA BÁSICA, SALARIO SOCIAL

"Hay que dejar de mendigar el trabajo en general pensando ingenuamente que el sistema actual puede ofrecer de verdad situaciones de pleno empleo asalariado (...) Si pedir al actual sistema pleno empleo asalariado es pedir peras al olmo, será mejor admitirlo y exigir, en consecuencia, la reconversión de los cuantiosos recursos destinados a paliar los efectos del paro y sus secuelas, no sólo hacia el reparto del trabajo asalariado, sino a facilitar medios que permitan a las personas resolver directamente sus problemas de intendencia mediante formas de actividad (individual, familiares, cooperativas) que escapen a la lógica empresarial capitalista y desengancharse así lo más posible de ese trabajo asalariado que el sistema les escatima" [Naredo, 1997].

Las citas con que comienza este articulo expresan la crítica al trabajo de los clásicos de los siglos XIX y XX. Crítica con solera, que como las estadísticas, se suelen "retorcer y "torturar" extrayéndolas de contexto para que al final respondan y se ajusten a las hipótesis que se quieren defender. Kropotkin, Marx o Marcuse critican el trabajo de la esclavitud, del siervo, del asalariado en todos sus conceptos, como mercancía, como instrumento de dominio, como factor de alienación. Ni el trabajo en las sociedades comunitarias, ni el trabajo no asalariado de las sociedades modernas han sido puesto en la picota, ni por los clásicos ni por los contemporáneos.



«Los partidarios del salario social defendemos el derecho a una renta básica universal es especie como son el derecho a la enseñanza y a la salud, la transporte público y a la vivienda. Y además se reivindica un salario social para todos los parados (no universal) sin prestaciones económicas equivalente al SMI»



Repartir ¿qué? ¡el trabajo!, no sólo el empleo, también el trabajo de las 5,7 millones de amas de casas censadas por el Instituto Nacional de Estadística. ¿Con qué objetivo? ¡Para que trabajemos todos y todas! Y aquí es donde ven el problema los partidarios del **subsidio universal e incondicional:**

"Hay que respetar en todo momento la libertad de aquellas personas que desean poner en práctica el derecho a trabajar. Ahora bien, para que tal derecho pueda ejercerse, esta posibilidad ha de separarse precisamente de la obligación a trabajar que imponen las relaciones sociales en el capitalismo" [Iglesias, 1998].

Efectivamente los defensores del subsidio universal e incondicional o Renta básica no quieren contraprestaciones y critican al trabajo distinguiéndolo –en un pueril ejercicio literario- de la actividad humana. Rechazar el trabajo asalariado es muy saludable, rechazar todo trabajo significa ponerse en la situación del gorrón o del rentista profesional; es querer vivir a costa de los que trabajan. La cooperación requiere esfuerzo, trabajo y la obligación a trabajar no la impone el capital, las impone la vida, más bien es al contrario, es el capitalismo quien dispensa de trabajar a los que viven de las rentas.

Los ingresos mínimos de inserción tienen sus más preclaros defensores en los neoliberales que gobiernan el mundo y en los sindicatos institucionales. Ante un paro estructural que sitúa la reivindicación del pleno empleo fuera del sistema, el ingreso mínimo se presenta como los "paños calientes" para una fiebre de caballo. Se trata de fraccionar aún más a la clase trabajadora: fijos, precarios, desempleados que cobran del INEM, parados que cobran los ingresos mínimos y parados que no cobran nada.

El ingreso mínimo ha de ser de inserción con contraprestaciones, para hacer valer la anomalía que supone el estar parado en la sociedad salarial. El ejemplo más claro de ingreso mínimo es el actual subsidio agrario.

Entre las alternativas de subsidio universal e incondicional y los ingresos mínimos de inserción son posibles otras opciones como es el **salario social**. Partiendo de un punto común con el subsidio universal, la Renta básica, los partidarios del salario social defendemos el derecho a una Renta básica universal en especie como son el derecho a la enseñanza y a la salud, al transporte público y a la vivienda, etc. Y además se reivindica un salario social para todos los parados (no universal)

Reparto ¿de qué?

sin prestaciones económicas, equivalente al SMI. En la medida que es un salario, no una renta, es condicional (no incondicional), sujeto a contraprestaciones.

Los partidarios del salario social señalaremos las contraprestaciones, en la medida que las correlaciones de fuerza nos permitan su imposición o aceptación en la negociación. Pero para ello, no hace falta teorizar más, si luchar y trabajar más –con perdón de los que utilizan otros términos- incrementando la movilización social. Sólo aceptaríamos trabajo socialmente útil y autogestionado. Unas contraprestaciones que nos ayudaría al bienestar que señalaba Kropotkin y serviría a andar poco a poco el camino del ideal libertario: ni Dios, ni Amo, ni Estado.

El equiparar el salario social al SMI, forma parte de una batería de reinvindicaciones transversales que sirven para recomponer la unidad de los trabajadores: el SMI es el suelo del que parte toda negociación colectiva y es obligación de los empresarios él pagarlo; el salario social es el suelo de donde tienen que partir las pensiones y prestaciones sociales y tiene la obligación de pagarlo las Administraciones públicas. La lucha por la subida anual del SMI supone una demanda lineal que puede facilitar la movilización social.

El salario social, como el subsidio agrario es una prestación social que ha de correr a cargo de la Hacienda pública, no de las cotizaciones sociales que nos desquitan en nómina. Hoy la cobertura por desempleo cada vez es menor, pues las cotizaciones sociales no han aumentado mucho en número durante los últimos 20 años (en 1976 había 12,6 millones cotizaciones sociales, hoy en 1998 saltan de contento porque hemos sobrepasado e listón de los 13 millones) y en cambio el paro ha aumentado de 704.200 desempleados (año 1976) a 3,2 millones (año 1998). Los impuestos tecnológicos, sobre la energía y los capitales garantizarían el salario social y harían más equitativa el reparto de la riqueza.

El salario social, junto con la reducción de la jornada laboral, son reivindicaciones claras del sindicalismo que trata de mejorar las condiciones de vida de la clase obreras, pero al mismo tiempo van más allá: ganan tiempo liberado al capital y satisfacen necesidades en el camino de la emancipación social.

BIBLIOGRAFÍA

- IGLESIAS, Fernández José. *La renta básica según San Pablo*. Ponencia presentada en las Jornadas contra el Paro, la Pobreza y la Exclusión Social. 24 y 25 de abril de 1998. Málaga.
- KROPOTKIN, Pedro Alexievich. *Obras*. Editorial Anagrama. Barcelona, 1977.
- MARCUSE, Herber. *Marx y el trabajo alienado*. Ediciones CEPE, 1972.

JOSÉ GARCÍA REY es secretario de Salud Laboral y Medio Ambiente de la CGT.

PM-40: los listillos se buscan solución al paro

La lacra social del paro perjudica a toda la sociedad, pero hay tres sectores que sufren de manera más grave sus consecuencias: los jóvenes, las mujeres y los mayores s d e 40 años Efectivamente, aquellos trabajadores o trabajadoras que se quedan parados a partir de los 40 años tienen enormes dificultades para reincorporarse al mercado de trabajo y al tener en muchos casos cargas familiares su situación personal es tremendamente dura, especialmente al agotar el subsidio por desempleo.

Ante esta realidad, desde hace algunos años está surgiendo en distintos puntos del territorio español las denominadas Asociaciones de Parados Mayores de 40 años promovidas en la mayoría de los casos por personas cercanas al Partido Popular que «venden» la idea de la unión de los parados para solucionar sus problemas, pero que en la práctica se convierte muchas veces en una «camarilla de listillos» que pretenden aprovecharse de la situación de necesidad extrema y de limitada libertad de elección de estos parados para desarrollar un saneado negocio con dinero público y privado, y en un beneficio político para las instituciones gobernadas por el PP que utilizan el apoyo a estas asociaciones como una demostración de su «sensibilidad social» y por otro lado cuentan con un colectivo subsidiado y dependiente que puede suponer una bolsa de votos semejante a los andaluces del PER con el anterior gobierno central.

El sistema utilizado normalmente es el siguiente:

1º Se legaliza la asociación en una ciudad o pueblo, y se tiene contactos con las diferentes administraciones públicas donde se ofrece realizar trabajos relacionados con los denominados "nuevos yacimientos de empleo", pero que generalmente se centran en la vigilancia y seguridad de establecimientos públicos, aparcamientos colectivos e la calle y negocios privados.

2º Los Ayuntamientos firman convenios para regularizar los «gorrillas» que abundan en todas las ciudades, de forma que sólo se permite vigilar los aparcamientos al personal designado por la Asociación. También se les encarga la vigilancia de establecimientos públicos como Estaciones de Autobuses, parques, etc. El régimen jurídico de 'Asociación' permite recibir subvenciones públicas (entre otras, cursos de formación ocupacional), tener trabajadores sin dar de alta en la Seguridad Social, ya que pueden figurar como voluntarios, y saltarse toda la normativa laboral.

Por otro lado, se establecen nuevas figuras de «serenos» con permiso municipal que están autorizados a recibir "aportaciones voluntarias" de las comunidades de vecinos y negocios privados de las calles vigiladas, que obviamente son las más ricas de las ciudades y pueblos.

3º El dinero público que reciben es transparente, pero las "aportaciones voluntarias" por vigilancia y seguridad es un misterio (hay datos que demuestran que pueden suponer cantidades importantes). Esa "contabilidad paralela" es controlada por la Junta

PM-40: los listillos se buscan solución al paro

Directiva de la Asociación. Asimismo, el funcionamiento interno de la Asociación dista mucho del control democrático que debería ser lo normal. Los socios no son obligados a pagar ningún tipo de cuotas (se les dice que "sólo dando el nombre se puede conseguir trabajo"), lo que favorece la idea paternalista. Las asambleas son un simple trámite donde siempre está garantizada una mayoría de apoyo a la directiva. En algunos casos en los que un socio se ha atrevido a pedir explicaciones de cuentas o sobre alguna decisión importante, se la ha amenazado, incluso de muerte, se le ha humillado p«públicamente y se han utilizad «contactos institucionales» para perseguir al denunciante.

Las condiciones de trabajo son de este estilo: casi nadie está dado de alta en la Seguridad Social y no tienen ningún tipo de seguro privado para accidentes, no hay contratos, la jornada puede ser de mañana, tarde o noche y de nueve y diez horas durante seis, incluso siete, días a la semana, sin vacaciones, cuando hay sueldo suele rondar las 65.000 pts., sin pagas extras, en otros casos el salario es un tanto por ciento de lo ingresado, el uniforme es obligatorio y debe ser comprado por el trabajador a la Asociación, etc.

Es urgente una reflexión sindical sobre la posibilidad de actuación ante situaciones como ésta, sobre todo teniendo en cuenta que el Plan de Empleo aprobado por el PP contempla la promoción desde la Administración de los empleos precarios en Asociaciones y ONGs.

CGT-ALMERÍA

Moneda única y políticas de empleo en Europa

El término *"Espacio Social Europeo"* fue acuñado por el Partido Socialista Francés poco después de su victoria electoral en 1981. El Gobierno socialista presidido por Maurois, inició una política basada en la nacionalización de actividades estratégicas y la intervención del Estado en el ciclo económico. La respuesta de la derecha no se hizo esperar. Una verdadera insurrección de las patronales, la fuga de capitales y las amenazas de desestabilización, fueron suficientes para disuadir a la socialdemocracia, siempre fácil de asustar por otra parte. El PSF abandonó rápidamente sus veleidades Keynesianas.

Este episodio marca el final de las políticas reformistas clásicas en Europa. A partir de aquí y hasta la fecha, el Mercado protagoniza la vida económica y por extensión, la vida social. Jacques Delors reconoció años después que *"si hubiéramos insistido en el Espacio Social, se habrá producido una verdadera guerra de religión y Europa estaría aún en pleno estancamiento"*. Curiosa forma de justificar lo que, en realidad, fue una ofensiva antidemocrática del Capital contra el ejercicio de un Gobierno legitimamente constituido.

«A pesar de que el libro Blanco de Delors no ha valido para nada práctico en la lucha contra el paro, se ha convertido en el catecismo de la Izquierda Virtual Europea que lo desarrolla, una y otra vez, para aparentar que tiene una política frente al incontenible avance de las 'Panzer Divisionen' del Capital Globalizado»

En Febrero de 1992 se firma el Tratado de la Unión Europea (T.U.E.) en la ciudad holandesa de Maastricht. En este tratado, se establece la consecución de la Moneda Unica como política central de la Construcción Europea. Se establecen unas condiciones de convergencia monetaria que subordinan, no solo las políticas sociales sino, incluso, la propia actividad económica.

Las vagas declaraciones contenidas en el T.U.E. sobre: *"promover el empleo, el progreso de las condiciones de vida y de trabajo, una protección social adecuada, el diálogo social y el desarrollo de los recursos humanos que permita un nivel de empleo elevado, duradero y la lucha contra la marginación"* se dan de bruces con las exigencias de contener la inflación y el déficit público que implican la rebaja de los costes salariales y de los gastos sociales.

EL LIBRO BLANCO DE DELORS O EL KEYNESIANISMO VIRTUAL

En 1993 se publica el llamado *"Libro Blanco"* de Jacques Delors. Este plan perseguía la creación de 15 millones de empleos hasta el año 2000, basándose, sobe todo, en la creación de grandes Redes de Transporte y Comunicación Transeuropeas.

Moneda única y políticas de empleo en Europa

Para Delors, la única solidaridad eficaz es la Solidaridad Activa, que debe inscribirse en una secuencia en la que el crecimiento económico es la condición para la creación de empleo. El crecimiento económico depende de la inversión privada, la cual tiene como condición el beneficio privado.

La Solidaridad Activa se debe producir entre los que tienen trabajo y los que no lo tienen. Las altas y persistentes tasas de desempleo tienen su origen en la rigidez de los Mercados de Trabajo. Dicho de otra manera, la resistencia de los trabajadores estables a aceptar su flexibilización y la contención de sus salarios, es la culpable de los altos costes que reducen la inversión productiva.

En resumen, el libro Blanco de Delors coloca al Mercado y al beneficio privado como principios constituyentes de la realidad. Solo desde dentro de la lógica del Mercado, será posible resolver el problema del desempleo. De aquí se derivan dos grandes conclusiones.

Primera. Siendo el beneficio privado el motor de una actividad económica abierta y competitiva, la estabilidad de la moneda pasa a ser objetivo prioritario. La política económica tiene como eje la política monetaria. La actividad económica del Estado deberá evitar el déficit pero, no aumentando los impuestos de los ricos, porque el beneficio privado es sagrado, sino reduciendo los gastos, en especial los gastos sociales.

Segunda. El Mercado de Trabajo debe adaptarse a la oferta y la demanda. Los salarios deben situarse en el nivel que marque la relación entre los puestos de trabajo escasos y las abundantes personas que los necesitan. Cualquier actividad que resguarde a la población asalariada de someterse a esta ley, es la culpable de la falta de inversión y por lo tanto del paro.

A pesar de que este texto de Jacques Delors no ha valido para nada práctico en la lucha contra el paro, se ha convertido en el catecismo de la Izquierda Virtual Europea que lo desarrolla, una y otra vez, para aparentar que tiene una política frente al incontenible avance de las *"PanzerDivisionen"* del Capital Globalizado.

El libro Blanco es un buen ejemplo de la ideología del progresismo. Buenas intenciones ante las víctimas del Mercado, pero sin poner en cuestión dicho Mercado, ya identificado con la Democracia. Iniciativas para ayudar a los desfavorecidos, pero sin poner en tela de juicio la lógica que produce desfavorecidos.

El progresismo se nutre de dos grandes fuentes. Por un lado, los herederos de un *"Marxismo Basura"* que pisan el acelerador del capitalismo porque se supone que detrás está el socialismo. Por otro lado, las ideologías que, tras la compasión

«Los dirigentes conservadores Kohl y Aznar se opusieron en la Cumbre de Luxemburgo a aplicar una política común contra el paro. La única política común posible es la monetaria. Consiguieron un documento de mínimos donde hay ni rastro de reducción del tiempo de trabajo, ni referencias ni objetivos y fechas concretas en la reducción del paro»

ante la pobreza y la exclusión, solo persiguen su autosatisfacción moral, desentendiéndose de las fuerzas que conforman la realidad. Dan pomada a las llagas pero se olvidan de la fábrica de llagas.

CUMBRE DE LUXEMBURGO

En este contexto, previo a la cumbre de Amsterdam de mediados de Junio de 1997, se produce la victoria laborista en Gran Bretaña en 1996. Días antes de dicha cumbre una coalición socialistas-comunistas-verdes gana las elecciones generales en Francia.

La presión de los gobiernos de izquierda, mayoritarios en la UE, y la visualización del paro, a través de las movilizaciones de miles de parados y activistas que convergen en Amsterdam a mediados de Junio, tras dos meses marchando en diversas columnas por Europa, consigue que se incorpore a la agenda de dicha cumbre un capítulo de Empleo. Este capítulo contempla la posibilidad de coordinar las políticas estatales en la lucha contra el paro y de financiar proyectos de creación de empleo. Se decide finalmente, en Amsterdam, celebrar una cumbre Europea en Otoño del 97, en la ciudad francesa de Luxemburgo. En esta cumbre, se debatirá sobre el problema del paro y las políticas para combatirlo.

La CUMBRE DE LUXEMBURGO se celebró finalmente el 20 y 21 de Noviembre de 1997. Dicha cumbre debía enfrentar el hecho de que el desempleo en la U.E., ha pasado de 5 millones en 1975 (el 2,9% de la población Activa) a 16 millones en 1986 y 18 millones en 1997 (el 11% de la P.A.). En Francia 12,5%, en Alemania 11,8%, en Italia 12,5% y en España el 21%.



Las medidas concretas de la Cumbre, se adaptan a las políticas vigentes en la Construcción Europea y a las recomendaciones de las Instituciones del Capitalismo Internacional. Por eso, no pueden ir más lejos de la filosofía contenida en el Libro Blanco de Delors.

Los dirigentes conservadores europeos Kohl y Aznar se opusieron, en la Cumbre, a aplicar una política común contra el paro. La única política común posible, es la Monetaria. Consiguieron un documento de mínimos, donde no hay ni rastro de reducción del tiempo de trabajo, ni referencia a objetivos y fechas concretas en la reducción del desempleo.

A pesar de todo, la progresía se felicita por que la Cumbre de Luxemburgo *"abre una puerta a la Europa Social (CC.OO.)". "La política europea aterriza por fin en lo social...giro estratégico hacia lo político frente al objetivo economista de un mercado abierto.. producto de la presión sindical y de los gobiernos de izquierda"* (Diego López Garrido PDNI).

Los Socialdemócratas de Mercado entonan con renovado brío el estribillo de la *"Europa Social"*, a pesar de que la orquesta toca *"la Europa Monetaria"*.

Los planes contra el paro en Gran Bretaña, Francia y en España, nos pueden ilustrar sobre el verdadero contenido de dicha Europa Social. Y su relación con las recomendaciones de las Instituciones del Capitalismo Internacional.

Moneda única y políticas de empleo en Europa

El laborismo ingles y la empleabilidad

Desde antes de su victoria electoral, Tony Blayr (para muchos "Tory" Blayr), proclama una 3ª vía para la socialdemocracia europea, entre el sistema USA y la socialdemocracia tradicional. Su divisa ha sido: *"La guerra contra la pobreza y el desempleo. Resolver en pocos años la situación de 7,7 millones de personas en Gran Bretaña, de ellos dos millones y medio de niños, que viven en hogares donde nadie tiene un empleo"*.

Tras su triunfo electoral, la expresión más acabada de esta política se encuentra en los Presupuestos Generales del Estado (P.G.E.) para 1999, presentados a mediados de Marzo por el Ministro de Economía Gordon Brown. En lo tocante al desempleo, estos PGE contienen dos planos de actuación política.

Una Reforma Fiscal que introduce un Impuesto Negativo sobre la Renta. Para los salarios bajos, el Estado no solo no cobrará impuestos, sino que incluso, pagará un complemento hasta alcanzar un Ingreso Mínimo que rondará las 150.000 pts al mes. Además se mantendrán las ayudas por hijos.

Una profunda reforma de la protección social proveniente del Estado de Bienestar de los años 60 y 70. Las medidas para esta reforma han sido diseñadas por un equipo encabezado por Frank Field y expuestas en un informe llamado "Papel Verde".

«Los socialdemócratas de Mercado entonan con renovado brío el estribillo de la 'Europa social' a pesar de que la orquesta toca 'la Europa monetaria'»

El objetivo, según dicho informe, es: *"Construir un Estado de Bienestar Moderno que, en lugar de atrapar a la gente en la pobreza, ofrezca oportunidades para todos"*. La idea básica consiste en que quien no trabaja no tiene derecho a ayudas sociales. Quien trabaja tiene asegurado un mínimo que se alcanzará mediante aportaciones del Estado. La protección del Estado se condiciona a tener un empleo. Las Ayudas Sociales se restringen a casos extremos de pobreza en ancianos y niños.

Las consignas son: *"El empleo paga"* y *"Ganar con el trabajo"*. Se trata de impulsar a la gente a buscar, y encontrar, trabajo. Cualquier trabajo, con cualquier salario y en cualquier condición.

Con este plan, se produce un cambio de paradigma en la base de las políticas sociales tradicionales de los Estados de Bienestar. Ahora ya no se trata de proteger a las personas desplazadas por la competitividad y el Mercado. La justicia social no se defiende redistribuyendo recursos de los mas ricos a los más pobres. El paradigma ahora es la empleabilidad. Las personas deber ser transparentes a las leyes del mercado de trabajo. Para ello, hay que eliminar los obstáculos para que acepten "libremente" emplearse en condiciones legales o ilegales, humanas o infrahumanas. El dinero público cubrirá los salarios de hambre que paguen los empresarios, hasta cubrir un mínimo vital. Es decir, el Estado transfiere recursos de los pobres a los ricos y exime, incluso, a los ricos de la obligación de pagar salarios suficientes.

En lugar de gravar los beneficios desmesurados del Capital, para paliar la pobreza y la exclusión, el Estado retira la protección social para poner a los pobres a los pies de los caballos de los empresarios y obligarles a entregarse por hambre.

«Para 'Tory' Blayr el paradigma es ahora la empleabilidad: las personas deben ser transparentes a las leyes del mercado de trabajo. Para ello hay que eliminar los obstáculos para que acepten 'libremente' emplearse en condiciones legales o ilegales, humanas o infrahumanas»

El Gobierno no obliga al Capital a responsabilizarse con la sociedad de la que obtiene sus beneficios, sino que le exonera de todas sus obligaciones. Es el socialismo al revés: la socialización radical de los salarios y la privatización radical de los beneficios.

Desaparece la condición de ciudadano. No hay derechos sociales, políticos, humanos, más que vinculados a la condición de productores de mercancías. La pertenencia ya no es a una sociedad política, sino a una gran máquina de producción de plusvalor.

EL PLAN DE EMPLEO FRANCES Y LAS 35 HORAS

La base del plan parte de la constatación de que el crecimiento de la economía no es un factor suficiente para acabar con el paro. Defiende como principio las políticas activas de empleo frente a las políticas pasivas de subsidio y propone el impulso del empleo en los llamados *"yacimientos de empleo"* y *"servicios de proximidad"*.

La Teoría de los Yacimientos de Empleo, o de impulso del Tercer Sector (ni Estado ni Mercado) han sido desarrolladas, entre otros, por Jeremy Rifkin. La idea es que el Estado gaste dinero en promover actividades -hoy en manos de ONG's y del trabajo voluntario-, tendentes a cubrir demandas sociales progresivamente abandonadas por la involución del Estado de Bienestar y no atendidas por la iniciativa privada.

El plan contiene una lista de 22 profesiones agrupadas en ocho epígrafes:

EDUCACIÓN: Coordinadores de proyectos, auxiliares de prevención de violencia en las aulas, enlaces entre jóvenes, educadores y familias.

FAMILIA, SANIDAD Y SOLIDARIDAD: guardianes de menores, acompañantes de ancianos y auxiliares de enfermos.

VIVIENDA, VIDA EN LOS BARRIOS: gestores de la vivienda, agentes de mantenimiento, conserjes y pacificadores para garantizar la convivencia ciudadana y la resolución de conflictos vecinales.

TRANSPORTE: Acompañantes de niños, ancianos e inválidos, agentes de prevención y seguridad en estaciones y transportes públicos.

CULTURA: Asesores informáticos, colaboradores del patrimonio (cultura y turismo)

JUSTICIA: Mediadores penales para delitos menores, enlaces familiares para custodias o visitas de los hijos de padres separados, protectores de familiares de presos, educadores de detenidos en régimen abierto.

MEDIO AMBIENTE: vigilantes ecológicos y tratadores de residuos.

SEGURIDAD: Orientadores para la mediación policía-ciudadanos. Mediadores locales en el uso de espacios colectivos.

LA LEY POR LA SEMANA LABORAL DE 35 HORAS. Esta medida, también estaba presente en el programa electoral del P.S.F.

Las condiciones que ya acompañan a esta ley, limitan poderosamente su capacidad de repartir el empleo e incluso, pudieran llegar a ser más beneficiosas para el Capital que para los trabajadores. La ley será de aplicación antes del año 2000 y del año 2002, para las empresas que tengan, más o menos de 20 trabajadores, respectivamente. Se contempla la aplicación de dicha ley mediante negociación colectiva, rama a rama y empresa a empresa. Esto redundará en la desprotección de los sectores más débiles, así como en la contención o reducción salarial, a cambio de la implantación de dicha jornada. Finalmente, se contempla la posibilidad de cómputo anual, en lugar de semanal, lo que repercutirá en una flexibilización de la jornada.

Los incentivos a los empresarios que reduzcan la jornada y aumenten la plantilla, son generosos. Las empresas que reduzcan el 10% de la jornada y

Moneda única y políticas de empleo en Europa

aumenten el 6% de la plantilla, recibirán alrededor de 225.000 pts por cada nuevo trabajador/a en 1998. Las empresas que reduzcan el 15% la jornada y aumenten el 9% de plantilla, recibirán 325.000 pts por cada contrato en 1998.

La cuota empresarial a la Seguridad Social, se reducirá en un 30% por cada nuevo contrato. Las horas extraordinarias no podrán superar 130 al año en empresas con más de 10 empleados. A partir de la hora extra nº 41, se compensará con descanso el 50% de las horas extras trabajadas.

El plan de empleo del gobierno español

Tras los recelos iniciales, el gobierno del Partido Popular, ha confeccionado un plan inspirado por los Acuerdos de la Cumbre de Luxemburgo. Al igual que el resto de los Gobiernos europeos, lo ha presentado a mediados de Abril en Bruselas para su aprobación en el Consejo Europeo de Cardiff en Junio del 98.

Este plan, fechado el 15 de Abril de 1998 tiene el titulo de: PLAN DE ACCIÓN PARA EL EMPLEO DEL REINO DE ESPAÑA (1998). Se trata de un documento de 40 folios, estructurado en cuatro Bloques o Pilares que se despliegan en 19 Directrices.

Una amplia introducción que ocupa la 5ª parte del texto, comienza con una rotunda, aunque discutible, afirmación: *"Como se subrayó en el Consejo de Luxemburgo, Convergencia Económica y empleo son las dos caras del Euro"*.

Tras felicitarse por *"la estabilidad que se deriva de la pertenencia a la moneda unica"* establece como los dos ejes prioritarios de la política económica española, *"la consolidación fiscal, (reducción del Déficit Público) y la liberalización de los mercados de bienes, servicios y factores productivos"*.

Respecto al primer eje, la política fiscal, el documento formula la increíble afirmación de que *"dicha política permanece como descentralizada y autónoma en el marco de la Moneda Unica"*, aunque lo corrige a renglón seguido al aclarar que, eso sí, *"sujeta al Pacto de Estabilidad y crecimiento"*. Este juego malabar con las palabras, encubre el hecho de que la única política realmente integrada en la Europa de Maastricht es la política monetaria.

Dicha política, dispone de un órgano centralizado para su elaboración, el Banco Central Europeo, cuyo Comité Ejecutivo es independiente de Gobiernos y Parlamentos, aunque no tan independiente de Bancos y Multinacionales. También, la política monetaria única para los once países pertenecientes al área "euro", se ha dotado de un mecanismo de sanciones, para los países que incumplan las condiciones de estabilidad monetaria, en particular, el límite del 3% sobre el PIB en el Déficit Público.

El segundo eje, nos habla de la transparencia de algunos mercados protegidos como la banca o los seguros, pero sobre todo, de la transparencia de la mano de obra, de la necesidad de llevar más lejos las medidas para que la fuerza de trabajo

«Las condiciones que acompañan a la ley francesa de las 35 horas semanales limitan poderosamente su capacidad de repartir empleo, incluso pudieran llegar a ser más beneficiosas para el capital que para los trabajadores.»



humana se comporte en base a la ley de la oferta y la demanda.

Continúa la Introducción con una frase que expresa las convicciones ecologistas del Gobierno: *"El crecimiento económico es una condición necesaria para la creación de empleo".*

El texto otorga la máxima importancia al diálogo social para la generación de empleo estable y de calidad. Alude expresamente al ACUERDO INTERCONFEDERAL PARA LA ESTABILIDAD EN EL EMPLEO firmado por los agentes sociales en 1997 y aprobado por el Parlamento y el Gobierno, contenido en las leyes 63/1997 y 64/1997 del pasado Diciembre de 1997.

Cuando se indaga sobre las excelencias del "Empleo estable y con derechos" derivado de tan feliz "diálogo social", nos encontramos con el libertinaje total de los empresarios que incumplen masivamente la ley en las relaciones laborales aprovechándose del estado de necesidad de la gente. La prolongación arbitraria de la jornada laboral, los bajos salarios, la rotación intensiva como norma (10 millones de contratos en 1997), los abusos en vacaciones, períodos de descanso, categorías, liquidaciones, etc. El control policial de las ETTs hacia cualquiera que exija sus derechos.. El despojo, para millones de trabajadores, de cualquier alusión a sus derechos laborales sindicales, políticos y humanos en el interior de las empresas, donde la única ley es la voluntad de la Gerencia. La impotencia, el miedo y la indefensión, constituyen el verdadero contenido del "Empleo Estable y con Derechos" que nos trae el "diálogo social". Por eso lo ensalza tanto el gobierno.

Como explicación de la elevada tasa de paro en el Estado Español respecto a los otros

Moneda única y políticas de empleo en Europa

países de la Unión Europea, la introducción que analizamos menciona tres causas: *"las políticas macroeconómicas (del PSOE) que propiciaron tipos de interés real muy elevados, una escasa competencia, interna y externa de la economía y la rigidez del mercado laboral".*

Como orientación general del Plan, propone: *"la estabilidad macroeconómica, las reformas estructurales en los mercados de bienes, servicios y factores productivos, junto con las adecuadas políticas de empleo y el diálogo social".* Es decir, estabilidad monetaria y fiscal que, en un contexto de paro masivo y de cambios de moneda irrevocables, sólo puede significar:

a) Flexibilización del mercado de trabajo: Contra el Paro masivo, precariedad masiva.

b) Reducción del peso de los Gastos Sociales en relación al PIB y privatizaciones de las empresas y servicios públicos.

Todo ello, en un contexto de mansedumbre de las multitudes perjudicadas. Las comisiones que el gobierno tenga que pagar a los agentes de dicho diálogo social, están incluidas en la cuenta que acabarán pagando los mismos de siempre.

Las líneas fundamentales del plan se resumen en:

- Mantener y profundizar el diálogo social en línea de los Acuerdos Interconfederales de 1997 y el diálogo con las Comunidades Autónomas.

- Apuesta decidida por las políticas activas de empleo frente a los pasivas (prestaciones y subsidios).

- Impulsar los contratos a tiempo parcial.

Tras esta amplia exposición inicial, que resume la filosofía, objetivos y alcance del Plan, el documento desarrolla cuatro bloques o pilares: *MEJORAR LA CAPACIDAD DE INSERCIÓN PROFESIONAL. DESARROLLAR EL ESPÍRITU DE EMPRESA. FOMENTAR LA CAPACIDAD DE ADAPTACIÓN DE LOS TRABAJADORES Y DE LAS EMPRESAS.*

REFORZAR LA POLÍTICA DE IGUALDAD DE OPORTUNIDADES.

El Pilar I: *MEJORAR LA CAPACIDAD DE INSERCIÓN PROFESIONAL.* Desarrolla las acciones de formación y los cambios en el modelo de gestión, aumentando el control sobre todos y cada uno de los parados/as mediante *"una ficha, producto de una primera entrevista en profundidad, que se irá actualizando constantemente a través un seguimiento de cada persona desempleada".* En la Directriz 3, se establece *"la revisión de los sistemas de prestaciones que fomentan la capacidad de inserción profesional e inciten a los desempleados a buscar y aceptar un puesto de trabajo o una formación.*

Se movilizarán 1000 técnicos para las entrevistas en profundidad y el control de los parados. Se establece un nuevo programa: *"Talleres de Empleo para desempleados mayores de 25 años en nuevos yacimientos de empleo de interés social, promovidos por Entidades públicas o privadas sin ánimo de lucro. El programa permitirá recibir formación y a la vez, prestar servicios útiles a la sociedad, adquiriendo experiencia y cualificación profesional para acceder, en un inmediato futuro, al mercado de trabajo por cuenta propia o ajena".*

Se desarrollará *"un plan de choque en 100 municipios muy afectados por el desempleo".* Se advierte que: *"quien se acoge a la prestación por desempleo, no podrá rechazar injustificadamente las actuaciones relativas a formación y empleo derivadas de las políticas activas, sin la pérdida automática de su derecho a tal prestación".*

Se programa un cambio estructural de la dotación económica para políticas activas de empleo (484.900 millones en 1997, el 24% del total), frente a las políticas pasivas (1,5 billones en 1997). Esta proporción deberá pasar al 24,8% en 1998; al 28,4 % en 1999 y al 31,4% en el año 2000.

En la Directriz 4, *"se insta a los interlocutores sociales a que favorezcan la empleabilidad.*

Este llamamiento del Gobierno, encuentra el terreno abonado en los grandes sindicatos españoles. Desde que en 1978, con los Pactos de la Moncloa, introdujeron la mejora del beneficio empresarial como condición para la defensa de las necesidades y los derechos de los trabajadores, la mayor preocupación de estos sindicatos es la buena marcha de los negocios.

Desde esta óptica, el aumento de la desigualdad y la exclusión social, no constituyen una fuerza que deslegitime la economía de mercado como eje de la vida social, ni un conflicto que aflorar y organizar, para impedir la continuidad de un sistema injusto. Para los sindicatos, estos problemas sociales no constituyen un potencial social para cambiar el sistema, sino una carencia, una anomalía que pueda amenazar la democracia, en la que los propios sindicatos están ampliamente instalados como instituciones.

La exclusión social que genera el paro masivo y permanente, solo tiene solución, para ellos, desde dentro del desarrollo del capitalismo, es decir, con más mercado, más globalización, más competitividad. Lo importante es poner a la gente a trabajar en cualquier sitio, con cualquier salario, no importa en qué condiciones.

ACCION DIRECTA CONTRA EL PARO. POR EL REPARTO DEL EMPLEO Y LA RIQUEZA. CONTRA LA MONEDA UNICA. POR LA LIBERTAD*

La lucha por la jornada semanal de 35 horas por ley, abre la posibilidad de aunar muchas voluntades frente al avance de la precariedad y la exclusión social.

Sin embargo, para que esta mejora sea útil para repartir el empleo y no para repartir el paro, es imprescindible que se aplique, con el mismo salario, y en cómputo semanal. Sin estas condiciones, las 35 horas serían un instrumento más de flexibilización del trabajo con más beneficio para el Capital que para los trabajadores.

Pero, incluso la lucha por una ley de 35 horas, sin rebaja salarial y en cómputo semanal, es insuficiente por que deja fuera a la mayoría de los hombres y mujeres trabajadores.

Los 220.000 empleos, que, como mucho, contribuiría a creas esta reducción de jornada son buenos pero irrelevantes frente a 3,2 millones de parados/as. El inclumplimiento generalizado de las leyes laborales que padecen los 3,3 millones de precarios y muchísimos fijos de la pequeña empresa convertirían esta ley, para estos colectivos, en otro simulacro de la izquierda virtual.

Es necesario luchar, además, por un Salario Social a cuenta de la inmensa productividad del sistema y de la obscenidad de los beneficios del Capital. Un salario que suavice las urgencias de las más de 700.000 personas en paro de larga duración. Que ayude a los más de 6 millones de trabajadores que entran y salen del Mercado de Trabajo, a resistir frente a los abusos de los contratos basura. Que remunere el importantísimo trabajo, invisible y desvalorizado de 5 millones de amas de casa y alivie la dependencia material que comporta su situación.

El paro, la precariedad, las privatizaciones, el ataque a las pensiones, a la sanidad universal y a la educación pública, se nos presentan como un tributo necesario para la Modernización Europea y la Moneda Unica que, más adelante, nos traerá la prosperidad general. NADA MAS FALSO. Los sacrificios para llegar a la Moneda Unica no han sido nada comparados con los que nos intentarán imponer para mantenernos en ella.

La lucha por la libertad, los Derechos Sociales y la lucha contra la Moneda Unica, son una y la misma cosa. Defender las necesidades sociales y apoyar la Moneda Unica, supone algo más que una apuesta imprudente o irracional. Es la falta consciente a la promesa de verdad. Es la complicidad con el Poder frente a los de abajo.

Hay que revisar la esquizofrenia de pisar el freno de la globalización del Capital cuando nos van a despedir y simultaneamente pisar el acelerados de la misma Globalización comparando en las grandes superficies destructoras del comercio y la producción a pequeña escala y, por lo tanto, causantes del paro. O votando, una vez tras la otra, a los partidos y sindicatos que apoyan la Moneda Unica, la Europa de Maastricht y los ataques a la Protección Social del Estado.

¿Qué justicia es la que garantiza que los derechos constitucionales del Capital sean de hierro y el derecho al trabajo, a la vivienda y a la integridad física, de los trabajadores y trabajadoras sean de papel?

¿Qué Estado de Derecho es el que consiente a las patronales el

Moneda única y políticas de empleo en Europa

incumplimiento generalizado de las leyes laborales, aprovechándose de la necesidad de los/as parados/as y de los inmigrantes?

¿Qué moralidad pública es la que tolera que banqueros, políticos y plumíferos, prediquen desde sus sueldos millonarios y sus contratos blindados, la precariedad y el trabajo esclavo para la mayoría?

¿Qué humanismo es el que condena a muchos a la exclusión y al resto a la impotencia ante dicha exclusión?

¿Qué igualdad ante la ley es la que considera al empresario una especie a proteger mientras la inestabilidad preside la vida de eventuales y parados, que suman 40% de la población activa?

¿Qué libertad es la que solo es posible dentro de las leyes del Mercado, es decir, de la lógica del Beneficio Capitalista?

El 1 de Abril de 1939 el Ejército, la Burguesía y la Iglesia vencedores de la guerra civil, imponían sus consignas a los trabajadores y a la izquierda: ¡ESPAÑA UNA, GRANDE Y LIBRE. ARRIBA ESPAÑA. VIVA FRANCO!

Hoy, casi 60 años después, el moderno totalitarismo proclama en nombre de la Democracia: ¡MONEDA UNICA, GRANDE Y LIBRE. ARRIBA EL MERCADO. VIVA EL REY!

La situación de entonces era sin duda mucho más dramática. Pero hoy, también impotentes y desmoralizados, tenemos un gravísimo problema añadido. Las consignas del poder también las grita la mayoría de la mal llamada izquierda.

No solo hay que pedir leyes, hay que utilizar la fuerza que nos queda para impedir la ilegalidad que sufren cotidianamente los precarios, al lado de flamantes secciones sindicales. Defender a la juventud que okupa frente a la criminalización y la represión que el poder ejerce sobre ellos. Hay que aflorar y organizar el inmenso conflicto social de los que sufren sólos. Si no lo hacemos nosotros alguien lo hará, y será contra nosotros mismos.

Necesitamos salir de esta postración. La lucha simultánea por el REPARTO DEL EMPLEO Y LA RIQUEZA, CONTRA LA MONEDA UNICA y por LA LIBERTAD pueden contribuir a la reconstrucción de la resistencia contra un capitalismo cada vez más libre, fuerte y agresivo que se oculta tras la máscara de la Monarquía Parlamentaria.

Reparto del trabajo y la riqueza. ¿Solo para hombres?

Cuando luchamos por la reducción de jornada, por el reparto del trabajo y de la riqueza, conviene no olvidar que el género humano está compuesto por hombres y por mujeres. Y que su situación social no es la misma.

Por un reparto justo del trabajo

Trabajo no es lo mismo que empleo. Trabajo es todo gasto de energía física o mental tendente a satisfacer necesidades huma-

«El llamamiento del Gobierno encuentra el terreno abonado en los grandes sindicatos. Desde que en 1978, con los pactos de la Moncloa, se introdujo la mejora del beneficio empresarial como condición para la defensa de las necesidades y los derechos de los trabajadores, la mayor preocupación de estos sindicatos es la buena marcha de los negocios»

nas. Empleo es sólo la parte del trabajo que está en el Mercado y se intercambia por una renta.

Si no se distingue entre trabajo y empleo se contribuye a la invisibilidad y el desprestigio de cualquier actividad cuyo fín sea distinto a una contraprestación económica. De esta forma, las actividades realizadas por solidaridad, parentesco, amor, amistad, altruismo o vecindad, aparecen como actividades de segunda categoría frente a las actividades movidas por el dinero.

El empleo existente flota sobre un volumen de trabajo invisible considerado por la Encuesta de Población Activa (EPA) como "Inactividad". De las diversas actividades que se ocultan tras esta "INACTIVIDAD" nos ocuparemos de una. Las "Labores de Hogar".

En Diciembre'97, según la EPA, alrededor de cinco millones de personas se englobaban en este epígrafe. De ellos 20.000 eran hombres y el resto mujeres.

La mayoría de esas mujeres pertenecen a hogares en los que sería necesario un salario más. Sin embargo, el peso agotador del trabajo doméstico realizado exclusivamente por ellas, junto con el factor "desánimo" al pensar que, con tanta competencia por los empleos escasos no tendrían ninguna posibilidad, hace que no busquen empleo. Esta decisión les hace aparecer en las encuestas como "Inactivas".

Las cifras de la EPA del Estado Español, sobre población activa, (tienen empleo o lo buscan), ocupada (tienen empleo) y parada (no tienen empleo y lo buscan), distinguiendo hombres y mujeres nos pueden ayudar a comprender mejor el problema.

Podemos ver que la Tasa de Actividad (porcentaje de personas que tienen empleo o lo buscan, sobre el total de personas en edad de trabajar), de la mujer es casi la mitad que la del hombre. Esto se debe al fenómeno descrito más arriba. La realización del trabajo doméstico en términos de casi exclusividad por parte de las mujeres. Por el contrario, la tasa de paro de la mujer (porcentaje de mujeres paradas sobre el total de mujeres activas) es casi el doble que la de los hombres. Esto significa que la incorporación de la mujer al mundo del trabajo visible, se ha realizado mayoritariamente por la vía del desempleo.

Si la tasa de Actividad de las mujeres en el Estado Español fuera igual que la de los hombres, inmediatamente aparecerían tres millones y medio de amas de casa buscando un empleo inexistente. Estas mujeres abandonarían el epígrafe de INACTIVAS y pasarían al de ACTIVAS, pero por la vía de PARADAS. Habría entonces casi ocho millones de parados/as. El 35% de la nueva Población Activa. De ellos, más de cinco millones serían mujeres.

La desigualdad en las tareas de producción y reproducción de la vida en el interior del hogar, es la base de la desigualdad de acceso de las mujeres al trabajo remunerado. Esta desigualdad origina dependencia y falta de autonomía de las mujeres. Beneficia a los hombres y perjudica a las mujeres. Sin partir de éste análisis, muchos hombres ven con hostilidad la competencia de las mujeres por los puestos de trabajo escasos. Estos comportamientos machistas son una muestra más de como, al no luchar contra el sistema creador de escasez, luchamos entre los de abajo.

Por otro lado, el barniz progre de los que combaten el machismo, o el racismo, pero admiten la competitividad, o la Moneda Unica (que son la causa de la escasez de empleos y de la competencia entre los de abajo), oculta una clara inconsecuencia.

Cuando hablamos, por tanto, de Reparto del Trabajo y de rebaja de la jornada laboral, no debemos olvidar, entre otras cosas, la injusta situación en la que se encuentran millones de mujeres. Sin luchar contra esa injusticia, aquí y ahora, no hay verdadero

EPA. 4º Trimestre de 1997			
(en %)	TOTAL	HOMBRES	MUJERES
TASA DE ACTIVIDAD ACT/TOTAL	49,99	63,06	37,79
TASA DE PARO OCP/ACT.	20,32	15,39	27,99
TASA DE EMPLEO OCUP/TOTAL	39,84	53,35	27,21

Moneda única y políticas de empleo en Europa

Reparto del Trabajo, ni verdadera lucha por la libertad humana.

POR UN REPARTO JUSTO DE LA RIQUEZA

Las tareas de: "suministros, cocina, limpieza, higiene, salud, crianza de los hijos, prestaciones sexuales, educación, psicología, administración, contabilidad, decoración, vestido, bricolage, seguridad y un largo etcétera", agotan las fuerzas de millones de mujeres 365 días al año. Pero la EPA les considera "INACTIVAS".

Recientes estudios demuestran que, solo en el apartado de "mantenimiento de la salud y cuidado de los enfermos y ancianos en el hogar", el trabajo de las mujeres elevaría la partida del Ministerio de Sanidad, en los Presupuestos Generales del Estado, desde los 3,5 billones actuales hasta 9 billones.

Si se valorase en la Contabilidad Nacional todo el trabajo de las mujeres en el hogar, el producto Interior Bruto del Estado Español pasaría de los 82 billones actuales al doble, 170 billones.

Si queremos hablar con propiedad de Reparto de la Riqueza, no podemos olvidar este pequeño detalle. Olvidar a las mujeres a la hora de hablar de Reparto de la Riqueza es olvidar demasiado.

Luchar por un Salario Social para las mujeres (y unos pocos hombres), que realizan el Trabajo Doméstico ha sido, y es, objeto de polémica. Un salario para el ama de casa sirve para reconocer y valorar dicho trabajo, lo cual ya es un adelanto. Al retribuir al ama de casa con una renta propia, individual. Se fortalece su dignidad personal, disuelta a menudo en el conjunto familiar. Se reduce su dependencia económica respecto al marido o compañero, causa de que muchas mujeres aguanten carros y carretas. Pero, argumentan algunos y algunas, esto puede contribuir a consolidar el papel de la mujer en el reparto desigual del trabajo doméstico, entendiendo por trabajo doméstico, claro está, algo más que poner la mesa, bajar a por el pan o fregar los cacharros de vez en cuando.

Un salario social, no resuelve todos los problemas, pero sí mejora algunos. Por ejemplo, una paga de 70.000 pts al mes, catorce veces al año para todas las personas apuntadas al paro, no acabaría de un plumazo con los contratos basura, pero ayudaría a mucha gente a no entregarse por hambre a las condiciones leoninas que el abuso de los empresarios impone a la gente que necesita ingresos desesperadamente.

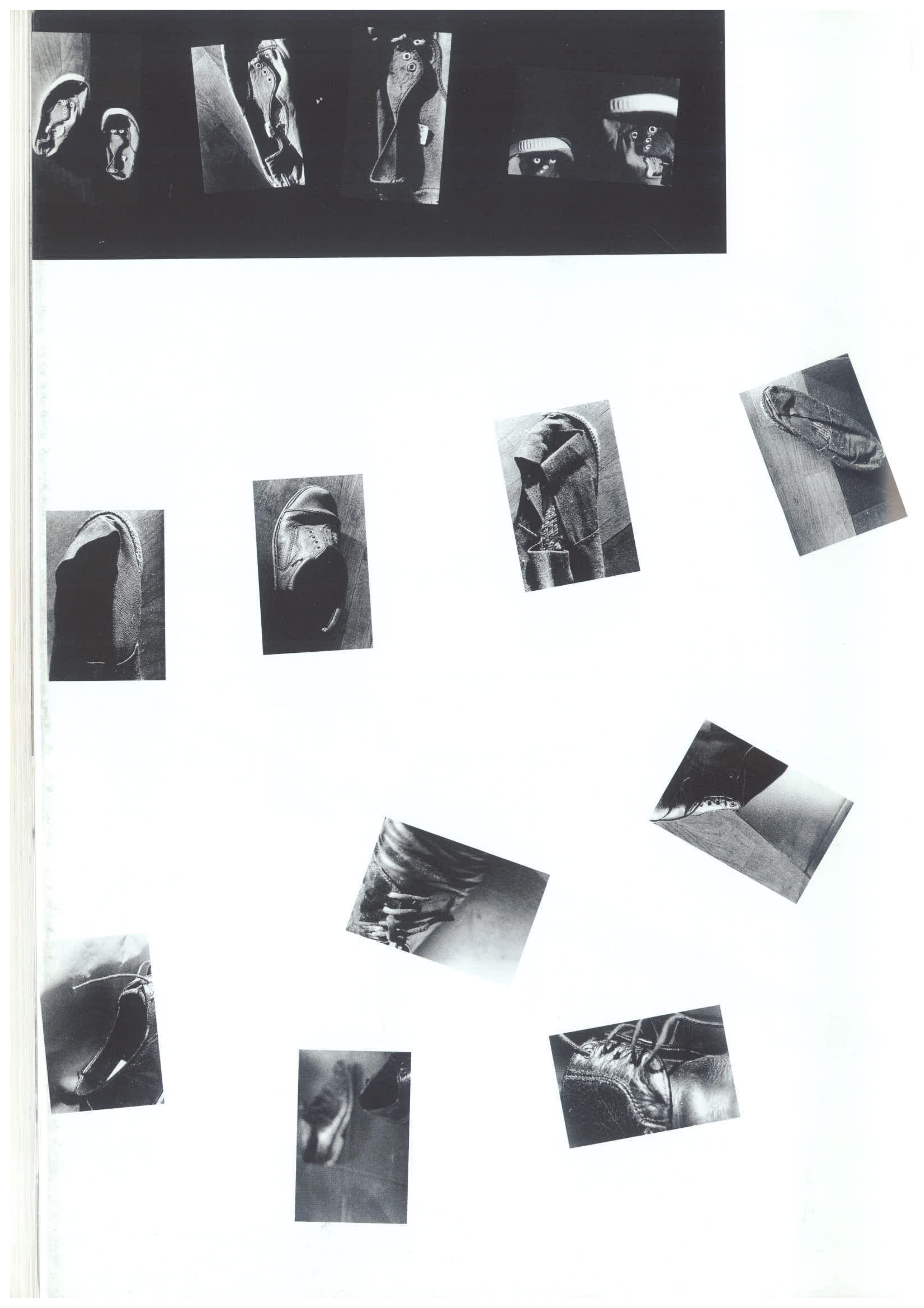
Por la misma regla de tres, un salario social para las amas de casa que lo cobrarían sin más que apuntarse al paro, no acaba con la desigualdad respecto a los hombres, pero reconoce un trabajo invisible y proporciona un ingreso que aumenta su autonomía como personas. Esto no impide, sino que ayuda, a continuar la lucha contra la subordinación social de las mujeres.

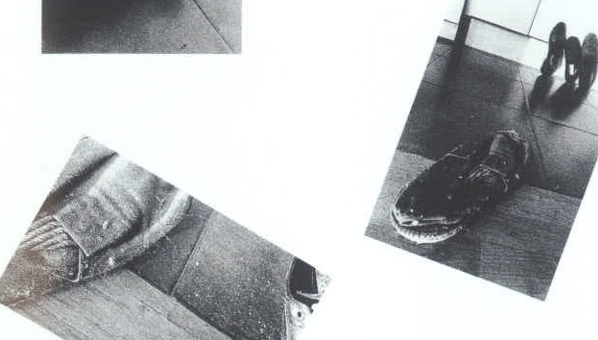
En este terreno, también hay que reivindicar la Acción Directa. No sólo pedir leyes sino organizarse, movilizarse. Acción Directa de las mujeres en los centros, las empresas, los barrios y los pueblos. Los hombres solidarios les ayudarán. Aunque les perjudique.

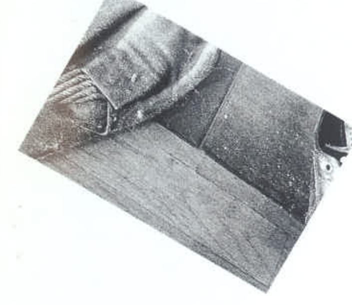
(*). Este apartado, con pequeñas modificaciones, ha sido incluido en la propaganda unitaria del Movimiento contra la Europa de Maastricht y la Globalización Económica para la campaña de 35 horas por ley y Salario Social y la Marcha sobre Madrid del 20 de Junio de 1.998.

AGUSTÍN MORÁN es miembro del CAES de Madrid.



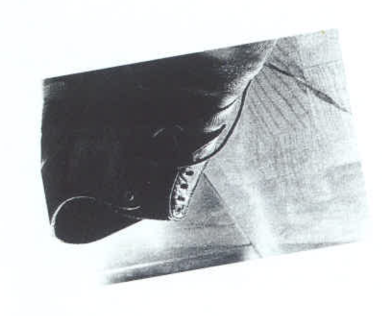













La Raya

La Raya

Protagonistas:

A, B, C, D, E_1, E_0, W

(Alpargata, Bota,
Coro trilateral, Descordazonado,
El, Ella, 2 Viandantes)

Jose



Ni reforma ni revolución

Ni reforma ni revolución

Una exigencia previa para abordar este tema es quitar toda la carga valorativa que suele tener en las discusiones de tipo político o sindical. Ese procedimiento carga la discusión con elementos espurios y dificulta un análisis riguroso del problema.

> *«La dicotomía reforma-revolución no resulta muy afortunada salvo para polémicas descalificadoras. Lo importante es discutir sobre las propuestas específicas que se barajan para hacer frente a cada situación, y mantener una discusión con bastante modestia»*

El procedimiento habitual es sencillo. Se emplea el término reformista con cierto sentido despectivo; una persona reformista es aquella que no realiza una crítica suficientemente radical, que pacta con el sistema, que propone medidas encaminadas sobre todo a integrar a la gente en el sistema, al que previamente se despoja de sus características más negativas y se presenta como el mejor —o único— sistema posible en estos momentos. El término revolucionario se carga, por el contrario, de un contenido positivo, y basta ir invirtiendo las características anteriores para comprender de qué se está hablando. Si somos llamados reformistas, el epíteto se convierte en una descalificación de nuestra actividad sindical, política, o de cualquier otro tipo.

Ese planteamiento dualista (y, en gran parte, maniqueo) denota una insuficiente comprensión de los procesos de cambio y transformación social. El primer error consiste en suponer que se pueden aplicar ritmos de cambio a la sociedad en su conjunto y a sus diferentes sectores o ámbitos, algo que parece bastante difícil de conseguir; eso conlleva normalmente un olvido de los diferentes momentos temporales en los que se van produciendo las distintas transformaciones. Más bien sucede lo contrario; es decir, no todos los sectores sociales tienen la misma dinámica: algunos son más lentos, otros ofrecen más resistencias a las modificaciones, otros atraviesan por diversos momentos temporales en los que el ritmo de transformación no se mantiene ni mucho menos estable.

Ese error posiblemente proceda de una inadecuada comprensión de la historia de la humanidad, en especial de la historia moderna y contemporánea. Podemos, por ejemplo, hablar de revolución neolítica en la medida en que se considera que, en efecto, los cambios introducidos por la agricultura suponen una modificación radical de las formas de vida de los seres humanos. El período en el que esta transformación se da es, sin embargo, sumamente largo, y en parte es imposible establecer una temporalización adecuada. El término

Ni reforma ni revolución

"revolución", en ese sentido de modificación de la forma de vida, se sigue empleando con frecuencia, pero también de manera trivializada, en multitud de contextos en la actualidad, siendo muy frecuente, por ejemplo, en la publicidad, uso que no hace más que reforzar el sentido positivo que solemos dar a todo lo que se presenta como revolucionario. En todo caso, la consagración del término con una carga positiva (entre los grupos "progresistas" o de "izquierdas") proviene sin duda de las grandes revoluciones inaugurales del XVIII (Americana y Francesa) y de la Revolución Rusa. Todas ellas alimentaron la idea de la posibilidad de un cambio radical, amplio y rápido en la sociedad, dando lugar a una especie de comienzo desde cero. Analizados con algo más de detalle esos acontecimientos específicos, se puede comprobar que los cambios no fueron ni tan radicales ni tan amplios ni tan rápidos. O bien se limitaron a modificar estrictamente estructuras políticas, o bien plasmaron en otros niveles lo que ya había cambiado previamente. Por otra parte, fueron procesos bastante largos y terminaron en algo alejado de las intenciones iniciales. El mito de la revolución quedó profundamente grabado en el imaginario colectivo, a pesar de todas las reservas que debamos o podamos hacer.

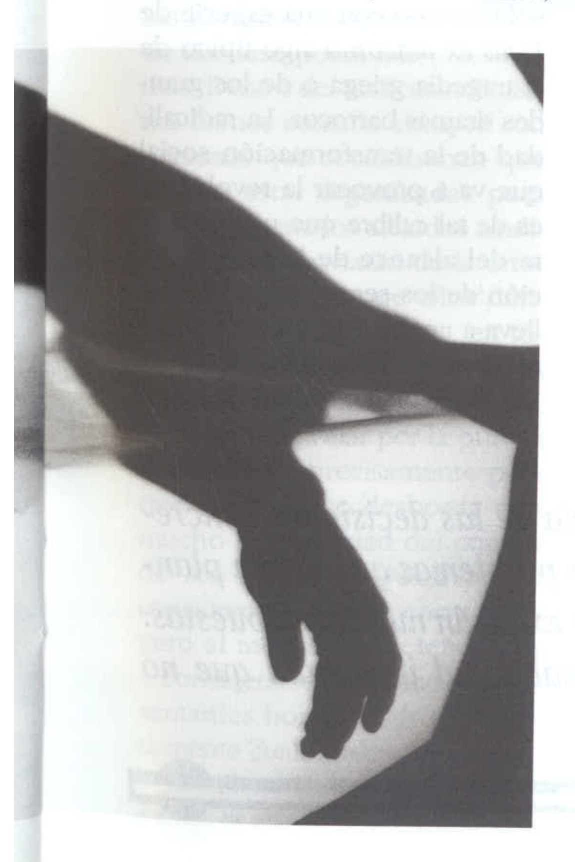
Recuperada una cierta capacidad de análisis más frío, lo que nos encontramos es que no existen, posiblemente, ni reformas ni revoluciones, sino constantes procesos de transformación social. En determinados momentos llevan un ritmo muy lento, y podemos tender a llamarlos reformas; en otras ocasiones el cambio se produce con mayor rapidez, explicada en parte porque decidimos centrarnos en un período más breve de tiempo en el que los cambios son más evidentes. Hay ocasiones en las que los cambios sólo afectan a un ámbito de la sociedad, como puede ser la producción económica, y desde ahí van incidiendo con más lentitud y a ritmos diversos en otros ámbitos. También puede darse el caso de que los cambios vayan acumulándose de forma imperceptible y sólo en un determinado momento afloren, o sean percibidos de forma conjunta, provocando una falsa idea de radicalidad y rapidez.

Lo que, por tanto, ocurre en las sociedades humanas es un proceso mucho más complicado. Múltiples causas inciden en acontecimientos aparentemente sencillos o unidimensionales, mientras que cada acontecimiento puede repercutir a su vez no sólo en los ámbitos directamente afectados, sino en otros bastante más lejanos, y los ejemplos se podrían multiplicar. Por otra parte, las sociedades, y los individuos que las forman, que son los que, en definitiva toman las decisiones, se encuentran sometidos a un constante proceso de adaptación a circunstancias también muy complejas a las que no se puede hacer frente con modelos de funcionamiento previos. Si prestamos atención a lo que en estos momentos nos comentan los



físicos, la transformación social es un caso más de los innumerables procesos complejos adaptativos que se encuentran en todas las escalas de la naturaleza. La época actual puede servir perfectamente para someter a contrastación el modelo que aquí estoy proponiendo. Cuando algunos manifiestan que asistimos a un período revolucionario, posiblemente quiere hacer alusión al hecho de que nos encontramos ante situaciones muy complejas, que plantean con gran rapidez nuevos desafíos y que facilitan la aparición de estrategias adaptativas que, a su vez, incrementan los cambios a los que hay que hacer frente. Pensemos, por ejemplo, en la globalización o en el incremento de la productividad en el trabajo.

La dicotomía reforma – revolución no resulta, de lo dicho, muy afortunada, salvo para polémicas descalificadoras. Lo importante es discutir sobre las propuestas específicas que se barajan para hacer frente a cada situación, y mantener una discusión con bastante modestia dada la enorme dificultad que plantea alcanzar una aceptable fiabilidad predictiva acerca de la validez de cada propuesta. Los meteorólogos analizan las tendencias futuras de complejos más sencillos que los sociales, y fallan con mucha frecuencia; no vamos a exigirnos a nosotros mismos unos niveles de precisión mayores. Esto no significa, sin embargo, que no existan algunos criterios que nos orienten en la discusión y nos permitan descartar desde el principio algunas propuestas, aunque conviene ser bastante flexibles por lo que estoy exponiendo.



Lo primero que se debe tener en cuenta son los objetivos que se van buscando con una determinada propuesta de intervención social, procurando además que sean objetivos claros y no demasiado generales. Todo grupo político afirma que busca la felicidad de todos los ciudadanos, lo cual no pasa de ser una afirmación tan universal como vacía de contenido. Algo más concreto, sin perder generalidad, es afirmar que se va buscando una sociedad en la que se den de hecho la libertad, la igualdad y la solidaridad, o en la que las personas participen en condiciones de igualdad en la construcción de la sociedad a la que pertenecen. Esos objetivos deben funcionar siempre como ideas reguladoras que sirve tanto para orientar la acción como para evaluar posteriormente las medidas tomadas. La idea de una sociedad sin opresión ni explotación, una sociedad comunista libertaria, por poner un ejemplo que me resulta muy querido, puede ser muy genérica, pero esa generalidad no le hace perder capacidad de regular propuestas más concretas o inmediatas de acción sindical, social, política... A partir de esas ideas podemos abordar una evaluación parcialmente sólida atendiendo a criterios más específicos, como pueden ser los siguientes: coherencia de las medidas propuestas con los objetivos que se persiguen; posibilidades efectivas de llevar adelante una propuesta; costos humanos y de otro tipo que implica llevar adelante una acción social, política o sindical. Podría mencionar otros muchos, y cualquier persona que esté implicada en la acción social sabe perfectamente las cosas que conviene tener en cuenta. No obstante, considero que, de todas ellas, la que me resulta fundamental para que lo que hagamos contribuya seriamente a alcanzar los objetivos propuestos es la de la coherencia. Este ha sido un tema dominante y recurrente en el movimiento libertario, aunque no siempre se ha llevado a cabo y en algunos momentos se ha incumplido de forma manifiesta. Resulta igualmente decisivo, aunque también muy difícil, el realizar no sólo una evaluación previa, sino también una posterior; es decir, se trata de abrir un proceso de retroalimentación en el que lo que hacemos, debidamente analizado y revisado, nos permita diseñar estrategias de acción nuevas y mejores Y ese análisis conviene hacerlo pronto,

Ni reforma ni revolución

antes de que los procesos se tornen irreversibles. La participación de un sindicato anarcosindicalista en unas elecciones sindicales es un buen ejemplo al que deberíamos aplicar esta evaluación permanente, si es que queremos ir más allá de las burdas descalificaciones o de las apologías grandilocuentes y pasar a un análisis riguroso, sin olvidar que, de no hacerlo con seriedad, continuidad e inmediatez, es posible que el mal realizado sea irreparable.

El milenarismo mesiánico

Es importante también evitar incurrir en todo tipo de connotaciones mesiánicas o milenaristas, algo que, por otra parte, ha estado presente con frecuencia en el movimiento libertario. Sin entrar en una definición muy precisa de lo que entiendo por milenarismo, o por mesianismo, no me cabe la menor duda de que ambos gozan de un sólido arraigo en la cultura occidental y en otras culturas y que, además, tienen una gran fuerza movilizadora entre los sectores más marginados de la sociedad. Toda la literatura sobre el país de Jauja, o los grandes movimientos sociales de protesta en la Edad Media europea ponen de manifiesto esa aspiración de la humanidad de alcanzar algún día la tierra de la abundancia, el país en el que serán saciadas todas las necesidades. Isaías hablaba de la tierra en la que mana leche y miel y en la que las espadas se convierten en arados y la cierva duerme junto al león. Los anarquistas popularizaron a finales de siglo la idea de la toma del montón, en una sociedad que, bien organizada y apoyada en los avances científicos y técnicos, habría producción de sobra para todos, desapareciendo por fin los deseos de acumulación y acaparamiento.

Si bien la idea de revolución aparece desde el primer momento con un marcado carácter laico o secular, desprovista en principio de toda connotación religiosa, se apropia, al menos en la imaginación de muchos, de algunos rasgos procedentes de esas otras convicciones previas. Eso, asumido muchas veces de forma poco crítica, tiene unas innegables desventajas que dificultan adoptar proyectos eficaces de intervención social.

La primera deficiencia consiste en la asociación del proceso revolucionario con una especie de *Deus ex machina* algo típico de la tragedia griega o de los grandes dramas barrocos. La radicalidad de la transformación social que va a provocar la revolución es de tal calibre que parece fuera del alcance de la propia acción de los seres humanos. Eso lleva a apelar a una intervención ajena o exterior. En el caso de los mesianismos religiosos, esa

«La historia de los seres humanos es, sobre todo, la historia de las decisiones concretas que van tomando personas y colectivos para resolver los problemas que tienen planteados. Nuestras acciones provocan nuevas situaciones que exigirán nuevas respuestas. Esto significa, en primer lugar, que tenemos una responsabilidad inmediata que no podemos eludir»

intervención la producía el Mesías o el Espíritu Santo; en algunos casos se dejaban incluso sin definición precisa, en una nebulosa de la que emergería súbitamente un mundo nuevo. En las versiones seculares de la revolución desaparece el Mesías, pero es sustituido por figuras alternativas. Algunos apelarán vagamente al pueblo en armas, atribuyendo de pronto a un Pueblo sin identificación precisa una capacidad transformadora radical; esta es una opción muy difundida entre los anarquistas. Otros apelarán a vanguardias conscientes, que con su capacidad de liderazgo y su profunda comprensión de la realidad social, lograrán conducir al paraíso comunista a masas humanas incapaces de liberarse por sí mismas. Dentro del anarcosindicalismo hemos contado siempre con personas que consideraban que debían estar organizadas para garantizar que los afiliados sindicales no se desviaran de la ortodoxia anarquista que ellos definían y defendía. Siempre, en todo caso, nos encontraremos con una minoría atenta y vigilante, encargada de velar por la pureza del proceso, precisamente porque ese proceso desborda con mucho la capacidad del común de los mortales. Quizá no se consideren el Mesías encarnado, pero al menos tienen tendencia a considerarse los únicos representantes homologados y debidamente cualificados.

El milenarismo supone igualmente la aceptación de una creencia muy poco fundamentada: la posibilidad de acceder definitivamente a una sociedad reconciliada consigo misma, en la que no habrá más contradicciones de carácter negativo, la explotación y la opresión, por ejemplo, del mismo modo en que ya no habrá escasez ni miseria. Los seres humanos podrán vivir en paz de forma definitiva, durante milenios, en una situación de casi cumplimiento definitivo de la historia. El resto de conflictos que puedan darse serán en todo caso, de menor importancia y en ningún caso pondrán en cuestión la forma básica de organización social. El cambio de las relaciones sociales habrá permitido la aparición de un ser humano renovado, y desaparecerá para siempre el mal, salvo algunos restos insignificantes que podrán ser adecuadamente resueltos.

«Muy diferente sería el panorama si desde que somos pequeños nos enseñaran que todos y cada uno de los momentos de la vida pueden tener sentido, pueden ser significativos y proporcionarnos la satisfacción personal que produce una vida en la que desarrollamos plenamente nuestras posibilidades»

Como se despiertan en los seres humanos expectativas tan sugerentes como desmesuradas, se sigue con cierta facilidad la necesidad de aceptar períodos también extraordinarios de transición. Todo sacrificio estará justificado ante la esperanza de un mundo nuevo, un mundo definitivo. Las generaciones actuales, y más todavía los individuos concretos que las forman, probablemente tengan que ser sacrificadas para acceder a la nueva sociedad. Como bien diría Hegel, la revolución se convierte en al banco del carnicero en el que son sacrificados el bienestar y la felicidad de los pueblos para conseguir la salvación definitiva. Si bien los anarquistas en general, gracias a su marcado individualismo, estuvieron lejos de esta especie de holocausto colectivo, al estilo de Pol Pot, no es menos cierto que, en su inclinación milenaria, también se dejaron llevar por una desmedida pasión destructiva —*destruam ut aedificabo*— que estallaba en ejemplares hechos —magnicidios o bombas indiscriminadas— o en las llamas purificadoras en las que se consumían tanto el registro de la propiedad como la iglesia.

Pertrechados con esta mentalidad, no es extraño que el radicalismo se convierta en una especie de satisfacción ante las situaciones extremas. Se apela entonces a una especie de defensa de las condiciones duras de la existencia: cuanto peor vivamos, mejor para la causa de la revolución. Hay que evitar por todos los medios que la gente acepte las condiciones de vida actuales, pues con esa aceptación desaparecen todas los deseos de un cambio radical de la sociedad.

Ni reforma ni revolución

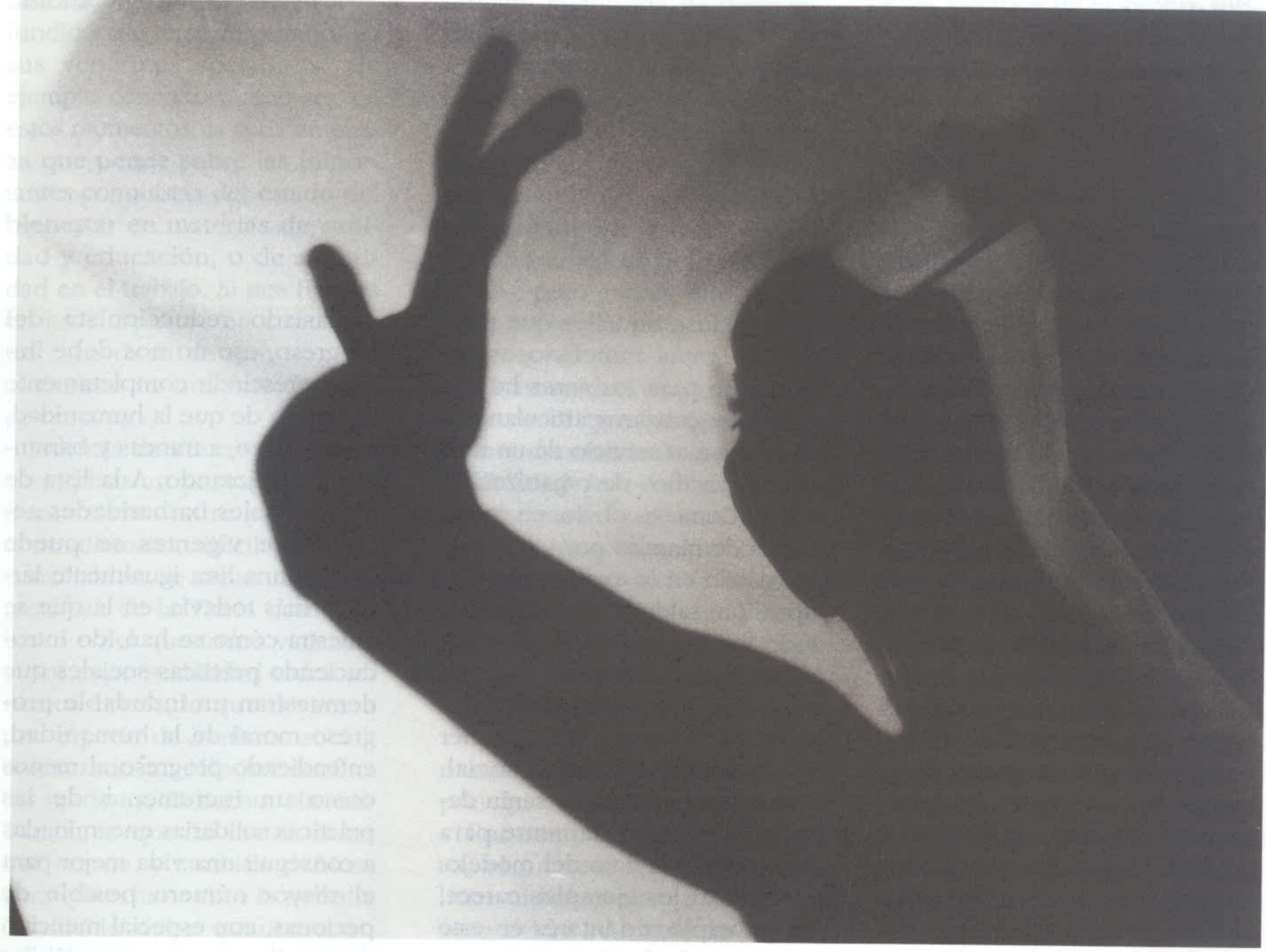
En una extraña pirueta mental, parece que es mejor convivir con el P.P. que con el P.S.O.E., y, si me apuras, alguno termina añorando la dictadura de Franco, aquellos años en los que la gente se movilizaba por la revolución pendiente. Toda aceptación de nuestras reivindicaciones es pura concesión táctica del poder, en muy pocos casos justa conquista debida a nuestros esfuerzos, y esa concesión demuestra hasta que punto hemos perdido tensión revolucionaria. La marginalidad incomprendida es el ámbito en el que mejor se desarrolla y pervive ese mesianismo puro y radical.

Como he dicho al principio, el milenarismo está profundamente arraigado en la mentalidad de los seres humanos, por lo que no es sencillo eludir caer en sus atractivas redes. Cuando Ricardo Mella escribía su gran artículo sobre la idea de una revolución permanente, sobre un mañana que se perfilaba en el horizonte, pero que se alejaba también según nos acercábamos a él, nos ofrecía una imagen bastante más sugerente de esa tensión que siempre anima el fondo de toda propuesta real de transformación social. Aspiramos a un mundo nuevo, o llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones, pero eso no nos lleva a despegarnos del presente, sino en todo caso a exigir siempre algo más, sin renunciar a lo poco que vayamos conquistando. Las pequeñas conquistas no son en absoluto despreciables, siempre que veamos en ellas algo similar a los descansillos de la escalera en los que reposamos un momento para poder seguir subiendo. En el proyecto anarquista hay una pretensión de radicalidad y globalidad, cuando se habla de la transformación social a la que aspiramos, que nos aproxima a ciertas propuestas milenaristas; necesario es mantener esa pretensiones, cuidando mucho el no confundirlas con las peculiares visiones que acabo de criticar.

El progreso

En lo que acabo de exponer está también implicada una de las ideas que más repercusiones ha tenido en la historia, en especial occidental, durante los últimos 250 años aproximadamente. Desde comienzos del siglo XVIII se empezó a difundir la creencia de que la humanidad progresaba indefectiblemente hacia una situación de plena satisfacción de sus necesidades elementales. Conforme se apagaba la influencia social de la idea de un futuro reino de los cielos, y también conforme se desvanecía la esperanza de encontrar El Dorado, la tierra de la fuente de la eterna juventud o Sangri-La, los seres humanos empezaron a poner sus esperanzas en el futuro temporal, del mismo modo que en estos momentos, cuestionadas estas esperanzas, algunos miran a planetas lejanos de cuyos habi-

«Aspiramos a un mundo nuevo, pero eso no nos lleva a despegarnos del presente, sino en todo caso a exigir algo más, sin renunciar a lo poco que vayamos conquistando. Las pequeñas conquistas no son en absoluto despreciables, siempre que veamos en ellas algo similar a los descansillos de la escalera en los que reposamos un momento para poder seguir subiendo»



tantes, más avanzados que nosotros, vendrá la plenitud ansiada. El movimiento socialista en general, y el anarquista de forma muy especial, recogió esta profunda convicción y la mantuvo. En este caso, gracias al esfuerzo y la lucha de los revolucionarios, sobre todo de la clase obrera y los campesinos, sería posible acceder en no mucho tiempo a esa sociedad nueva prometida por el progreso. El paradigma del progreso se unía así a los planteamientos milenaristas que ya he comentado.

Lo que añade esta idea de progreso es una especie de aval científico a las esperanzas seculares de la población, agotada ya de tantas opresiones y explotaciones. Era, por otra parte, una convicción que compartían con la burguesía de los mejores momentos, aunque no se compartieran, como es obvio, ni la imagen de esa sociedad futura ni la manera de acceder a ella. En todo caso, los duros sacrificios exigidos en el enfrentamiento con opresores y explotadores se soportaban mejor en la confianza de que el triunfo estaba a la vuelta de la esquina, y no por un voluntarismo revolucionario, sino porque así lo exigían las leyes más elementales de la historia y de la evolución toda de la Tierra, seres vivos incluidos. Los importantes avances técnicos del siglo XIX, con su innegable impacto sobre la calidad de vida, garantizaban que, con una organización social solidaria, sería posible acceder a la sociedad comunista libertaria, consumación de ese modelo de sociedad plenamente evolucionada al que se aspira y se tiende.

La vinculación entre las luchas sociales del finales del XIX y primer tercio del XX y la idea de progreso era tan profunda

Ni reforma ni revolución

que, desaparecida esa confianza tan clara en el progreso en la segunda mitad del siglo XX, parece que se va con ella igualmente la confianza en el sentido de la lucha social. Las barricadas no se soportan tan bien cuando la victoria no está al alcance de la mano. Resulta necesario revisar la idea de progreso si queremos llevar hasta el final la revisión de la idea de reforma y revolución que vengo planteando. Para empezar, no se ha perdido en absoluto la confianza en los avances técnicos ni tampoco en el impacto que estos puedan tener sobre la calidad de vida de los seres humanos. Es más, quizá este fin de siglo XX es otro momento de importantes y acelerados cambios técnicos cuyo final no se ve claro.

La duda se establece al considerar la existencia de un progreso moral. El avance científico técnico no lleva en sí mismo ninguna previa orientación sobre cómo va a ser la sociedad futura. La técnica tiene siempre algo de neutralidad que se decanta al ser desarrollada por modelos sociales específicos, con una determinada organización social en la que la clase dominante, o los que ejercen el poder de hecho, terminan configurando esa técnica a su imagen y semejanza. Sea cual sea el avance técnico que consideremos, incluso aquellos que puedan ser más beneficiosos en principio para los seres humanos, se organizan y articulan para ponerse al servicio de un modelo específico de organización social. Como es obvio, en sociedades dominadas por un modelo basado en la explotación y la opresión, saldrán adelante sobre todo los avances técnicos encaminados a incrementar ambas, mientras que tendrán más dificultades los que puedan poner en cuestión el modelo social. Otros medios técnicos serán desarrollados directamente para ponerse al servicio del modelo. Multiplicar los ejemplos carece, en principio, de interés en este momento; lo fundamental es insistir en que el progreso científico y técnico no lleva consigo, de forma necesaria, un progreso social, entendido este en su sentido más vago y genérico como mejora de la calidad de vida para toda la población. Esto, que no deja de ser una obviedad, puede ayudarnos a entender por qué sigue existiendo tanta miseria, incluso en cierto sentido una miseria mayor, cuando se disponen ya de medios técnicos suficientes como para satisfacer las necesidades fundamentales y algunas más de toda la población del planeta.

Si bien es cierto que debemos revisar con rigor un concepto demasiado reduccionista del progreso, eso no nos debe llevar a prescindir completamente de la idea de que la humanidad, poco a poco, a trancas y barrancas, va mejorando. A la lista de innumerables barbaridades actualmente vigentes se puede oponer una lista igualmente larga, o más todavía, en la que se muestra cómo se han ido introduciendo prácticas sociales que demuestran un indudable progreso moral de la humanidad, entendiendo progreso al menos como un incremento de las prácticas solidarias encaminadas a conseguir una vida mejor para el mayor número posible de personas, con especial mención de aquellas que son más débiles dentro del sistema social. Desde luego, el progreso moral es más lento que el técnico, aunque personalmente considero que los cambios técnicos escindidos de su correlativo progreso moral no pueden ser considerados con propiedad un progreso. Además de lento, es un proceso sinuoso, con numerosos avances y retrocesos, con conquistas importantes que, sometidas a nuevas presiones por la modificación de las circunstancias o de la correlación de fuerzas de los diferentes sujetos sociales, puede venirse abajo. Puede ser muy conveniente releer a Vico como posible modelo de filosofía de la

historia, algo alejado del más difundido esquema hegeliano, en sus vertientes socialistas. Un ejemplo concreto puede ser, en estos momentos, la seria amenaza que pende sobre las importantes conquistas del estado del bienestar en materias de sanidad y educación, o de seguridad en el trabajo. Si nos fijamos en esos aspectos en concreto, no cabe duda de que nos encontramos en una fase de franco retroceso.

Además de sinuoso, el proceso implica un permanente enfrentamiento entre posiciones contradictorias, difícilmente reconciliables. Se suele utilizar la metáfora de la Tierra como un barco en el que todos viajamos y por cuya estabilidad todos tenemos interés, lo que llevaría a una especie de irenismo social, amenazado tan sólo por conflictos menores. El hecho, sin embargo, es que la metáfora es irrelevante, y también dañina; para quien haya visto la película Titanic le debe quedar claro que el hecho de compartir barco no implica en absoluto compartir intereses, ni siquiera en el momento en el que el barco amenaza con hundirse. Seguirá habiendo siempre gente que quiera viajar en primera, relegando a otros a tercera, o al cuarto de máquinas, con la intención manifiesta de disfrutar de un buen viaje, mientras dure, a costa de los demás. Agustín de Hipona ya insistió en que la historia es el enfrentamiento permanente de dos ciudades, enfrentamiento que no tendrá solución en este mundo; para él lo tendría en el Reino de los Cielos, pero eso es, sin lugar a dudas, otro mundo totalmente distinto. Mientras la humanidad sea humanidad es casi seguro que tendrá que habérselas con esos enfrentamientos; existe la posibilidad de ir resolviéndolos, o al menos de ir gestionándolos con un costo humano mucho menor, y creo que la historia nos ofrece un claro ejemplo de que eso es así. Pero no se pueden resolver de manera definitiva, por lo que la esperanza de vivir algún día en un paraíso comunista en la Tierra carece, en principio, de fundamento.

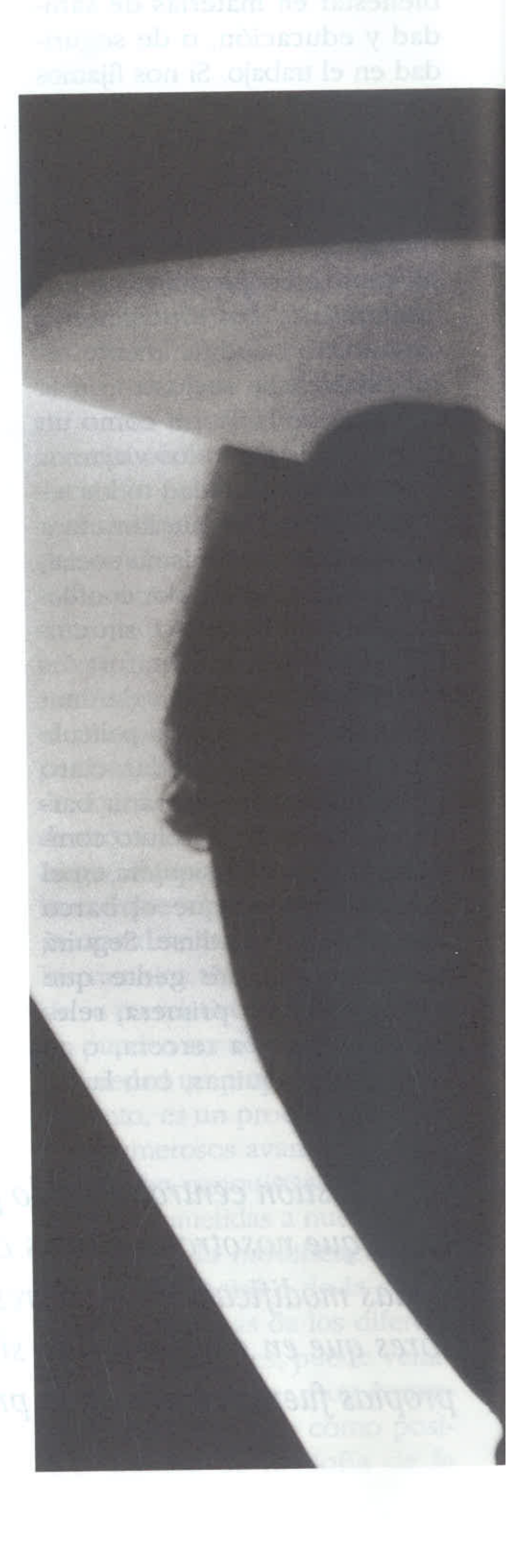
Por otra parte, en su conjunto, el proceso histórico de la humanidad es siempre un proceso abierto. Al igual que cualquier otra especie sobre la Tierra, nuestro objetivo es un incremento de la vida humana en general, logrando refinar los procesos adaptativos que nos ayuden a vivir en condiciones mejores. Contamos con la razón, y a continuación con la cultura, para poder hacer frente a los desafíos de la propia subsistencia, dos instrumentos de los que carecen las demás especies vivas. No obstante no disponemos de ningún salvoconducto que garantice el éxito final de la empresa. Los dinosaurios desaparecieron definitivamente, y el mismo camino han seguido y seguirán innumerables especies, que serán sustituidas por otras. El fracaso adaptativo de la especie humana es, por tanto, una de las posibilidades que puede depararnos el futuro. Algunos agoreros en la actualidad nos amenazan seriamente con un próximo apocalipsis al atravesar el umbral de existencia sostenible en la Tierra. Personalmente no comparto visiones tan dramáticas y más bien me inclino a pensar que todavía nos queda un largo futuro por delante como especie, que vamos a ir resolviendo algunos problemas y que, con las limitaciones que antes he mencionado, vamos a ir mejorando también en nuestra calidad de vida moral.

En todo caso, es irrelevante el que pueda ser más o menos optimista, situándome a medio camino de las utopías positivas y las negativas. Por descontado que estamos ante un proceso abierto y eso sí es decisivo porque nos recuerda que no existe

«La cuestión central de todo proceso de transformación social es recuperar la confianza en que nosotros tenemos capacidad de incidir en los procesos sociales introduciendo las modificaciones que respondan a nuestros deseos y necesidades. Todos los opresores que en el mundo han sido, y son, procuran destruir siempre esa confianza en las propias fuerzas y el propio protagonismo»

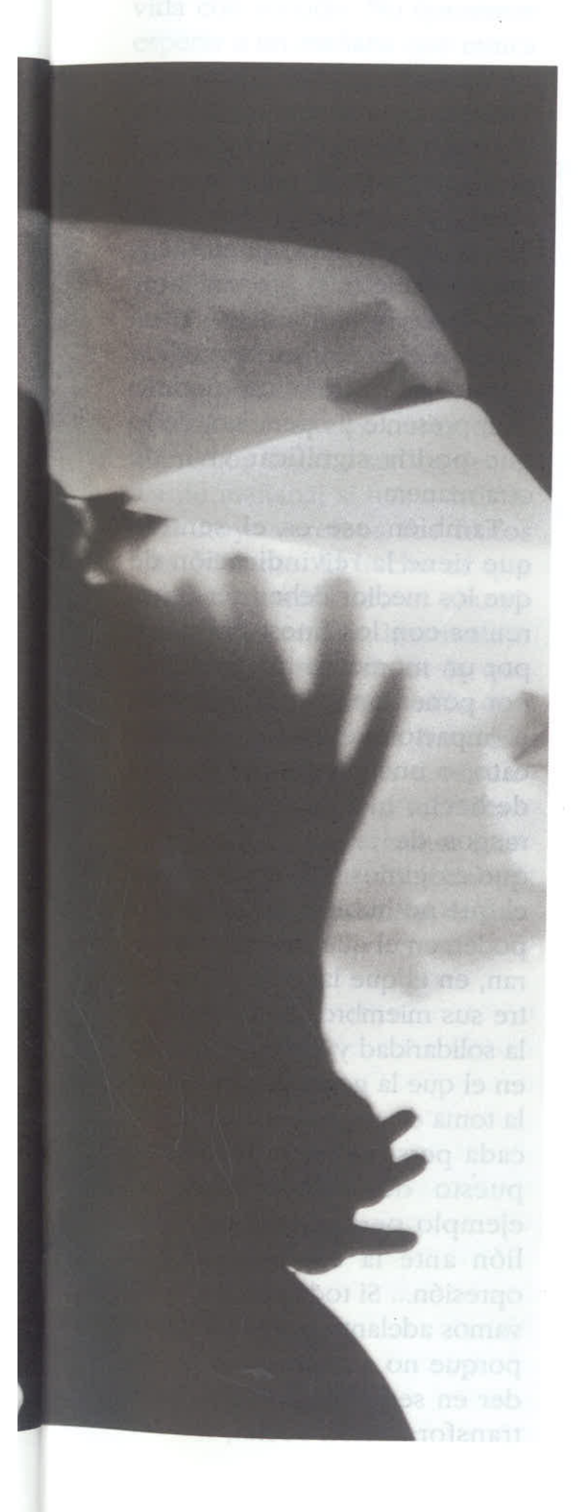
Ni reforma ni revolución

ningún proceso mecánico fatalista, regido por leyes ineluctables deterministas. La historia de los seres humanos es, sobre todo, la historia de las decisiones concretas que van tomando personas y colectivos específicos también para resolver los problemas que tienen planteados. Nuestras acciones provocan a su vez nuevas situaciones que exigirán una nueva respuesta por nuestra parte, y el proceso seguirá siendo el resultado de lo que vayamos haciendo. Esto significa, en primer lugar, que tenemos una responsabilidad inmediata que no podemos eludir refugiándonos en cualquier inexorable destino que desborda nuestra capacidad de acción; hay, claro está, factores que no podemos controlar, o sobre los que no tenemos capacidad de incidencia, pero la cuestión se centra en aquellos, la mayoría, en los que sí podemos realizar las adecuadas transformaciones. Significa, además, que no podemos dejarnos arrebatar ese protagonismo histórico; puede haber personas o colectivos más o menos influyentes en cada momento de la historia, pero eso no implica negar la participación de todo el mundo. Cuando se leen los libros de historia se tiene la sensación de que esta ha sido escrita por unos pocos, normalmente los vencedores; fueron los reyes o los grandes dirigentes quienes construyeron (parece ser que solos) templos y palacios, ganaron batallas, levantaron puentes o mejoraron la economía del país. Podemos cambiar la palabra reyes por las que hagan referencia a lo sucesivos grupos que han intentado monopolizar la acción histórica, intentado al mismo tiempo convencer a los oprimidos de que la historia es el desarrollo de procesos inevitables ante los que sólo cabe la resignación. La cuestión central de todo proceso de transformación social es recuperar la confianza en que nosotros tenemos capacidad de incidir en esos procesos introduciendo las modificaciones que responden a nuestros deseos y necesidades. Todos los opresores que en el mundo han sido procuran destruir siempre esa confianza en las propias fuerzas y el propio protagonismo. Desmoralizado el enemigo, resulta mucho más sencillo mantenerlo en la situación de opresión; por el contrario, si recupera la confianza en sí mismo, si se da cuenta de que posee poder suficiente para incidir en el curso de los acontecimientos, deja de ser un oprimido resignado y silencioso y se convierte en un peligroso agitador.



NI PASADO NI FUTURO: VIVIR EL PRESENTE

Al final de esta reflexión sobre las insuficiencias de un modelo revolucionario o reformista de la transformación social, nos encontramos con una manera



de concebir el tiempo que refuerza los aspectos menos positivos de lo que vengo diciendo. En definitiva, la exaltación de la revolución suele ir acompañada de una valoración excesiva, por no decir exclusiva, del futuro y, en algunos casos, del pasado. En este segundo caso, la humanidad reconciliada consigo misma se pone en unos orígenes remotos y difusos en los que los seres humanos vivían tranquilos y relajados, sin haber descubierto todavía los procesos de acumulación, de explotación y de opresión. En esa situación de inocencia originaria vivían en paz y armonía; algo de eso queda, según esta manera de ver las cosas, en pueblos "primitivos" todavía no contaminados por los progresos técnicos de la civilización capitalista. Debemos volver a la arcadia feliz, transformando completamente nuestro modo de vida y sólo es una persona suficientemente revolucionaria quien rompe amarras y comienza una vida distinta, a ser posible en ambientes rurales, más próximos a esos orígenes no contaminados por los "progresos" de la "civilización". Rousseau ya hablaba de esó y sigue más vigente de lo que en principio parece, aunque la idea de una edad originaria feliz va perdiendo credibilidad conforme se enriquece nuestro conocimiento de los orígenes de la humanidad. Una variante de esta fijación en el pasado se da a veces cuando las personas se quedan fijadas en una etapa de la historia en la que, por diversas circunstancias, se alcanzó un cierto nivel de transformación social importante. Este podría ser el caso de la fijación casi mítica en la labor realizada por los anarquistas entre julio de 1936 y mayo de 1937 en España. Aquí también se idealizan los rasgos del pasado y se bloquea la capacidad de proponer alternativas más válidas para el presente.

Más fuerza suele tener la imagen de un futuro en el que todo irá sustancialmente bien, en especial porque con algo de suerte nos puede tocar a nosotros acceder a él, o a nuestros descendientes conocidos, hijos o nietos. Lo que dota de sentido o coherencia a nuestra acción, según esta manera de ver las cosas, es lo que nos va a ocurrir mañana, es decir, en un próximo futuro. Movidos por esta ilusión, estamos dispuestos a arrostrar las privaciones más duras en el momento actual, incluyendo en algunos casos la privación de la propia vida sacrificada para que otros puedan alcanzar el mundo mejor que llegará algún día no muy lejano. Como estamos acostumbrados en la vida cotidiana a dilatar la satisfacción de deseos inmediatos porque somos conscientes de que ese aplazamiento va a ser provechoso, no nos resulta nada difícil transferir el modelo a la acción social en su conjunto.

Algunas de las reflexiones inlcuidas al tratar la idea de progreso pueden servir en este momento para cuestionarse del mismo modo esta insistencia en el futuro o el pasado. El hecho es que acabamos por distorsionar completamente la percepción de la realidad. Está claro que lo que somos ahora, así como lo que hacemos, se apoya tanto en el pasado como en el futuro. La memoria de todo lo que ha ido ocurriendo para

Ni reforma ni revolución

llegar hasta este momento es imprescindible para poder alcanzar una elemental comprensión de la sociedad en la que vivimos y para cometer menos errores cuando intentamos transformar algo de lo existente. Del mismo modo, la imagen de un mundo futuro no opresor es una referencia imprescindible para orientar nuestra actividad, para poder diferenciar entre los cambios que de hecho pueden contribuir a una transformación de la sociedad y aquellos otros cambios que, en el fondo, sólo pretenden garantizar la permanencia del desorden establecido. Recordemos la fuerza dinamizadora que tenía aquella expresión de Durruti sobre el mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones, o el impacto producido por el discurso de Martin Luther King en el que hablaba del sueño de una sociedad sin discriminación racial. Aspiramos a algo distinto, aspiramos a mucho más de lo que tenemos, deseamos hacer posible lo imposible, y además no nos conformamos con menos. En contra de lo que algunos piensan, esa ilusión es la que nos permite ser radicalmente realistas.

Sin embargo, ni el pasado ni el futuro existen nunca ni van a existir. Sólo existen en el presente y sólo en la medida en que se convierten en puntos de referencia para lo que hacemos aquí y ahora. Esto es lo sustancialmente decisivo: vivir radicalmente el momento presente sin dejarnos llevar ni por nostalgias ni por ensoñaciones ilusas. Walter Benjamin mencionaba la necesidad de recuperar una concepción mesiánica del tiempo, es decir, una concepción según la cual la eternidad del Reino de los Cielos irrumpe con fuerza en nuestra vida cotidiana, haciendo astillas la miseria del mundo en el que vivimos y poniendo ante los ojos la percepción de que es posible aquí y ahora vivir de otra manera. El comunismo libertario, como idea reguladora de nuestra acción, se hace vida cuando no dilatamos su llegada indefinidamente a un mañana que, por definición, no existe; al contrario, actuamos de tal manera en el presente que ese ideal se convierte en algo vivo y vivificante. Algo similar decía Thoreau cuando mencionaba que la revolución estalla imparable cuando alguien dice "no", cuando uno decide no seguir siendo cómplice de la injusticia imperante y a continuación acepta con coherencia las consecuencias de esa ruptura. Es necesario reinterpretar en este sentido la "propaganda por el hecho" de la que en su momento hablaron muchos anarquistas. Tiene ese carácter ejemplar, ese sentido de ruptura provocadora que pone en evidencia a todos cuantos se escudan (nos escudamos) en dificultades técnicas para encubrir sus (nuestras) propias incapacidades y cobardías. Y es también ejemplar en la medida en que nos ofrece un modelo real, presente y operativo, de lo que podría significar vivir de otra manera.

También ese es el sentido que tiene la reivindicación de que los medios deben ser coherentes con los fines. Podemos por un momento imaginarnos, por poner tan sólo un ejemplo, el impacto que tendría un sindicato, o una organización, que de hecho hiciera presentes los rasgos de la nueva sociedad que exigimos. Un sindicato en el que no hubiera luchas por el poder, en el que los cargos rotaran, en el que las relaciones entre sus miembros se basaran en la solidaridad y el apoyo mutuo, en el que la gente participara en la toma de decisiones, en el que cada persona en su respectivo puesto de trabajo fuera un ejemplo permanente de rebelión ante la explotación y la opresión... Si todo eso no lo llevamos adelante es precisamente porque no acabamos de entender en serio lo que significa la transformación social, las exi-

gencias de hacer presente (no hacer pasado ni futuro) un modo de vida diferente que está al alcance de la mano.

Ese es posiblemente el sentido profundo de la transformación social. No queremos renunciar a la felicidad ni a una vida con sentido. No queremos esperar a un mañana que nunca va a llegar. Queremos ser felices aquí y ahora, en este mismo momento, nosotros y los seres queridos o no queridos que nos rodean. Estamos cansados de aplazar nuestras legítimas reivindicaciones. Desde pequeños, en la escuela, nos acostumbran a aguantar reprimendas y aburrimientos siempre con la misma coletilla: es algo necesario si queremos llegar a ser alguien el día de mañana; si nos sacrificamos hoy, veremos los frutos más adelante. El hecho es que termina dominando el aburrimiento y el castigo, la privación y la falta de sentido de lo que hacemos; al final eso es lo que aprendemos y lo que interiorizamos. Aprendemos a renunciar, a aburrirnos y a sacrificarnos, porque los momentos buenos llegarán algún día lejano, y esa resignada aceptación de una vida empobrecida injustificadamente se transfiere al conjunto de nuestra vida social.

Muy diferente sería el panorama si desde el primer momento, desde que somos bien pequeños, nos enseñaran que todos y cada uno de los momentos de la vida pueden tener sentido, pueden ser significativos y proporcionarnos la satisfacción personal que produce una vida en la que desarrollamos plenamente nuestras posibilidades. Si así fuera, no nos conformaríamos con menos y continuamente seguiríamos exigiendo, e intentando, que cada momento de nuestra vida tuviera el máximo sentido posible. Eso no resuelve, ni mucho menos, las limitaciones, las dificultades e incluso las insuficiencias que proyectan siempre una sombra de infelicidad en la vida de todos y cada uno. Estas son muchas y, como ya he dicho, nunca serán del todo resueltas, pero uno se embarca en la transformación social en el mismo momento en el que integra esas mismas carencias en un proyecto diferente. Es entonces cuando, más allá de la revolución y la reforma, nos acercamos, llevamos adelante, hacemos presente, en definitiva, el gran cambio social y personal que andamos buscando. Es entonces cuando hacemos añicos la mediocridad opresora que nos imponen e irrumpimos con el gozo sereno producido por una vida distinta.

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN

Cornelius Castoriadis (1922-1997): la interrogación permanente

La desaparición de Cornelius Castoriadis deja un vacío en el pensamiento contemporáneo que sólo será apreciado en sus justos términos cuando se profundice adecuadamente en sus aportaciones. No es exagerado afirmar que ha sido uno de los intelectuales más capaces y creativos de la segunda mitad del siglo XX y uno de los pocos con la audacia necesaria para enfrentarse a piedras angulares de nuestro ser social.

Su aventura intelectual resulta fascinante porque representa un genuino proceso de liberación mental, de destrucción de mitos, de deconstrucción del pensamiento heredado y de reconstrucción y replanteamiento de las preguntas originarias de una acción y de un pensar liberadores.

Trayectoria de Castoriadis

En la evolución de Castoriadis son especialmente importantes las fuentes originarias. Su trabajo de reflexión surge en el marco de una militancia política dentro de la izquierda antiestalinista y esa seña de identidad va a ser esencial en su desarrollo[1].

Nacido en Atenas en 1922, en el año 1942 se afilió al partido troskista dirigido por Spiro Stinas. A finales de 1945 se trasladó a Francia e ingresó en el troskista PCI dentro del cual animó una tendencia, junto a Claude Lefort, que intentaba encontrar la base programática de una izquierda anticapitalista y antiestalinista, asumiendo una crítica de las posiciones anquilosadas del troskismo posterior a la segunda guerra mundial[2].

Después de romper con el PCI, a partir de 1949, y hasta 1965, desarrolla una experiencia intensa en la revista *Socialismo o barbarie*, a lo largo de cuyos cuarenta números publicados se muestra, siempre con una orientación antiestalinista radical, un esfuerzo de innovación teórica del pensamiento revolucionario que incorpora un cuestionamiento del leninismo, de los marxismos y de aspectos cruciales del propio Marx[3].

En 1965 su notorio distanciamiento respecto del marxismo le conduce a una nueva etapa de búsqueda y de replanteamiento del pensamiento heredado. Comenzará una reconsideración de la teoría psicoanalítica, una reflexión sobre el lenguaje y un nuevo estudio de la filosofía tradicional. Es el periodo en el que sienta las bases de un original "sistema" de ideas, que presenta en su obra maestra *La institución imaginaria de la sociedad* (1983, 1989) y que se manifiesta en un rechazo radical de todo determinismo (incluso del simplemente probabilístico) así como de cualquier forma de metafísica.

El proceso de profundización en las significaciones sociales imaginarias, y la fundamentación política y filosófica del proyecto de autonomía, será ofrecido en sucesivas recopilaciones de ensayos, publicadas con el título común de *Les carrefours du labyrinthe*, cuyo quinto volumen *Fait et à faire*, se ha publicado en febrero de 1997. Esta obra constituye, en conjunto, un intenso llamamiento a la responsabilidad individual y social

frente a la trivialización capitalista del ser humano.

Castoriadis recorrió diversos campos, fue filósofo, político, economista y psicoanalista. Nunca propuso una doctrina, sino que intentó incansablemente situarse (él) y situarnos (sus lectores) ante las encrucijadas del laberinto humano. Se trata de un pensamiento nacido e inserto en un diálogo crítico con la izquierda y con lo movimientos sociales avanzados. Su obra no es un inocuo producto académico, sino que sólo puede entenderse como parte vital del ser del autor y de su voluntad de luchar contra la injusticia (averiguando lo que ésta sea). Por ello, sus textos son siempre escritos de combate y al mismo tiempo de reflexión y de descubrimiento[4].

IMAGINACIÓN Y CREACIÓN HISTÓRICA

Todo el universo conceptual de Castoriadis se ordena alrededor de una innovadora teoría de la imaginación. Así, especialmente en *La institución imaginaria de la sociedad*, va a destacar el papel de los significados imaginarios en la construcción, mantenimiento y cambio del orden de la sociedad[5].

Para Castoriadis la imaginación hace estallar tanto la teoría de la determinación del ser como del saber (Castoriadis —C en sucesivas referencias—, 1983, 1989). En su estudio rastrea en Aristóteles y en Kant la aparición y la marginación filosófica de la imaginación[6]. Dos conclusiones significativas se derivan de su trabajo. En primer lugar, que la imaginación es el origen de lo que puede ser representado y pensado, el origen de lo que llamamos racional. En segundo lugar, que la propiedad fundamental del ser humano es la imaginación libre y desfuncionalizada.

La imaginación va a revolucionar su concepción de lo histórico y de lo social. Castoriadis se pregunta qué es lo que mantiene unida a la sociedad y la respuesta es que la une su *institución* —el conjunto de normas, valores, lenguaje, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas (C, 1988, p.67)[7]—. Es la institución la que convierte a la materia prima humana en individuos sociales: todos somos fragmentos ambulantes de la institución de nuestra sociedad (c, 1988, p.68). Así, la a*utoinstitución* de la sociedad es la creación de un mundo humano y la creación del individuo en quien está masivamente incorporada la institución de la sociedad (C, 1988, p.99).

Esa institución de la sociedad funciona como un todo coherente por la existencia de un *magma de significaciones imaginarias sociales* (C, 1988, 1989). De esta forma, es la sociedad instituida la que determina las categorías esenciales de lo que pensamos y de cómo lo pensamos, las "metáforas con las que vivimos" (por utilizar la expresión de George Lakoff y Mark Johnson, 1991) y las referencias intelectuales con las que intentamos cambiar la sociedad.

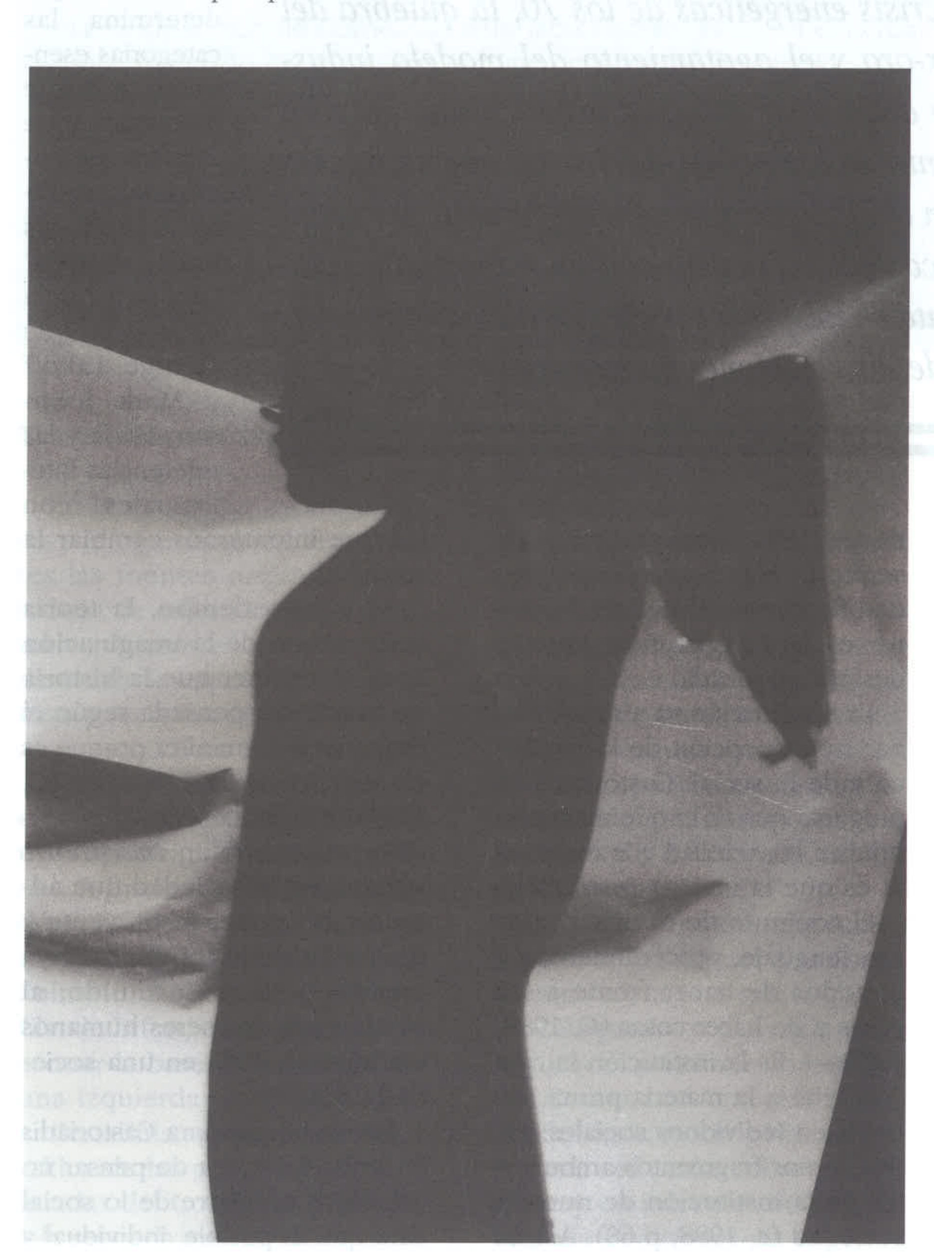
«Tras las crisis energéticas de los 70, la quiebra del patrón dólar-oro y el agotamiento del modelo industrial fordista de la posguerra, se produce una quiebra del crecimiento en los países del Norte, que se intenta remediar con el inicio de un profundo cambio de rumbo en las políticas económicas y con un importante salto hacia adelante en los procesos de globalización o mundialización de las relaciones económicas»

Al mismo tiempo, la teoría castoridiana de la imaginación lleva a sostener que la historia no puede ser pensada según el esquema determinista porque es el terreno de la *creación* (C, 1983). Y la existencia de la creación presupone un *imaginario radical* en la sociedad que adquiere un poder instituyente y que cabe contraponer a lo ya creado, a lo ya instituido, al sentido que los seres humanos encuentran dado en una sociedad dada.

Sin embargo, para Castoriadis la forma instituida de pensar no establece un cierre de lo social sino que es posible, individual y

Cornelius Castoriadis (1922-1997): la interrogación permanente

socialmente, cambiar ese pensamiento instituido en nosotros mediante una *praxis*[8]. Es decir, "hay una acción que puede tomar apoyo sobre lo que es para hacer existir lo que queremos ser" y, por tanto, "más allá de una actividad no consciente de sus verdaderos fines y de sus resultados reales, más allá de una técnica que, según sus cálculos exactos, modifica un objeto sin que nada nuevo resulte de él, puede y debe haber una praxis histórica que transforme el mundo transformándose ella misma, que se deje educar educando, que prepare lo nuevo rehusando predeterminarlo, pues sabe que los hombres hacen su propia historia" (C, 1983, p.96). Por tanto, "hay un uso inmediato de lo simbólico, en el que el sujeto puede dejarse dominar por éste, pero hay también un uso lúdico o reflexionado de él" (C. 1983, p.217).



En este marco, la propia teoría como tal es un hacer, el intento siempre incierto de realizar el proyecto de una elucidación del mundo que se apoya en tesis ontológicas ajenas a toda fundamentación metafísica y a todo determinismo (C, 1983).

Las preguntas sobre la ley

La sociedad humana sólo es posible por su capacidad de construirse una *ley*. La tribu prehistórica, el reino mesopotámico o el estado-nación pudieron existir porque construyeron un cerco, una frontera cognitiva que les da una identidad y les separa de lo demás. Esa identidad social es históricamente, casi siempre, una identidad contra los otros.

La mayor parte de las sociedades humanas conocidas han sido *sociedades heterónomas* porque atribuyen un origen extrasocial a la ley que las instituye. La heteronomia considera que su ley es dictada por Dios, por la naturaleza o por las leyes de la historia, pero siempre es *dictada* (C, 1988, p.89).

Indudablemente, la idea de una fuente y un fundamento extrasociales es para Castoriadis una ilusión, *la ilusión*, ya que la ley siempre es autocreación de la sociedad en su momento instituyente. A pesar de ello (o, a causa de ello) la mayor parte de las sociedades históricas han educado a sus miembros en esa creencia. Mediante ese cerco cognitivo se oculta a sí misma, y sobre todo oculta a los nuevos seres que nacen en el seno de la sociedad el auténtico origen humano de esta[9].

Heráclito afirma en uno de los fragmentos que han llegado hasta nosotros que "el pueblo debe combatir más por la ley que por los muros de su ciudad". Al hacerlo, Heráclito es un fiel representante del movimiento radical que Grecia introdujo en la historia humana y que desplazó la identificación con el muro que aísla (y da unidad e identidad) hacia una ley que hay que defender porque es la ley de que nos hemos dotado.

A través de los mitos y de las religiones se prohiben las preguntas sobre la ley y se castiga simbólicamente (y, en muchas etapas de la historia, físicamente) al que las formula. Como ha señalado Castoriadis, con pedagógica insistencia, fueron los griegos, y sólo ellos, lo que introdujeron las preguntas sobre la ley. Y esas preguntas sobre la ley son el origen de la filosofía y el germen de la democracia.

Autonomía y heteronomia

Castoriadis llega a la reflexión sobre la autonomía y sobre la democracia después de un largo proceso intelectual. En toda la etapa de *Socialismo o barbarie* eludió el problema general y global del gobierno de la sociedad. Sólo después, en el periodo de elaboración de *La institución imaginaria de la sociedad*, empieza a reflexionar sobre la naturaleza común de los dos grandes proyectos de autonomía que ha conocido la historia humana.

El primero de ellos fue la excepcional experiencia de la antigüedad griega. El segundo es el proyecto nacido en la Ilustración y que ha llegado a nuestros días a través de las luchas por la democracia, de las experiencias del movimiento obrero, de la lucha por los derechos humanos y de la aspiración colectiva a la igualdad social y a la libertad política.

En la interpretación de Castoriadis, "la historia misma del mundo greco-occidental puede interpretarse como la historia de la lucha entre la autonomía y la heteronomia" (C, 1988, p.102).

¿Qué es la *autonomía*? Para Castoriadis, una sociedad autónoma es, como primera aproximación, la que niega la existencia de un fundamento extrasocial a la ley y extrae consecuencias de ello.

La originalidad, e improbabilidad, de la autonomía consiste en la aparición de un ser que cuestiona su propia ley de existencia, de sociedades que cuestionan su propia institución, su representación del mundo, sus significaciones imaginarias sociales (C, 1988).

A partir de esa idea de autonomía es posible redefinir el contenido posible del proyecto revolucionario como la búsqueda de una sociedad capaz de modificar en todo momento sus instituciones: no sólo una sociedad autodirigida sino una sociedad que se autoinstituye explícitamente de modo continuo, no de una vez para siempre (Introducción de 1972 a C, 1976). Es decir, una sociedad organizada y orientada hacia la autonomía de todos, siendo esta transformación efectuada por la acción autónoma de los hombres tales como son producidos por la sociedad actual

«Castoriadis se pregunta qué es lo que mantiene unida a la sociedad y la respuesta es que la une la 'institución' —el conjunto de normas,valores, lenguaje, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas. Es la 'institución' la que convierte a la materia prima humana en individuos sociales»

Cornelius Castoriadis (1922-1997): la interrogación permanente

(C, 1983, p.134). El proyecto de autonomía con su interrogación permanente, crea un *eidos* histórico nuevo cuya fórmula es "Crear las instituciones que, interiorizadas por los individuos, faciliten lo más posible el acceso a la autonomía individual y sus posibilidades de participación efectiva en todo poder explícito existente en la sociedad" (C, 1990).

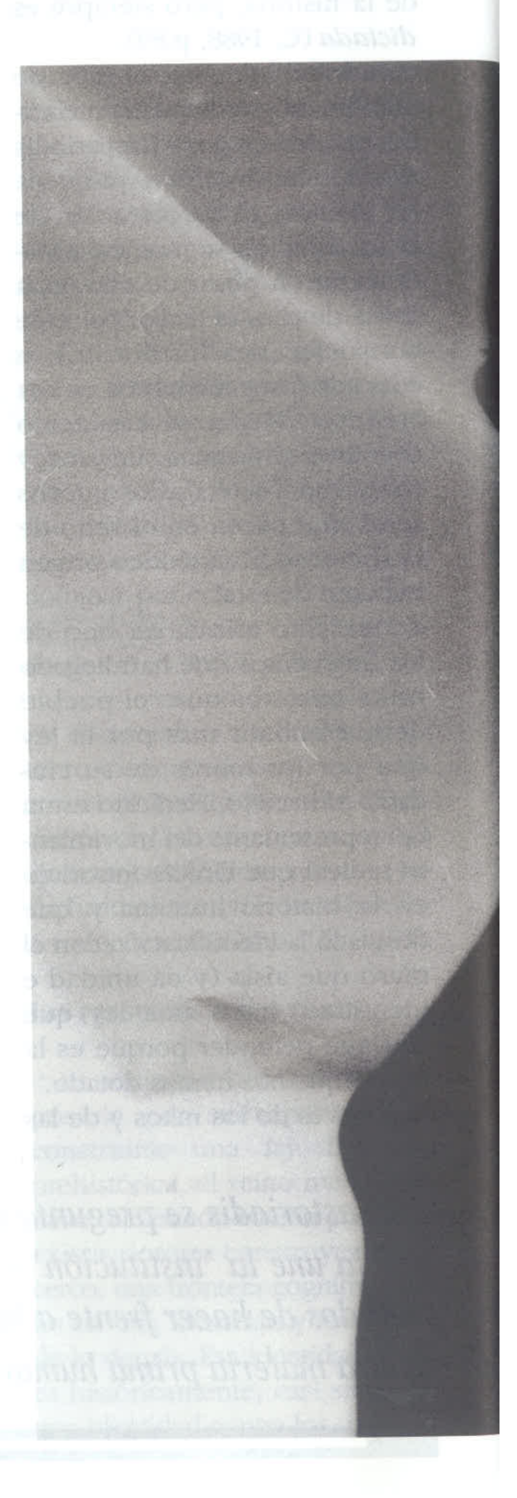
El proyecto social de autonomía exige, pues, individuos autónomos ya que la institución social es portada por ellos. Para Castoriadis el contenido de la autonomía individual es la participación igual de todos en el poder, entendido en el sentido más amplio.

Por lo tanto, el proyecto social-histórico de autonomía además de emancipatorio debe ser lúcido[10]. Ahí aparece un claro sentido diferenciado respecto de otras concepciones que proponen implícita o explícitamente adoptar el mito como un componente positivo de la acción social, tal y como defendió George Sorel (1934)[11]. Castoriadis sabe que, del mismo modo que no hay sociedad sin mito, existe un elemento de mito en todo proyecto de transformación social, pero alerta contra esa presencia que siempre es traducción de tradiciones heterónomas, ajenas al principio de autonomía. Según Sorel las grandes civilizaciones y las grandes revoluciones violentan la historia a partir de un mito que concilia las contradicciones y sólo un mito puede fundar la adhesión de la sociedad a sus instituciones. En Castoriadis, al contrario, se rechaza la fuerza social que nace de esas imágenes escatológicas y se afirma la posibilidad que los seres humanos se muevan y revolucionen su existencia social, sin mitos y utopías, por medio de significaciones lúcidas y transitorias, en el marco de lo que nosotros podríamos llamar un *pensamiento disutópico*.

La interrogación sin fin

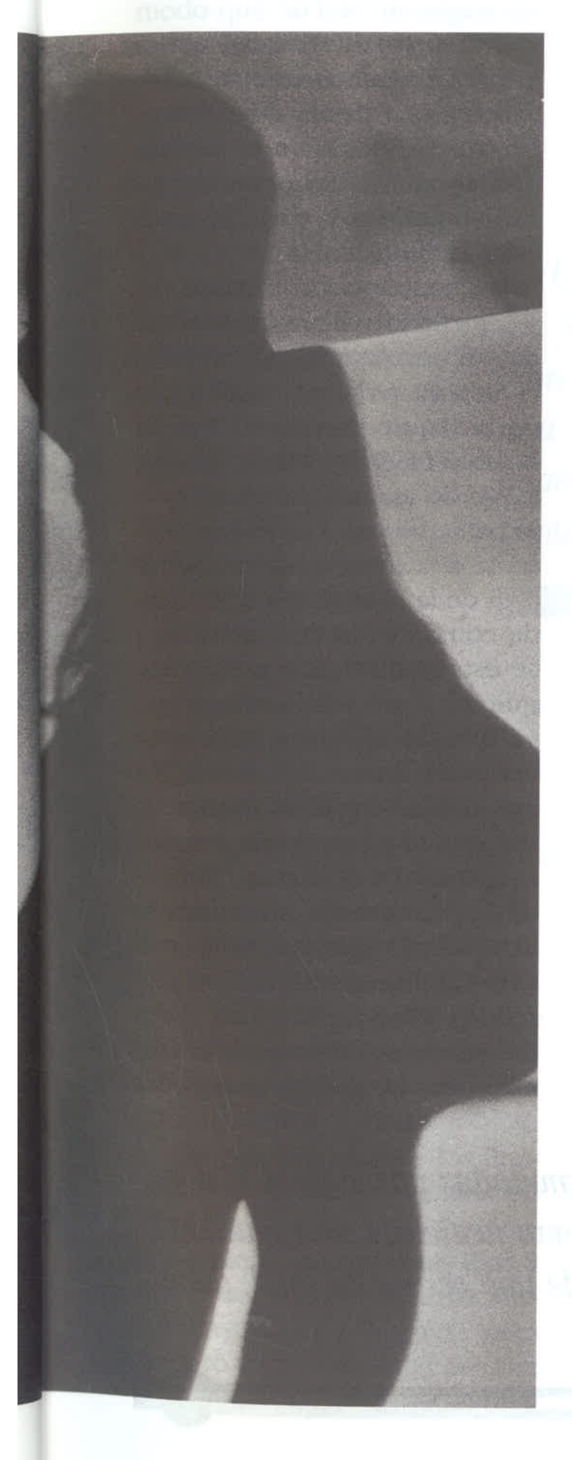
Las preguntas sobre la ley surgen en la historia y son formuladas por sujetos históricos. Son preguntas que se refieren al significado que han de tener conceptos como justicia, como igualdad, como libertad. Para Castoriadis son preguntas que carecen de una respuesta final, cada respuesta sólo puede ser el producto de un proceso de elucidación siempre provisional[12].

No sólo la pregunta de si una ley es buena o mala, sino ¿qué significa que sea buena o mala?, ¿qué es la justicia?, ¿qué es la verdad? Estas preguntas son au-



ténticas interrogaciones que deben permanecer abiertas para siempre (C, 1988, p.114).

La cuestión de la ley está siempre abierta precisamente porque ésta no procede de la voluntad divina, ni de la razón



histórica, ni del ser de las cosas, sino de la propia sociedad.

Así, el proyecto de una sociedad autónoma, una sociedad que vive regida por leyes y que sabe que no puede vivir sin leyes, es una sociedad en la que permanece siempre abierta la interrogación sobre cuál es la ley justa (C, 1988).

Al no ser posible el cierre completo de lo social, las preguntas deben permanecer siempre abiertas, siempre respondidas, siempre cuestionadas, nunca cerradas. La aspiración, presente en los seres humanos, de obtener una respuesta definitiva a las preguntas sobre la ley, conduce a las ideologías míticas y utópicas, una de cuyas realizaciones heteronómicas extremas son los totalitarismos (Vera, 1997b).

La interrogación sin fin niega la existencia de una verdad objetiva pero no supone un simple relativismo. Existen nuestras verdades, el sentido que somos capaces de crear en la historia, ya que "a lo que apunta la verdad, ya se trate de historia o de cualquier otra cosa, no es más que a ese proyecto de esclarecer otros aspectos del objeto, y de nosotros mismos ...". Es, por tanto, un proyecto infinito. La creencia en una verdad acabada, adquirida de una vez por todas, no sólo es intrínsecamente absurda sino, también, reaccionaria pues implica el final de ese proyecto infinito (C, 1983, p.70).

Por tanto, en este contexto, carece de sentido la idea de un agotamiento del proyecto propio de la modernidad y adquiere, en cambio, plena significación su crisis actual, como consecuencia de la agresiva trivialidad e incapacidad del imaginario capitalista.

La democracia sustantiva

Castoriadis estaba fascinado por la gran construcción que supuso la democracia antigua. Eso le hizo injusto, a veces, con la democracia de los modernos, especialmente una crítica excesivamente unilateral de la democracia representativa. Todo ello a pesar de que en su obra están todos los elementos que permiten diferenciar claramente el nacimiento de la idea democrática (como germen) y el gran intento con la Ilustración (e inconcluso) que pretende universalizar el principio de autonomía.

Las ideas de libertad, de igualdad y de justicia no son mitos, ni tampoco formas plenamente determinadas, sino significaciones sociales imaginarias. En consecuencia, los valores democráticos carecen de fundamento. Por ejemplo, si se trata de "fundamentar" racionalmente la igualdad, sólo puede hacerse mediante un discurso que se dirija a todos y que rechace toda "autoridad", discurso por lo tanto que ya ha *presupuesto* la igualdad de los seres humanos como seres racionales (C, 1988, p.140). Aparece así, explícitamente, la idea esencial del pensamiento de Castoriadis de circularidad entre proyecto e interpretación.

Aunque no haya verdad integral, ello no quiere decir que quede borrada la distinción entre lo verdadero y lo falso o que no existan realizaciones históricas de esas ideas. "¿Acaso la miseria de la democracia occidental borra la diferencia que hay

Cornelius Castoriadis (1922-1997): la interrogación permanente

entre la situación efectiva de un ciudadano francés, inglés o norteamericano y la situación efectiva de un siervo durante el zarismo, de un alemán bajo Hitler, de un ruso o de un chino bajo el totalitarismo comunista?" (C, 1988,p.92).

Un primer elemento a destacar en el pensamiento político de Castoriadis es su defensa de una concepción sustantiva de la democracia, criticando duramente la democracia procedimental, que considera dominante en nuestros días (C, 1996b).

Numerosos autores han señalado que la democracia no tiene ningún valor en sí misma que no sea el de su propia subsistencia. Para Castoriadis la idea de una democracia meramente procedimental es una concepción formalista de origen kantiano. Aunque en sí misma no tenga sustancia, debe dotarse de un contenido sustantivo, que es parte del esfuerzo humano por dar sentido a su existencia social. La influencia del pensamiento aristotélico resulta clara en estas ideas de Castoriadis que consideran indispensable una definición de la virtud social o del buen vivir como contenido de la democracia.

El segundo elemento que debe subrayarse en la construcción política de Castoriadis es su rechazo a cualquier intento de contraponer igualdad y libertad. "Hay que afirmar vehementemente, contra los lugares de cierta tradición liberal, que no hay antinomias, sino que hay implicación recíproca entre las exigencias de la libertad y de la igualdad" (C, 1988, p.141). En cuanto significaciones sociales y en cuanto realizaciones efectivas, no puede haber libertad sin igualdad ni lo contrario. Como decía Camus, en realidad, "la miseria crece a medida que la libertad retrocede en el mundo y a la inversa" (1996a, p.456). Precisamente la experiencia de los totalitarismos comunistas demuestra la fusión entre desigualdad y dictadura, frente a las lecturas, sociológicamente falsas, que consideran a estos totalitarismos como igualitarismos, cuando su realidad fue una desigualdad extrema, que respondía a su naturaleza de sociedades ultrajerárquicas sometidas a una dominación burocrática.

Esa contraposición formal entre igualdad y libertad defendida por una parte significativa de la filosofía política liberal, y que en la izquierda han sostenido Bobbio (1995) y otros autores, surge de un reduccionismo puramente formal. Cuando se presenta a la derecha como defensora de la libertad y a la izquierda como adalid de la igualdad, se está realizando un ejercicio que no tiene sentido histórico, ya que las efectivas luchas sociales de los tres últimos siglos nos transmiten justo lo contrario, que el proyecto de autonomía conlleva de forma simultánea el intento de conquistar la libertad y la igualdad como creaciones humanas. Del mismo modo, esas racionalizaciones del modelo político occidental encubren las conexiones de las

«Las preguntas sobre la ley surgen en la historia y son formuladas por sujetos históricos. Se refieren al significado que han de tener conceptos como justicia, como igualdad, como libertad. Para Castoriadis son preguntas que carecen de una respuesta final, deben permanecer abiertas para siempre »



fuerzas reales de la derecha con los intentos de limitar la democracia y de fortalecer fuerzas heterónomas.

Finalmente, otra de las cuestiones más importantes a las que se enfrenta el proyecto democrático se refiere a los *límites de la autonomía*. Del mismo modo que no hay un origen extrasocial de la ley no puede existir tampoco un límite externo al proyecto de autonomía, aunque la mayoría de las sociedades humanas tiendan a ocultarse a sí mismas que son las creadoras de sus límites.

El pensamiento democrático es un pensamiento de los límites: no en vano los griegos, que descubrieron la democracia, condenaban la desmesura. Ese aspecto ha sido vivamente resaltado en nuestro siglo por Camus (1996b) al señalar que el único pensamiento fiel a sus fuentes revolucionarias tiene que ser un pensamiento de los límites, pues para ser seres humanos hay que negarse a querer ser Dios.

En esta concepción, la democracia es el régimen de la autolimitación, es el régimen de la libertad y del riesgo: "en una democracia, el pueblo *puede* hacer cualquier cosa y debe saber que *no debe* hacer cualquier cosa" (C, 1988, p.124).

Ese pensamiento de los límites es un pensamiento necesariamente ateo (en un doble sentido: que no necesita un dios y que asume que en el «más allá» no hay nada relevante para nuestros problemas). El ateismo es el único pensamiento humano que asume realmente el significado de la muerte y que rechaza cualquier forma de esperanza[13], en sentido metafísico, y, por tanto, cualquier tipo de ontología unitaria del ser y del mundo.

Sin vida después de la muerte ni un Dios, "el hombre se encuentra en libertad de obrar y pensar en este mundo" (C, 1988, p.115). Así, resulta que "una sociedad autónoma se hace posible únicamente partiendo de esta convicción profunda e imposible de la mortalidad de cada uno de nosotros y de todo cuanto hacemos; sólo así se puede vivir como seres autónomos" (C, 1988, p.218).

«Una sociedad autónoma se hace posible únicamente partiendo de la convicción profunda e imposible de la mortalidad de cada uno de nosotros y de todo cuanto hacemos; sólo así se puede vivir como seres autónomos»

El dominio del imaginario capitalista

El capitalismo supuso el nacimiento de una nueva significación imaginaria social: el dominio económico seudoracional, que implica que las únicas finalidades humanas sean el crecimiento ilimitado de la producción y el consumo. El dominio integral de el imaginario capitalista es plenamente contradictorio con el proyecto social-histórico de autonomía. La idea de un mercado mundial capitalista globalizado y autoregulable, capaz de producir un equilibrio, ya fue objeto de una condena rigurosa por Karl Polanyi (1989) en una obra magistral. Pues bien, esa ideología irresponsable, el liberalismo económico radical (el *liberismo*), constituye una formulación agresiva y renovada de la heteronomia, de la existencia de una fuente externa extrasocial de la ley.

Los grandes poderes económicos del planeta (es decir, fundamentalmente las corporaciones trasnacionales más poderosas) y los partidos de la derecha lanzan un mensaje común a la gente. Dicen que la globalización impide hacer políticas distintas, dicen, en definitiva, que debe ser el capital y especialmente los mercados financieros desregulados los que *dicten la ley* en aspectos tan esenciales como la política fiscal y monetaria (la política económica) o los programas de protección social. Dicen, también, que es imposible atender las llamadas ecologistas a políticas activas que eviten el deterioro acelerado del sustrato natural del planeta. Para describir esa presión ideológica se ha hablado de "pensamiento único", según la exitosa propuesta de Ignacio Ramonet (1995)[14].

La expansión incontrolada del capital es la forma capitalista del dominio globalizador del sistema-mundo. El capitalismo salvaje es la naturaleza propia del capital cuando la sociedad

Cornelius Castoriadis (1922-1997): la interrogación permanente

es incapaz de maniatar o amaestrar a sus aprendices de brujo. Ese capital financiero mundializado, desregulado, oligopolístico por naturaleza, enemigo del mercado, alimenta un peligro mortal para el sistema democrático. Podríamos decir que ese peligro es de tal calibre que el significado actual del dilema *socialismo o barbarie* debe ser entendido en sus correlativos términos como *democracia o capitalismo* (es decir, que más democracia exige menos capitalismo y que más capitalismo implica menos democracia).

A partir de 1989 Castoriadis centró su atención en la evolución del mundo occidental después de la caída del comunismo ruso. En estos años expresó su preocupación cada vez mayor por lo que entendía como "conformismo generalizado" en las sociedades occidentales y el consiguiente "ascenso de la insignificancia" y de la trivialidad así como la formación de un "hombre privatizado"[15]. Castoriadis parece tener en mente uno de los posibles rostros de la barbarie: una sociedad que se desgarra sin ser capaz de crear nada.

El capitalismo tardío fomenta el consumismo, la pérdida de movilidad social que en décadas pasadas había sido capaz de introducir en el sistema y el deterioro de los sistemas de protección social. Todo ello está produciendo una *sociedad del malestar*, en la cual el malestar aún no ha encontrado su forma propia de expresión.

«A partir de la idea de autonomía es posible redefinir el contenido posible del proyecto revolucionario como la búsqueda de una sociedad capaz de modificar en todo momento sus instituciones: una sociedad que se autoinstituye explícitamente de modo continuo, no de una vez para siempre»

El peligro de la heteronomia

Los peligros propios de nuestro tiempo proceden de un imaginario extraordinariamente activo y destructivo, el imaginario capitalista, del cual hemos hablado anteriormente. Sin embargo, la heteronomia propia de nuestro tiempo tiene otros aspectos mucho más misteriosos de los que conviene hablar. Como decía Castoriadis, "confusión, ilusiones y mistificaciones renacen constantemente de sus cenizas" (C, 1976, p.76).

La ausencia de significación social e individual va convirtiendo a Occidente en un espacio público vacío, sin un sentido visible. Esa incapacidad de ofrecer algo, de generar representaciones colectivas creativas, no afecta únicamente al interior de Occidente (con su relativamente alto bienestar y sus formas autoconcebidas como democráticas) sino al conjunto del sistema-mundo. Ese es el marco estricto en donde deben comprenderse fenómenos como el ascenso de los integrismos religiosos y el rebrotar de los nacionalismos.

Pongamos un único ejemplo que debería ser fuente de una intensa reflexión. Woytila, el sumo pontífice del renacer del fundamentalismo católico, ha convertido sus viajes en medio de expresión de grandes movimientos de masas, de grandes movilizaciones sociales, que han pasado aparentemente desapercibidos a una izquierda mundial que no comprende ni la naturaleza ni el peligro de

«A partir de 1989 Castoriadis expresó su preocupación cada vez mayor por la que entendía como "conformismo generalizado". (...) Frente a ello, como él decía, de lo que se trata es de abrir los ojos y saber que para vivir hay que dar un sentido a la vida individual y colectiva. En resumen, que "el hecho de que yo luche es lo que tiene sentido, no el hecho de que de aquí a dos siglos exista una sociedad perfecta"»

esa capacidad movilizadora. En particular, la izquierda no comprende que la estrategia de Woytila es una *estrategia de futuro* que tiene dos elementos esenciales: la reconstrucción del poder institucional de la Iglesia Católica y el control parcial de instrumentos esenciales de la influencia social, fundamentalmente la educación y los medios de comunicación[16].

El final del siglo veinte debe ser, pues, entendido no sólo como una época de dominio del imaginario capitalista, sino también de persistencia y avance de viejas creencias heteronómicas. El "sorprendente" rebrote del poder religioso bajo la bandera fundamentalista del catolicismo de Woytila, que mencionamos en párrafos anteriores, o la pujanza de los diversos integrismos islámicos constituye uno de los aspectos a examinar. La latencia nacionalista, la presencia de reductos mentales del fascismo y del estalinismo, el retorno del racismo, etc., son otros tantos ejemplos de esos rebrotes.

Alberto Savinio afirmaba que "la tragedia del mundo tiene por causa la abundancia de cosas que han perdido todo su sentido y que sin embargo creen aún poseerlo", ya que "el mundo está plagado actualmente de supervivencias que lo intoxican y que paralizan su funcionamiento", es decir, "de formas de pensamiento y de arte, de creencias y de ideas que hoy no son sino otros tantos «cadáveres enmascarados», pero llenos de activísimos gérmenes patógenos muy dañinos para la salud de la humanidad" (Savinio, 1983, p.24).

En defensa de la acción humana

Castoriadis no deja tanto un "corpus" teórico como un intento de iluminar (hasta donde podamos y ello sea posible) las zonas oscuras de nuestro ser social. Como seres irrepetibles (y destinados a dejar de ser) nos convoca a mirar de frente esa realidad personal y colectiva que nos construye y nos destruye. Nos dice que la libertad humana exige ser conscientes de nuestro ser y de nuestra responsabilidad como miembros de una sociedad. Esa es la esencia de su filosofía militante.

En 1967, con motivo de la disolución del grupo *Socialismo o barbarie*, destacó que "sólo será posible un nuevo movimiento revolucionario cuando una reconstrucción ideológica radical se encuentre con un movimiento social real" (C. 1976). Castoriadis confiaba en una acción colectiva lúcida y que, para serlo, debe siempre tener presente el horizonte de la globalidad.

Sólo nos queda añadir, como él mismo decía, que, en cualquier caso, de lo que se trata es de abrir los ojos y saber que para vivir hay que dar un sentido a la vida individual y colectiva. En resumen, que "el hecho de que yo luche es lo que tiene sentido, no el hecho de que de aquí a dos siglos exista una sociedad perfecta" (C.1994).

(Este artículo ha sido publicado en el nº 48 de la revista "Iniciativa Socialista)"

Cornelius Castoriadis (1922-1997): la interrogación permanente

NOTAS

1.- La experiencia totalitaria del estalinismo constituye la fuerza motriz de desarrollo del pensamiento crítico de Castoriadis. Así, pronto va a superar el concepto troskista de "estado obrero degenerado" o "deformado" calificando al régimen ruso como capitalismo burocrático. Desde 1946 niega cualquier relación entre el estalinismo y el socialismo.
Ese cambio de foco es esencial. Frente al troskismo (la tradición a partir de la cual inicia su reflexión) no va a mirar lo que separa al régimen ruso del capitalismo, sino lo que les une, y ese núcleo común de significaciones y valores le llevarán a sostener que el sistema estalinista, por su sentido de la jerarquía y su seudoracionalidad economicista, por su radical heteronomia y por su negación de la gestión obrera, pertenece al universo del capitalismo.
Sobre el sistema burocrático algunos de sus trabajo más representativos a lo largo de cinco décadas son: "Las relaciones de producción en Rusia"-1949- "La explotación del campesinado bajo el capitalismo burocrático"-1949- y "La revolución proletaria contra la burocracia" -1956- (incluidos en Castoriadis, 1976); "El papel de la ideología bolchevique en el nacimiento de la burocracia" -1964 (1979); "El régimen social de Rusia" -1978- y "El destino de los totalitarismos" -1983- (1988); en 1981 el libro Ante la guerra (1986) y "Marxismo-léninisme:: la pulvérisation" -1990- (1996), que se publicará en el próximo número de Iniciativa Socialista.

2.- La tendencia tenía como principales señas de identidad el rechazo de la defensa de la URSS, la consideración de que el estalinismo representaba un nuevo sistema histórico de explotación, la defensa de la gestión obrera frente a la burocracia y la consideración de que una nueva guerra mundial era inminente.

3.- La simultánea profundización en la naturaleza del capitalismo y del estalinismo, llevan a Castoriadis progresivamente a una deconstrucción sustancial del marxismo heredado, aunque fuera consciente de los vínculos de su pensamiento con la obra de Marx. La ruptura formal con el marxismo se produce en su ensayo "Marxismo y teoría revolucionaria" (incluido en C, 1983). Resumiendo, rechaza la concepción materialista de la porque esa doctrina:
"—hace del desarrollo de la técnica el motor de la historia en último análisis y le atribuye una evolución autónoma y una significación cerrada y bien definida;
— intenta someter el conjunto de la historia a categorías que no tienen sentido más que para sociedad capitalista desarrollada y cuya aplicación a formas precedentes de la vida social plantea más problemas de los que resuelve;
— está basada sobre el postulado de una naturaleza humana esencialmente inalterable, cuya motivación predominante sería la motivación económica" (C, 1983, p.50).
Para Castoriadis la necesidad de superar el marco intelectual del marxismo se concentra en la incompatibilidad entre dos modos irreductibles de explicación histórica, entre el determinismo económico, y su mito técnico sobre el desarrollo de las fuerzas productivas, y la lucha de clases. En esa lógica de superación del marxismo parece esencial la sustitución del concepto de explotación por el de dominación (C, 1979), que comprende todas las formas de poder sobre los seres humanos.

4.- Sue estilo ha sido calificado como denso, lo cual es indudablemente cierto; también, como recurrente y reiterativo. En cuanto a su recurrencia, ésta nunca es circular sino más bien espiral y piramidal, retomando una misma problemática desde distintas perspectivas. Lo que predomina en sus escritos es una gran fuerza expresiva y una permanente búsqueda de la lucidez, incluyendo ocasionales excesos de énfasis.

5.- Además de la obra citada, son textos relevantes sobre la imaginación, entre otros, sus trabajos "El descubrimiento de la imaginación" (C, 1988) y "Imagination, imaginaire, reflexión" (en C, 1997).

6.- "Aristóteles veía que la posibilidad que tiene el alma de pensar y, por lo tanto, de diferenciar también lo sensible y lo inteligible descansa sobre algo que no es verdaderamente sensible, ni verdaderamente inteligible; y que la posibilidad que tiene el pensamiento de distinguir lo verdadero y lo falso —y, detrás de éstos,el ser y el no ser— descansa sobre algo que no se sujeta a las determinaciones de lo verdadero y de lo falso y que, en su modo

de ser así como en el modo de ser de sus obras —los phantasmata— no tiene lugar en las regiones del ser tales com o parecen seguramente establecidas" (C, 1988, p.175)

La limitación de Aristóteles es que no podía reconocer en la imaginación, como tampoco Kant, una fuente de creación. "Un reconocimiento pleno de la imaginación radical sólo es posible si va acompañado por el descubrimiento de la otra dimensión de lo imaginario radical, la imaginación histórico-social, la sociedad instituyente como fuente de creación ontológica que se despliega como historia" (C, 1988, p.175)

7.- Según Castoriadis la institución es una red simbólica, socialmente sancionada, en la que se combinan, en proporción y relación variables, un componente funcional y un componente imaginario. El elemento imaginario de una sociedad o de una época es lo que "da a la funcionalidad de cada sistema institucional su orientación específica, que sobredetermina la elección y las conexiones de las redes simbólicas, su manera singular de vivir, de ver y de hacer su propia existencia, su mundo y sus propias relaciones; este estructurante originario, este significado-significante central, fuente de lo que se da cada vez como sentido indiscutible e indiscutido, soporte de las articulaciones y de las distinciones de lo que importa y de lo que no importa, origen del exceso de ser de los objetos de inversión práctica, afectiva e intelectual, individuales y colectivos" (C, 1983, p.252).

8.- Castoriadis llama praxis a ese hacer en el cual el otro, o los otros, son considerados como seres autónomos y como agentes del desarrollo de su propia autonomía (C, 1983, p.129).

9.- El papel de la religión en la conformación de la mayor parte de las sociedades heterónomas ha sido decisivo. La institución heterónoma de la sociedad y la religión aspiran a lo mismo, a dar una significación (la misma) al ser, al mundo y a la sociedad; ambas deben encubrir el caos, suministrando un simulacro, una imagen de él: "lo que pudo llamarse necesidad de la religión corresponde a esa negativa de los seres humanos a reconocer la alteridad absoluta, el límite de toda significación establecida, el envés inaccesible que se constituye en todo lugar al que se llega, la muerte que mora en toda vida, el absurdo que rodea y penetra todo sentido" (C, 1988, p.187).

10.- El proyecto no procede de un sujeto ni de una categoría definible de sujetos, su portador nominativo siempre es sólo soporte transitorio; no es sólo encadenamiento técnico de medios que sirven a fines racionalmente definidos de una vez para siempre, ni estrategia basada en saber establecido y situada en condiciones «objetivas» y «subjetivas» dadas, sino engendramiento abierto de significaciones orientadas hacia una transformación radical del mundo social-histórico, establecidas y sostenidas por una actividad que modifica las condiciones en que se desenvuelve, los objetivos que se erige y los agentes que la realizan, y unificadas por la idea de autonomía del hombre y de la sociedad" (C, 1979).

11.- Aunque por cierto, convine apreciar que Sorel, con su teoría del mito, anticipó notablemente aspectos que desarrollarían y en los que profundizarían los filósofos del lenguaje y el mismo Castoriadis.

12.- "Lo que llamamos elucidación es el trabajo por el cual los hombres intentan pensar lo que hacen y saber lo que piensan" (C, 1983, p,11)

13.- "La esperanza es esa suposición ontológica, cosmológica y ética según la cual el mundo no es simplemente algo que está fuera del individuo, sino un cosmos en el sentido propio y arcaico del término, es decir, un orden total que nos incluye a nosotros mismos, que incluye nuestras aspiraciones y nuestros esfuerzos como sus elementos centrales y orgánicos" (C, 1988, p.114).

14.- Mi desconfianza respecto al abuso de ese término se debe a que tiende a ocultar las enormes posibilidades de acción humana autónoma y liberadora que son posibles en la coyuntura histórica posterior a 1989, como ya he señalado en alguna otra ocasión (Vera, 1997).

15.- Véase "La crise des societés occidentales", "Le dèlabrement de l'Occident" y "La montée de l'insignifiance" (C, 1996a).

16.- Sus bases ideológicas ya han sido elucidadas reiteradamente: una crítica antimoderna del capitalismo (Flores D'Arcais, 1994). Por ello, la aireada autocrítica de "los errores" (crímenes) del pasado se hace desde la misma estructura mental que los hizo posibles en su momento y que, por tanto, podría en las condiciones adecuadas reproducirlas en una nueva dimensión.

Cornelius Castoriadis (1922-1997): la interrogación permanente

REFERENCIAS

- Bobio, N. (1995); *Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus.
- Camus, A. (1996a); *Crónicas 1948-1953*, en Obras, volumen 3, Madrid, Alianza.
- Camus, A. (1996b); *El hombre rebelde*, en Obras, volumen 3, Alianza.
- Castoriadis, C. (1976); *La sociedad burocrática, vol.1: Las relaciones de producción en Rusia; vol.2: La revolución contra la burocracia*, Barcelona, Tusquets.
- Castoriadis, C. (1979); *La experiencia del movimiento obrero, volumen 1: Cómo luchar; volumen 2: Proletariado y organización*, Barcelona, Tusquets.
- Castoriadis, C. (1983, 1989); *La institución imaginaria de la sociedad, volumen 1: Marxismo y teoría revolucionaria; volumen 2: El imaginario social y la institución*, Barcelona, Tusquets.
- Castoriadis, C. (1986); *Ante la guerra*. Las realidades, Barcelona Tusquets.
- Castoriadis, C. (1988); *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa.
- Castoriadis, C. (19909; "Poder, política, autonomía", *Archipiélago* nº4.
- Castoriadis, C. (1994); "Una sociedad a la deriva", *Archipiélago* nº 17.
- Castoriadis, C. (1996a); *La montée de l'insignifiance. Les carrefours du laberynthe IV*, Paris, Seuil [edición española en Cátedra, Colección Frónesis, Madrid, 1998, traducción de Vicente Gómez].
- Castoriadis, C. (1996b); "La democracia como procedimiento y como régimen", *Iniciativa socialista* nº 38.
- Castoriadis, C. (1997); *Fait et á faire. Les carrefours du laberynthe V*, Paris, Seuil.
- Flores D'Arcais, P. (1994); *El desafío integrista*, Barcelona, Anagrama.
- Lakoff G. y Johnson, M. (1991); *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- Polanyi, K. (1989); *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta.
- Ramonet, I. (1995) "La pensée unique", *Le Monde Diplomatique*, enero.
- Savinio, A. (1983); Maupassant y el otro, Barcelona, Bruguera.
- Sorel, J. (1934); *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Francisco Beltrán (2ª ed. ampliada).
- Vera, J.M. (1997a); "En la izquierda", *Iniciativa Socialista* nº 45, junio.
- Vera, J,M. (1997b); "Utopía y pensamiento disutópico", "Izquierda y totalitarismos"; textos incluidos en *La izquierda a la intemperie*, Madrid, Libros de la catarata nº 63.

JUAN MANUEL VERA es miembro del Consejo Editorial de *"Iniciativa Socialista"*.

Moneda única, política y sociedad

El pasado mes de mayo la Unión Europea estableció los países que cumplían las requisitos establecidos para acceder a la Moneda Única. Este texto analiza las circunstancias y consecuencias de todo el proceso.

El largo proceso de construcción europea

Tras la Segunda Guerra Mundial se inició una convergencia entre los países más poderosos de Europa, con un doble objetivo. En primer lugar, se buscaba un proyecto político común que comprometiera a Francia y Alemania, las dos potencias cuya rivalidad había producido dos guerras con 80 millones de muertos en menos de 40 años. En segundo lugar, crear un espacio económico superior al de cada Estado, que mejorase la competitividad Europea en un Mundo bipolar y cambiante por la descolonización acelerada y la emergencia de EE.UU. como nueva potencia económica occidental.

También se trataba de colonizar el propio espacio interior eliminando los obstáculos que frenaban el impulso de la producción y distribución a gran escala.

El largo y complejo camino recorrido, tiene como momentos más representativos la constitución de la Europa de los 6 (Benelux, Italia, Francia y Alemania) mediante el Tratado de Roma de 1957, el Acta Unica Europea que en 1986 establece como objetivo el Mercado Unico y el Tratado de la Unión Europea, o Tratado de Maastricht, que en 1992 pone en marcha el proceso de la Moneda Unica como verdadero cemento unificador de Europa. En él se fijan unas condiciones de convergencia que no hablan de Bienestar Social, ni siquiera de convergencia Económica, sino exclusivamente de Estabilidad Monetaria.

En estos 40 años, los países miembros han pasado de 6 a

«La unificación de 'la política' a favor de la Moneda Unica impide que las protestas apunten contra el proceso general, sitúa en la marginalidad cualquier discrepancia y reduce las reclamaciones a aspectos parciales»

Moneda única, política y sociedad

15, incorporándose el Estado Español en 1986. Los cambios en el escenario político, económico y social han sido profundos. Se ha pasado del crecimiento sostenido de los 50 y 60 y el aumento de la inflacción y el desempleo de los 70, a las políticas monetarias de los 80 y 90, que han cronificado el paro y multiplicado la precariedad, aunque han contenido la inflación. Al final de este período, se han desplomado las economías planificadas del Este de Europa.

La salud del capitalismo, en un proceso de Globalización galopante, contrasta con el crecimiento de la pobreza y la desigualdad. A pesar de ello, el acuerdo político generalizado de los años 50 y 60 acerca del capitalismo regulado, se ha trocado en acuerdo, también casi general, en torno al capitalismo neoliberal.

La Cumbre de Amsterdam de Junio de 1997, no solo ratificó los plazos y condiciones de la Moneda Unica, sino que ha sido incapaz de resolver ninguno de los problemas políticos e institucionales de la Unión Europea, tanto en el orden interno como en el de sus relaciones exteriores.

Las victorias Laborista en Gran Bretaña y de la coalición de Izquierda-Verdes en Francia, ha propiciado el debate sobre los 18 millones de personas que están paradas en los países de la U.E. Para debatir este problema se celebró la Cumbre sobre el Empleo de Luxemburgo, en Noviembre de 1997. De ella salió lo único que puede salir en un proceso donde el único sujeto es el Capital: Contra el paro masivo, precariedad masiva y reducción de los subsidios que preservan a los parados de trabajar según las leyes de Mercado.

La recta final del euro

El primer fin de semana de Mayo del presente año, se hará la criba de los países que accederán a la Moneda Unica. El Estado Español estará, sin duda, entre los "afortunados". A partir de aquí, las duras políticas monetarias que se han aplicado para cumplir las condiciones del Tratado de Maastricht, se intensificarán para sostener dicho cumplimiento.

Tras Enero de 1999, las paridades de las monedas europeas integradas en el proceso serán fijas. Con ello, los ajustes de competitividad recaerán casi en exclusiva sobre los salarios directos e indirectos.

El Déficit Público deberá mantenerse por debajo del 3% del PIB aunque en el caso de España la tasa de paro doble la media europea y el "invierno demográfico" genere un número creciente de pensionistas y jubilados. El Plan de Estabilidad, incorporado a la legalidad del Tratado de la Unión Europea, prevee multas del 0,2% del PIB a los países que superen el límite de Déficit Público y de un 0,1% más, por cada punto que dicho incumplimiento exceda de dicho límite. Estamos ante una discriminación negativa hacia los países más débiles.

Dado que el aumento de la presión fiscal y la lucha contra el fraude se desestiman porque pueden retraer la inversión de Capital, el control del Déficit Público, conduce inexorablemente al ahorro en gastos de protección social. Es decir, la homogeneidad monetaria que requiere la permanencia en el Euro, tiene como condición la degradación social.

Para preparar este horizonte de renovadas penurias para los de abajo, el régimen ha puesto en marcha una descomunal campaña "informativa". El Euro se presenta como la llave para un crecimiento de la Economía a través del comercio y la inversión. Se explican los billetes y las monedas y su relación con la peseta, las ventajas de eliminar los cambios de moneda en los viajes al extranjero, las facilidades bancarias y la protección de los consumidores, etc.

La campaña dá por hecho, no solo que tendremos Euro, cosa

que parece cierta, sino también que será positivo para la gente, lo que es más discutible. Sin embargo, cualquier debate de fondo sobre la conveniencia o las desventajas de adoptar la Moneda Unica, ni se plantea. Es curiosa la unanimidad de la opinión publicada, con los estamentos políticos y económicos, sobre un acontecimiento que, a pesar de su importancia, no ha sido objeto de consulta popular alguna, y que en las encuestas, no cuenta con la mayoría de opiniones a favor.

Más bien, estamos ante lo que ya se anunció por parte de las autoridades de la Unión Europea. A la vista del distanciamiento de la opinión pública ante el Tratado de Maastricht, se vió la necesidad de "acercar" a la opinión pública los siguientes pasos de la Unión Económica y Monetaria. Dicho de otra manera, desplegar enormes campañas de adoctrinamiento para ocultar la relación entre la Construcción Europea y las dinámicas lesivas que genera dicha construcción..

Esta unificación de "la política" a favor de la Moneda Unica, impide que las protestas apunten contra el proceso en general, sitúa en la marginalidad cualquier discrepancia y reduce las reclamaciones a aspectos parciales, como la crítica sobre lo mal que se negoció tal o cual aspecto, pedir más subvenciones o la necesidad de que se construya una Europa más "social" o más "ecológica".

La crisis de lo social

En la economía globalizada, la competitividad exige el máximo de producción con el mínimo coste de trabajo humano. No hay empleo para quienes lo necesitan para sobrevivir, sino exclusivamente, para el número de personas necesario para producir plusvalor.

La Economía de Mercado no persigue la satisfacción de las necesidades sociales, sino el intercambio rentable como un fin en sí mismo. La producción capitalista no está sujeta a fines sociales. El producto por excelencia de la Economía de Mercado es el beneficio del Capital.

«Aceptar la Moneda Unica y reclamar a un tiempo una Europa social y respetuosa con el medio ambiente es pedir la cuadratura del círculo. Defender la competitividad, al tiempo que se defiende el pleno empleo y la tutela del Estado sobre los derechos sociales, supone unificar propuestas contradictorias»

Las personas solo cuentan como productores de plusvalor o como consumidores de mercancías. El auténtico sujeto de derechos no es la sociedad, ni los individuos, sino el Capital.

Millones de asalariados estables pisan el freno de la globalización al defender sus puestos de trabajo de los ajustes competitivos y al tiempo pisan el acelerador de la misma globalización al colocar sus ahorros en fondos de Inversión y comprar en las grandes superficies.

Aceptar la Moneda Unica y reclamar a un tiempo una Europa social y respetuosa con el medio ambiente, es lo mismo que pedir la cuadratura del círculo. Defender la competitividad, al tiempo que se defiende el pleno empleo y la tutela del Estado sobre los derechos sociales, supone unificar propuestas contradictorias.

Los beneficios del Capital globalizado crecen simétricamente a la degradación social, y no pasa nada. Ante esta falta de respuesta, el poder económico se crece y sus propuestas son cada vez más agresivas y osadas. Se debilitan las instituciones sociales del Estado para traer a la esfera de los negocios privados la protección social. Se flexibilizan las condiciones de trabajo para que las personas nos comportemos como mercancías, adaptables a las inestabilidades del Mercado.

El poder ya ni siquiera promete nada. Hay que obedecer porque sí. Los sacrificios para llegar a la Moneda Unica no han sido nada para los que nos esperan, una vez dentro, para no ser expulsados. No hay propuestas políticas positivas, de agarrar los problemas y solucionarlos entre todos. Solo el cumplimiento de las condiciones macroeconómicas, las amenazas, el miedo.

Cuando la estabilidad monetaria es lo principal, podremos hablar de orden en la medida,

Moneda única, política y sociedad

en que el cálculo sea posible en términos de dinero. La racionalidad depende de la estabilidad de los índices monetarios (inflación, tipos de interés, paridad de las monedas). El orden social no depende de la voluntad de las personas sino del dinero. Los individuos no somos sociables, lo que es sociable es el dinero, el Capital.

Los derechos sociales solo se respetarán si coinciden con las expectativas de los dueños del dinero. Sin embargo, esa coincidencia, no se produce para amplios sectores de la población. El desempleo masivo y permanente y el aumento de la desigualdad social así lo atestiguan.

Se produce así una ruptura entre el ORDEN formal basado en el dinero y el ORDEN material basado en las personas. En la sociedad, la crisis no es la crisis de la gente sino el descontrol de las magnitudes monetarias. Este es el significado de considerar que "estamos en el momento de mayor estabilidad económica de los últimos 40 años", cuando siete millones de trabajadores en el Estado Español hombres y mujeres, están parados, eventuales o subempleados.

Se ha roto el momentáneo espejismo que conexionaba beneficio privado y bienestar social. Volvemos a la normalidad del capitalismo. La Moneda Unica se impone aunque tenga como condición el paro y precariedad irreversibles y la pérdida de la protección social. Ahora, el pleno empleo y la estabilidad social ya no son la condición para el crecimiento económico, sino un obstáculo para el mismo.

La única posibilidad de reducir el paro en un futuro (no de eliminarlo), pasa por garantizar las condiciones que hagan segura la inversión de Capital. A partir de aquí, la culpa del paro y la pobreza será exclusivamente de quienes obstaculizan el funcionamiento del Mercado y las condiciones del beneficio capitalista. A saber, los trabajadores que se niegan a ser flexibilizados y los parados con subsidio que se niegan a aceptar las draconianas condiciones que fija el Mercado de Trabajo.

Lo progresista y lo solidario, es favorecer la secuencia que tiene su origen en las expectativas de beneficio que, a través de la inversión y el crecimiento de la economía, creará puestos de trabajo (solidaridad activa). Lo anacrónico, es el egoísmo de los trabajadores estables en la defensa de sus "tremendos" privilegios y la solidaridad (pasiva) de garantizar protección a los expulsados, o no admitidos por el Mercado de Trabajo.

La secuencia Beneficio-Inversión-Crecimiento-Empleo, es la base del fundamentalismo liberal. Pero, a pesar de la libertad de movimientos del Capital y de la consideración del empresario como una especie a proteger, la Economía de Mercado no es capaz de evitar que haya mil millones de muertos de hambre en el mundo, ni de dar una mínima seguridad a exten-

«La Moneda Unica se impone aunque tenga como condición el paro y precariedad irreversibles y la pérdida de la protección social. Ahora, el pleno empleo y la estabilidad social ya no son la condición para el crecimiento económico, sino un obstáculo para el mismo»

«Cuando lo social se constituye desde la centralidad de lo económico, el dinero se transforma en la fuerza principal de la síntesis social. La mercantilización creciente de las relaciones sociales acentúa la función del dinero como equivalente general. Este proceso no solo determina la constitución de lo social, sino también de lo cultural, del pensamiento y del deseo»

sos sectores sociales de los mismos países ricos.

Toda la sociedad se sujeta a esta "verdad" que se presenta como científica y sin embargo, no resiste la prueba de la realidad. Más bien se tata de un veredicto, de una "verdad dictada" por el poder, que prospera en el vacío que deja la ausencia de una crítica, práctica y teórica. Una crítica que ponga de manifiesto las falacias de la Economía de Mercado e impida su despliegue en la sociedad.

La crisis de lo político

La Unificación Europea se establece a partir del hecho económico. Hablar de Europa es, sobre todo, hablar de Mercado Unico y de la condición para su pleno funcionamiento, la Moneda Unica.

Las instituciones políticas tienen un papel subalterno. Los arts. 105, 109a y el Protocolo 3 del Tratado de la Unión, constituyen al Banco Central Europeo en el guardián de la estabilidad monetaria, al margen de cualquier interferencia política. Este orden jerárquico expresa la subordinación de la Política a la Economía, que se configura como la base de la vida social. La política no es lo que funda el orden social, lo que establece los fines, sino unicamente, una técnica para administrar un orden cuyo fundamento es la lógica económica.

La sociedad regida por la Economía, parte del individuo libre. Sin embargo, esa libertad solo es posible dentro de las leyes del Mercado. La centralidad del individuo conlleva, paradójicamente, la exclusión de muchos y la impotencia del resto para remediar dicha exclusión.

La política depende de la voluntad de la gente, pero debe adaptarse a un orden de relaciones sociales previamente determinado por la Economía. De esta manera, la constitución de la sociedad aparece dividida en dos planos. Uno de ellos, el de la economía, que como principio de realidad contiene los límites y otro, el de las opiniones políticas que, para ser viables, necesitan adaptarse al principio de realidad económica.

La Europa de la Moneda Unica es, sobre todo, un mecanismo de globalización del Capital. Cuanto más se acrecienta el volumen y la escala del Capital, más aumenta la supremacía de éste sobre las personas y sobre las instituciones políticas.

La Europa de Maastricht y la Moneda Unica no es el origen de esta lógica, pero sí un impulso a la misma. También sirve de coartada para legitimar las políticas liberales ante los sectores sociales perjudicados. Los gobiernos, prisioneros voluntarios de esta lógica, no sólo no defienden los derechos sociales consagrados en la constitución, la soberanía alimentaria y el medio ambiente, sino que, al impulsar activamente la globalización del Capital, colaboran en su permanente violación.

Cuando lo social se constituye desde la centralidad de lo económico, el dinero se transforma en la fuerza principal de la síntesis social. La Mercantilización creciente de las relaciones sociales, acentúa la función del dinero como equivalente general. Este proceso, no solo determina la constitución de lo social, sino también, de lo cultural, del pensamiento y del deseo.

Para que funcione este proceso, el Capital necesita un alto grado de concentración y de abstracción. Esta abstracción, no le convierte en algo ideal sino, por el contrario, muy real. Al igual que Dios, cuyo origen está en el pensamiento humano, se presenta a su vez como creador de lo humano, el Capital, producto del trabajo parece ser el creador del trabajo.

La creación humana llega a absorber la fuerza de sus creadores y al hacerse autónoma de estos, llega a condicionar su

Moneda única, política y sociedad

vida. De ahí la expresión falaz, y comúnmente aceptada, "los empresarios (el Capital), crean puestos de trabajo", cuando en realidad, es precisamente al revés, es el Trabajo el creador del Capital, son los trabajadores los que crean puestos de empresario.

La abstracción del Capital tiene su fuerza en negar la vida que no reconoce. La fuerza constructiva, y destructiva, del Capital, es la furia de la abstracción real que le constituye. Esta fuerza tiene su origen en la producción y su condición en el intercambio. Su furia es mayor cuanto mayor es la escala de dicho intercambio.

La Globalización Económica y su versión Europea, la Moneda Unica, expresa la unificación del Capital en una escala casi continental. Desaparecen los límites de los Estados Nación sin que aparezca cualquier otro límite para su despliegue.

Se produce así un aumento de su fuerza cada vez más incontrolable, y más capaz de apartar, tapar o destruir, todo aquello que no le sirva para su reproducción ampliada. Coloniza al poder político y mediático y aumenta su capacidad para penetrar en los intersticios sociales y en las voluntades, impregnándolo todo de la lógica del beneficio privado. Es la culminación de la Historia. Un tiempo vacio donde todos seremos funcionarios del Capital y donde no caben más deseos que el consumo. una servidumbre voluntaria. un infierno a la medida de nuestros deseos.

Sin embargo, el deterioro social y medioambiental son el producto necesario de una enloquecida carrera hacia adelante del capital. la persistencia del paro, y la desigualdad aunque lamentables, les confiere la apariencia de inevitables. Los sentimientos son impotentes para conjurar tanto sufrimiento, solo cabe confiar en las leyes del mercado. la política realmente existente, rigurosamente separada de la vida cotidiana, es cómplice necesaria de este orden que se presenta como natural.

En el fascismo, la vida social estaba determinada por un poder externo y totalitario. en la europa de maastricht, la libertad se presenta como el cumplimiento de un destino inscrito en las leyes del mercado y la estabilidad monetaria.

Llamar fascismo al régimen de la moneda unica, es una inexactitud histórica porque el fascismo se construía contra la democracia y tenía como condición el aniquilamiento de las organizaciones de izquierda. Por el contrario, el orden actual se construye en nombre de la democracia y con el apoyo de las organizaciones de izquierda.

Sin embargo, en el fascismo la lucha de clases era condenada como disolvente del orden político e impedida por la brigada político-social y hoy, la lucha de clases es también condenada como atentatoria del orden económico e inviable por la modernización de la izquierda.

La oposición necesaria

La Europa de la Moneda Unica aparece como un hecho natural e inevitable y sus numerosos apologistas como respetables portadores de la verdad. Todo marcha mientas los peces grandes, cada vez más grandes, se comen a los más pequeños y estos, no solo se dejan comer, sino que se comportan "racionalmente", es decir, se comen entre sí para intentar la quimera de salvarse haciéndose grandes.

En un contexto de paz social y comportamientos "racionales", es decir, de dominio del Capital y aumento de la lucha entre los pobres, cualquier individuo o grupo que se oponga a la Moneda Unica, aparece como irracional y patológico. Su comportamiento solo puede ser objeto de ninguneo y ridiculización. Pero si insiste, e incluso intenta

pasar a la acción, lo que se impone es el linchamiento público a cuenta de los espadachines a sueldo de los "Mass Media". Y si llega el caso, la represión directa. Eso sí, represión democrática. Porque las medidas tienen en el fondo un carácter terapéutico y solo buscan la defensa de la democracia, que se identifica con la Moneda Unica.

La enorme dificultad para abordar una crítica sin concesiones en una situación tan monolítica, debe ser leída al revés por quienes aún quieren luchar contra ella. La voluntad puede convertir la ausencia en necesidad y la necesidad en posibilidad y en potencia. Es el vacío de crítica y la invisibilidad de lo excluido lo que explica el impetuoso despliegue del totalitarismo.

Es necesario llevar al límite la ruptura con la noción del interés privado como motor de la sociabilidad, del Mercado como una relación "natural" y del Estado como unica forma política representativa.

La fuerza del dinero está en su abstracción, pero sobre todo en el hecho de ser aceptado como organizador de la vida social. Su debilidad es que la abstracción puede ser reconocida como tal y esto haría imposible su fuerza. Lo que la abstracción deja aparte, lo que subyuga, puede volverse contra ella.

La crítica no solo debe basar su fuerza en el análisis de los mecanismos que constituyen la realidad social sino, también, en la irrupción de lo excluido como negación del orden excluyente. La exclusión debe ser considerada, no como lo que debe volver a la inclusión, no como un peligro para la Democracia de Mercado, sino como potencia constituyente que impida el funcionamiento del Capital como sujeto.

Una negación radical de la miseria física y moral que originan el paro y la exclusión social, requiere también la negación de una "inclusión" donde la vida gira en torno a un trabajo cuya única finalidad es la de engordar al Capital.

«La Globalización Económica coloniza al poder político y mediático, impregnándolo todo de la lógica del beneficio privado. Es la culminación de la Historia. Un tiempo vacío donde todos seremos funcionarios del Capital y donde no caben más deseos que el consumo. Una servidumbre voluntaria. Un infierno a la medida de nuestros deseos»

El descompromiso político y el autismo social son formas de exclusión aunque se tenga un empleo. No solo somos un estómago. La naturaleza humana se constituye por el lenguaje, que viene dado por la vida social y la actividad política. O todos/as o ninguno/a. Sin contar con los otros activamente, la naturaleza humana está en entredicho.

Las propuestas para combatir el paro y la desigualdad, ofrecen un doble carácter. Pretenden mejorar la condición de los perjudicados, pero se presentan como compatibles con el orden de relaciones sociales que origina paro y desigualdad.

Cuando se admite que la competitividad es la única racionalidad posible, se admite también que dicha competitividad está más allá de las opiniones políticas. La defensa de la competitividad es un terreno en el que se disuelven las diferencias políticas. La distinción entre las propuestas de Izquierda y de Derecha, se produce en zonas externas a la consideración de la Economía como principio de realidad.

Para salir de este atolladero es necesario concentrar la crítica no solamente en las consecuencias sociales de la lógica mercantil, sino también en el hecho de que dicha lógica ordene la sociedad.

La intervención del Estado en el ciclo económico intenta corregir las disfunciones económicas y sociales que produce el mercado, pero no le niega su facultad de constituirse en el unico principio de realidad.

Tanto el capitalismo liberal como el capitalismo regulado aceptan el Mercado como un hecho natural. Participan de la noción de la Economía Clásica que propugna un orden social basado, no en la política, sino en la administración del principio de realidad fundado en la Economía. Esto supone la visión de la política como una técnica neutral, al margen de las relaciones de poder.

El Estado de Bienestar no persigue la eliminación de la pobreza y la desigualdad sino el auxilio de los más débiles. Impulsa la retroalimentación entre la lógica del Mercado y la corrección de sus disfunciones. Compagina Democracia y Mercado.

Los neoliberales confían al Mercado la solución del paro y la exclusión social. Los Keynesianos a la Política. Pero ambos aceptan al Mercado como principio constituyente de las relaciones sociales.

Si concentramos la luz en el distinto tratamiento que Keynesianos y Liberales dan a las consecuencias del funcionamiento del Mercado, dejaremos en la sombra su coincidencia en aceptar un orden social sustentado en la lógica del Mercado y la centralidad de la Economía.

La Política así, no es más que la administración de las cosas en un orden determinado previamente por la economía. La Política no se coloca al principio de la relaciones sociales, sino al final.

La separación entre el plano de la Economía como principio de realidad y la Política como una técnica para administrar, desde aparatos separados de la sociedad, una realidad determinada por la Economía, contribuye a la apariencia de un mundo inmodificable y por lo tanto, al desaliento.

Poner estos problemas sobre la mesa a la hora de analizar la Moneda Unica, puede suponer un camino del desierto para quienes lo hagan. Pero en todo caso, un camino necesario. Aunque no suficiente.

CAES (Madrid)

La crisis económica en Asia

La revuelta social que ha vivido Indonesia en las pasadas semanas y que ha tenido por consecuencia la dimisión del presidente Suharto, se encaja dentro de una lógica socioeconómica y política común a los llamados "tigres" y "dragones" asiáticos. Estas páginas, redactadas en los primeros días de la revuelta indonesia, explican las razones de lo ocurrido allí y de lo que puede acabar pasando en el resto de países del Sudeste asiático.

El "modelo asiático" de desarrollo

En 1950, la producción de los países occidentales acaparaba un 56 por ciento de la renta mundial, para sólo un 17 por ciento de la población; en aquel momento, Asia tenía el 66 % de la población mundial, pero sólo un 19% de la renta. En 1992, el porcentaje asiático de la renta mundial era ya del 33%, mientras que el de occidente se había reducido al 45% (con un 13% de la población).

Las economías asiáticas han crecido, desde 1980 a un ritmo dos veces más rápido que la media mundial, en cierta medida en contradicción con las llamadas "teorías de la dependencia", según las cuales el bienestar de las economías occidentales se sustentaba gracias a la perpetuación del subdesarrollo en otros países.

Los países asiáticos (Corea, Taiwan, Hong Kong y Singapur, en un primer momento; Indonesia, Malasia, Tailandia, China y Filipinas, más tarde) han aprovechado su ventaja comparativa en industrias intensivas en mano de obra poco cualificada, comenzando por el sector textil y pasando luego a competir en sectores que exigían mayor cualificación (electrónica).

El paradigma que mejor explica el desarrollo en Asia es el modelo denominado de los "gansos en vuelo", según el cual los países alcanzan estadios tecnológicos superiores subiendo por la misma escalera que los países más avanzados. De esa forma, las economías con mayor mano de obra disponible y poco costosa, competitivas a escala internacional para las industrias intensivas en mano de obra poco especializada, pueden pasar a ocupar un lugar entre los países que concentran una industria más sofisticada, a medida que el crecimiento se traduce en ahorro, inversión y mejor educación de la población.

El engranaje que ha conectado a las economías asiáticas a Occidente ha sido la inversión de las empresas multinacionales en forma de fábricas de ensamblaje. Como condición necesaria de este proceso, las economías de estos países han liberalizado al máximo sus importaciones y

La crisis económica en Asia

exportaciones, así como los flujos de inversiones hacia y desde el exterior.

El modelo de los "gansos en vuelo" se basa, no obstante, en la premisa de que los países no se quedan estancados en ninguna fase del proceso, lo que exige atraer en todo momento nuevas inversiones extranjeras para vincular su progreso al de los países desarrollados.

Las causas próximas de la crisis

Los países del sudeste asiático habían ido vinculando el tipo de cambio de sus monedas al dólar USA, que se ha apreciado considerablemente frente al yen y a las monedas europeas desde 1995 (recordemos que el dólar no llegaba a las 100 ptas. en 1993 y ahora cotiza a más de 150 ptas.). Como consecuencia de ello, la cotización de las monedas asiáticas también subió en relación con las demás. Esta apreciación de sus monedas ha provocado un encarecimiento de sus exportaciones, clave en estas economías. La pérdida de competitividad se ha visto agravada por la depreciación de la moneda china (el yuan) y la ganancia progresiva de una cuota de mercado mayor por las exportaciones de este país.

La consecuencia de todo ello es que en los mercados internacionales ya no se confiaba en el valor de las monedas asiáticas en relación con el dólar. Los bancos centrales de estos países -que no se habían preocupado de acumular suficientes reservas de divisas- no podían hacer frente a la demanda internacional de transformar sus monedas en dólares al tipo de cambio que los gobiernos se habían esforzado en mantener. Para evitar perder todas las reservas de divisas, Tailandia devaluó su moneda, el baht, es decir, devolvió desde ese momento menos dólares por cada baht que antes.

«El paradigma que mejor explica el desarrollo en Asia es el modelo denominado de los 'gansos en vuelo', según el cual los países alcanzan estados tecnológicos superiores subiendo por la misma escalera que los países más avanzados»

Se produjo a continuación una espiral de depreciaciones sucesivas en otros países de la zona (Malasia, Filipinas, Indonesia, Corea del Sur e incluso Taiwan), que no querían perder competitividad unos frente a otros y frente a China. La crisis coreana afectó también a Hong Kong, que, aunque no tuvo que devaluar su moneda, vio cómo sus bancos veían reducido el valor de sus inversiones en estos otros países. El efecto de la crisis sobre los bancos japoneses ha sido similar, si bien se añade a una situación de estancamiento económico en Japón que dura ya varios años.

La situación monetaria internacional se encuentra estabilizada, por el momento, gracias al recurso a préstamos del Fondo Monetario Internacional a Corea del Sur, Tailandia e Indonesia, por lo que, si no se producen nuevos desmoronamientos, y siempre que los gobiernos permitan una mayor flexibilidad en la cotización de sus monedas, es probable que este aspecto de la crisis quede resuelto.

Al margen del aspecto monetario, existe un segundo aspecto de la crisis financiera: desde me-

diados de los años noventa, una parte considerable de las inversiones extranjeras se han dirigido a la especulación inmobiliaria y en el mercado de valores.

Muchos bancos asiáticos tomaron dólares en préstamo en el exterior para prestarlos a su vez a promotores inmobiliarios domésticos, a menudo en moneda local. Con la depreciación de las monedas locales, lo que reciben los bancos en pago de los préstamos realizados no es suficiente para que ellos puedan devolver, a su vez, los préstamos recibidos en dólares. Un fenómeno similar se ha registrado en la financiación de compras de valores en la Bolsa. El valor en dólares de las bolsas asiáticas ha caído entre un 40 y un 50 % en el período de la crisis debido a este fenómeno.

La crisis financiera antes descrita se ha visto agravada por la falta de una adecuada regulación y de una correcta provisión de fondos por parte de los bancos.

LOS EFECTOS INTERNACIONALES DE LA CRISIS

El efecto de las crisis en la economía internacional es proporcional al creciente peso que las economías asiáticas tienen en términos de Producto Interior Bruto y exportaciones.

Dado que los países afectados pueden pasar de tasas de crecimiento económico anual del 5-8% en 1996 al 1-4% en 1998-99, y dado el intenso comercio entre estos países y el resto del mundo, la crisis puede provocar una desviación a la baja de hasta el 1% del crecimiento previsto en los países desarrollados para 1998, un descenso del 0,5% de las exportaciones de éstos y un aumento de las importaciones del 0,3% (por la recuperación de competitividad de los países asiáticos). Los efectos serán especialmente pronunciados en los EE.UU., por lo que el Senado ha retirado ya al Presidente la facultad de negociar acuerdos comerciales, ante el riesgo de que empeore gravemente la competitividad de los productos americanos y aumenten sus importaciones del sudeste asiático.

Por otra parte, la crisis bursátil y financiera ya se ha transmitido a los países occidentales (Nueva York ha perdido ya un 10%). Las bolsas de Latinoamérica podrían verse tanto beneficiadas (si se desvía la inversión internacional hacia ellas) como perjudicadas (si se contagia la desconfianza de los inversores "escaldados" en Asia).

España se verá afectada en menor medida que otros países occidentales, dado que los intercambios comerciales con Asia no suponen un porcentaje importante (un 3%, si excluimos a Japón; entre el 4 y el 7%, si lo incluimos). No obstante, las depreciaciones en las monedas asiáticas mejorarán la competitividad de sus productos frente a los españoles. Por otra parte, parece probable que disminuyan las inversiones en España de países como Corea del Sur, crecientes en los últimos años.

«Al margen del aspecto monetario, existe un segundo aspecto de la crisis financiera: desde mediados de los años noventa, una parte considerable de las inversiones extranjeras se han dirigido a la especulación inmobiliaria y al mercado de valores»

LAS DEFICIENCIAS ESTRUCTURALES Y LOS DESAFÍOS DE LAS SOCIEDADES Y LAS ECONOMÍAS DEL ESTE ASIÁTICO

¿Qué ha cambiado en estos países para dejar de ser el modelo de desarrollo? En realidad, deberíamos preguntarnos qué no ha cambiado a lo largo del vertiginoso proceso de crecimiento económico, que ha propiciado una ocultación de la fragilidad política subyacente, de las tensiones sociales, étnicas y religiosas, de la desigual distribución de la renta, de las confusas relaciones entre el poder político y las empresas, de la degradación del medio ambiente y de la escasa profundidad democrática de estos países.

DEMOCRACIA Y DERECHOS HUMANOS EN ASIA

La mejora en el bienestar económico del este de Asia conlleva una demanda clara social de mayor participación en el gobierno mediante instituciones democráticas y el respeto de los derechos humanos.

La crisis económica en Asia

Sin embargo, el Estado de derecho y el poder judicial siguen siendo débiles frente a las interferencias de la Administración central. Los gobiernos de estos países se han aislado en la complacencia y no han afrontado con decisión las reformas estructurales políticas y legislativas que debían haber modernizado sus países más allá de la dimensión económica.

Los gobernantes asiáticos han defendido, como parte inherente de la concepción asiática del desarrollo económico, que no es necesaria la democratización de sus países, sino que el progreso económico estaría mejor garantizado por un "autoritarismo suave". Pretenden, además, que en ello estriba la peculiaridad de los "valores asiáticos" frente al intento de colonización de Occidente con sus propios valores, ajenos a la tradición oriental. En realidad, la excusa cultural sirve de simple coartada para no soltar las riendas políticas de unos países que, dadas las mejoras económicas cosechadas, podrían decidir que había llegado el momento de cambiar de gobernantes.

La relación entre el mundo empresarial y el poder político

La falta de responsabilidad política de los gobiernos ha propiciado precisamente algunos de los factores desencadenantes de la crisis, tales como la falta de disciplina de los bancos y de las inversiones especulativas (que han beneficiado en no pocas ocasiones a familiares del gobierno) y la relación de especial privilegio entre los gobernantes y los grandes grupos empresariales (como los llamados *"chaebol"* en Corea del Sur).

El potencial de los capitales extranjeros recibidos por las economías asiáticas para reducir la pobreza y aumentar los ingresos es notable, pero el favoritismo ha permitido que se concedan préstamos bancarios sin suficiente solvencia, que se construyan fábricas innecesarias y que se inflen los precios del mercado de valores a niveles irreales.

A la larga, el establecimiento de la democracia sobre bases sólidas supone una mejor garantía de que el desarrollo no consista simplemente en el mecanismo por el que una pequeña elite económica y política no deja de favorecerse a sí misma.

Las tensiones sociales subyacentes

A pesar del avance económico de los países asiáticos, la desigualdad en la distribución de la renta es causa de una tensión social subyacente que puede dar lugar a explosiones populares en coyunturas como la actual.

En las ciudades principales de Asia, entre el 40 y el 50 por ciento de la población carece

«El vertiginoso proceso de crecimiento económico ha ocultado la fragilidad política, las tensiones sociales, étnicas y religiosas, la desigual distribución de la renta, las confusas relaciones entre el poder político y las empresas, la degradación del medio ambiente y la escasa profundidad democrática de estos países»

de vivienda adecuada, mientras crece el desempleo y la falta de educación entre esa nueva mayoría de población que emigra del campo a la ciudad. A diferencia de los países occidentales cuando vivieron la Revolución industrial, el desarrollo ha sido tan rápido que a los problemas clásicos de este fenómeno (mortalidad infantil, enfermedades infecciosas, esperanza de vida reducida, acceso limitado a la enseñanza y a la sanidad y discriminación dela mujer) se han añadido los problemas contemporáneos típicos de las sociedades industriales urbanizadas (desempleo, enfermedades cardiovasculares, falta de acceso a la enseñanza superior, disolución de la familia y problemas de una población en la que la población activa disminuye con relación a la de jubilados).

En esta situación los gobiernos se enfrentan a demandas en conflicto: mientras las nuevas clases medias aspiran a hospitales modernos y universidades de prestigio, un medio ambiente más limpio o transporte público eficiente, las clases urbanas pobres necesitan inversión en asistencia sanitaria y educación básicas o una vivienda asequible.

Con la ralentización del crecimiento económico, se planteará a los gobiernos la necesidad de adoptar medidas impopulares que pueden implicar la pérdida de ingresos y el aumento del desempleo. En tales circunstancias, los reformistas pedirán recortes del gasto público y aumentos de impuestos, mientras que los más desfavorecidos exigirán medidas de apoyo social a la reforma. A menos que se ponga en marcha en estos países un mecanismo similar al Estado del bienestar (inexistente actualmente), corren un serio riesgo de reacción contra las reformas económicas y políticas que se han producido hasta la fecha.

En el conflicto derivado de una reacción antidemocrática se revelarían las tensiones entre clases ricas y pobres, entre distintos grupos religiosos o (como en el caso de las minorías chinas) entre grupos étnicos más o menos favorecidos económicamente. En estos días, precisamente, la minoría china en Indonesia es objeto de la reacción violenta de las clases pobres y demandantes de apertura democrática en el régimen de Suharto.

«El caldo de cultivo de la corrupción lo constituyen las economías centralizadas, poco transparentes y en las que se exigen autorizaciones y permisos para casi todo»

La corrupción

En un estudio reciente se ha llegado a cuantificar lo que la corrupción supone para las empresas que invierten en Asia: el equivalente a un impuesto del 20%. El caldo de cultivo de la corrupción lo constituyen las economías centralizadas, poco transparentes y en las que se exigen autorizaciones y permisos (cuya obtención puede verse facilitada por el correspondiente soborno) para casi todo: transferencias de fondos de inversión, licencias de construcción, etc.

Ya hemos citado anteriormente, además, que existe una estrecha relación entre las elites políticas y económicas, en parte debido a que quien detenta el poder político lo utiliza para su beneficio económico mediante la corrupción, amasando grandes fortunas.

El medio ambiente

La falta de regulación y el desorden del crecimiento económico asiático ha causado y causa daños considerables al medio ambiente en la región en conjunción con el rápido aumento de la población urbana, la industrialización y las construcciones en las ciudades.

Los que sufren en mayor medida las consecuencias de este deterioro son las clases pobres urbanas y en las regiones próximas a las ciudades. Por otra parte, tanto los agricultores como las multinacionales industriales necesitan la tierra ocupada por los bosques para otros usos.

Conclusiones: Perspectivas políticas y económicas

Frente a los optimistas que piensan que el crecimiento económico engendra siempre más

«¿Podrán seguir los 'tigres' asiáticos (Indonesia, Tailandia, Filipinas, Malasia) los pasos de los 'dragones' (Hong Kong, Corea, Singapur y Taiwan)? No estaría de más incidir en que tanto como el crecimiento cuantitativo importa el tipo de crecimiento económico que se dé en estos países»

crecimiento y conlleva la solución a los problemas "transitorios" enumerados, cabe la posibilidad de que la evolución de los "tigres" asiáticos (Indonesia, Tailandia, Filipinas, Malasia) no sean capaces de seguir los pasos de los "dragones" (Hong Kong, Corea, Singapur y Taiwan). Tanto como el crecimiento cuantitativo importa el tipo de crecimiento económico de estos países.

Los problemas sociales derivados de la crisis económica asiática exigen una solución política, no simplemente económica: Las inversiones extranjeras generan empleo, pero no mejoran por sí solas la educación y la formación profesional de la población.

El crecimiento tampoco solucionará por sí solo la participación de nuevos sectores de la población en las instituciones democráticas influyendo en la fijación de prioridades gubernamentales.

El nuevo pacto político debe establecer un entendimiento claro sobre cómo deben repartirse las cargas y los beneficios del crecimiento económico entre la población.

Dada la dificultad de las decisiones que los gobiernos asiáticos habrán de tomar en el futuro próximo para salir de esta crisis económica, parece que la lógica democrática exige que sean tomadas *por* los afectados, más que simplemente *para* su beneficio.

En ese debate de las sociedades ricas modernas sobre cómo lograr el equilibrio entre libertad y orden, entre responsabilidad del gobierno y del individuo, entre derechos individuales y cohesión de la comunidad, las soluciones a los problemas asiáticos pueden influir sobre las que Occidente dé a problemas similares.

CARLOS DOMÍNGUEZ DÍAZ
es diplomático

Dario Fo. El teatro, la risa y la política

-¡Oh, gentes, acudid, que aquí está el juglar! Juglar soy yo, que salta y piruetea y os hace reír, que se burla de los poderosos y os muestra qué orondos y engreídos son los globos que hacen guerras donde los degollados somos nosotros, y os los espachurro, les quito el tapón y... pffss... se deshinchan. Acudid, que es la hora y el lugar de que yo haga el payaso, y os enseñe. ¡Doy un saltito, canto un poquito, hago juegecitos! ¡Mira cómo muevo la lengua! Parece un cuchillo, trata de recordarlo. Pero no he sido siempre... y eso quiero contaros, cómo he nacido. No he nacido juglar, no vine al mundo con un soplo del cielo, y, ¡hop! aquí estoy: «¡Buenos días, buenas noches!». ¡No! ¡Soy el fruto de un milagro! ¡Un milagro que han hecho conmigo! ¿Queréis creerme? ¡Es así! Yo nací villano. Villano, un verdadero campesino.[1]

0. Un juglar contemporáneo

El que habla es Dario Fo mientras nos cuenta la historia del nacimiento del juglar. Este relato se remonta a principios del siglo XIII, pero también podría parecer que nos está hablando del propio Fo, del trabajo que lleva desarrollando durante más de cuarenta años. Supongamos que esto es cierto, que al hablar del juglar, Dario Fo nos está contando su historia. Habría, entonces, que prestar atención, oír con cuidado esas palabras que nos informan de un milagro y un acontecimiento: el de su teatro. Pero no amplifiquemos demasiado las cosas, ya lo están suficientemente tras la concesión del Premio Nobel. Comencemos por el final. Antes de juglar, Fo era un villano; la juglaría ha llegado como un accidente, un hecho milagroso que no anula este origen. Si lo pensamos un poco, la relación entre el villano y el juglar nos va a resultar de lo más interesante. Ser villano, entre otras muchas cosas, significa ser alguien que sufre el arbitrio de una injusticia. Por eso, que un villano se transforme en juglar implica un trabajo de restitución: la devolución de la risa a quien está siendo desposeído de su esfuerzo, su tiempo, su alegría. El juglar es una especie de justiciero de los sentidos, pero también un trabajador de la inteligencia, alguien que nos enseña o nos recuerda lo que ya sabemos -los otros nombres de nuestra desventura. No minusvaloremos -no nos riamos demasiado- de esta figura, porque su oficio también conoce el riesgo, el peligro. Ya lo decía Fo al principio de su parlamento, la risa que nos es devuelta proviene de la burla con que atosiga a los poderosos, de una lengua -recordémoslo- que parece un cuchillo de afilar verdades y de una magia particular: la de volver el «mundo al revés», recrear un mundo en el que las cosas y los estamentos se organizan de una forma inversa a la de esta tierra que conocemos; un mundo perfectamente imaginable y que alimenta nuestras fantasías y nuestros anhelos políticos en lo que tienen de más puro. A quienes manejan los hilos, a quienes nos tratan como marionetas, el juglar los convierte en fantoches, deshincha su poder con la palabra, los maltrata con su gesto y su saliva. No

Dario Fo. El teatro, la risa y la política

se trata, pues, de un oficio fácil. Entonces, ¿cómo ha podido nacer este juglar llamado Dario Fo, cómo ocurrió el milagro y a quién debemos agradecérselo?

1. El Nobel y sus críticos

Desde luego, no a la Academia Sueca. Y no es que no haya que alegrarse del premio. Fo expresaba esa alegría común e inmediata en su discurso de recepción del Nobel: «Queridos suecos (...) traigo el saludo de auténticas masas felices, de actores, cómicos, teatreros, payasos, juglares. Os traigo el saludo apasionado y festivo de los que, como yo, piensan que el teatro, para existir, debe estar inmerso en su tiempo y hablar de la realidad"[2]. No nos sumemos al carro triste y fetichista de los que en nombre de su pureza o de su escepticismo se lamentan de la posible «integración» de Dario Fo en las estructuras culturales o de mercado, o se sonríen cínicamente ante esta «derrota anunciada». Si alguien prefiere la oscuridad de los márgenes, si alguien ya «se las sabe todas»... Por nuestra parte, si el premio sirve para que se edite más, se lea más, se represente más a Dario Fo, bienvenido sea: sabemos que no por eso su obra va a brillar más, no por eso lo vamos a empezar a leer *ahora*. Aunque *ahora* sea un momento tan bueno como cualquier otro.

Los motivos que ha expuesto la Academia son, no obstante, dignos de ser recogidos. Entre otras cosas, los académicos suecos señalaron que la obra de Fo se sitúa en «la tradición de los juglares de la Edad Media, que castiga a los poderes establecidos y restaura la dignidad de los oprimidos», y también que «con una mezcla de risa y seriedad, abre nuestro ojos a los abusos e injusticias de la sociedad y hacia la perspectiva histórica en la cual puede situarse». Efectivamente, Dario Fo ha producido una importante labor de investigación histórica y filológica en torno al arte juglaresco medieval y la *commedia dell´arte.* Sin embargo, resulta evidente que no ha sido esta faceta erudita de sus actividades la que justifica por sí sola la concesión del premio ni, por supuesto, la que ha alimentado la polémica posterior, el escándalo de que alguien como Fo sea laureado de esta forma. Un escándalo que se ha manifestado de muchas maneras. Antonio Tabucchi, el autor de *Sostiene Pereira*, escribía al respecto en una crónica reciente, «me parece que es la primera vez que un país protesta por haber recibido el Nobel. El partido Alleanza Nazionale (...) al día siguiente del Nobel escribió un telegrama de protesta a la Academia sueca (...) Hace cuatro días, la Academia dei Lincei, el equivalente italiano de la Real Academia Española, declaraba en un comunicado oficial que desde hace diez años propone a la Academia sueca al poeta Mario Luzi, y visto que no lo premian nunca, el próximo año, en señal de protesta, no propondrán a ningún escritor italiano"[3]. Estas protestas son algo más que una manifestación de la imbecilidad que, como en cualquier otro sitio, también habita el mundo de las artes. Su sentido hay que encontrarlo en el pánico que suscita el abismo abierto entre el teatro de Fo y cierta *razón literaria.* A ello aludía con exactitud Juan Antonio Vizcaíno: «La polémica que levanta la figura de Fo en el panorama teatral internacional está relacionada directamente con sus posiciones políticas mantenidas coherentemente desde la vida y el escenario; pero otro de los motivos que confunden de Fo es su posición intermedia entre el actor y el autor, el director y el actor, a la manera de ciertos clásicos como Plauto, Shakespeare o Molière». En consecuencia, una de las críticas más repetidas a este premio, «una de las acusaciones más reincidentes que hacían

sus compañeros desde la ciudadela literaria era la de que Dario Fo no era un gran autor, sino que sus obras se veían sobrevaloradas por las carismáticas interpretaciones que el mismo Fo realizaba de ellas en el escenario"[4]. Del artículo de Juan Antonio Vizcaíno se deducen los dos motivos principales que subyacen a las críticas que Fo -y su premio- han recibido por parte del conservadurismo literario, dos motivos que parten de la idea previa de que *la literatura tiene sus límites bien establecidos y que, por tanto, no puede admitir que la obra de Dario Fo se dirija «más allá» de esos límites: un más allá político, un más allá teatral.* Cierta *razón literaria* no soporta de Fo su falta de respeto hacia los límites con los que esa razón define -y encierra- a la literatura. De nuevo, otro tipo de «purismo» se encarniza con la casualidad de este premio. Si antes era el «purismo» político el que temía o vaticinaba la «integración» del compromiso político de Fo por mor del Nobel, ahora es el «purismo» literario el que se calza las botas del escándalo para denunciar que en su obra existe demasiada política, demasiado espectáculo. En fin, tanta «impureza» reconforta pero, no obstante, quisiéramos sugerir que estas críticas no son de recibo en un debate serio, y que no muestran una preocupación genuina por lo que el teatro de Fo significa.

2. Una literatura menor

Para demostrarlo quisiéramos traer a colación unos espléndidos comentarios que el filósofo francés Gilles Deleuze le hacía a la periodista Claire Parnet en donde se refería a esos «más allá» a los que la literatura no deja de dirigirse. Decía Deleuze que «es muy posible que escribir tenga una relación esencial con las líneas de fuga. Escribir es trazas líneas de fuga que no son imaginarias, y que uno debe forzosamente seguir porque la escritura nos compromete con ellas, en realidad nos embarca. Escribir es devenir, pero no devenir escritor, sino devenir otra cosa». ¿Qué quiere decir Deleuze al hablar de «líneas de fuga»? En principio, puede querer significar muchas cosas, pero a nosotros nos parece que tales líneas pueden entenderse como las rutas que un escritor traza en su escritura si quiere hacer algo más que repetir lo ya por siempre dicho y escrito, si necesita romper con el espesor de la «historia literaria» que lo precede. También son la imagen de una necesidad. Existen, de hecho, multitud de ejemplos de escritores que han seguido o creado estos derroteros particulares configurando una relación especial y única entre su escritura y la vida, al margen, por debajo o paralelamente a la de la «literatura oficial». Paradojicamente, la condición para embarcarse en esos devenires de literatura genuina no estriba en ser «más» literato que nadie, más «escritor» que los adocenados y viejos escritores oficiales. Por el contrario, de lo que se trata, si cabe, es de ser «menos» escritor, ir dejando, según ritmos diversos, de ser escritor para convertirse en algo diferente y por definir, otra cosa. En realidad, se puede pensar que existe mucha más realidad en esta manera de escribir y de vivir la escritura que en la imagen -frágil y fantasiosa- del «escritor puro», de quien escribe desde la literatura y para la literatura, esclavizando su trabajo a la dominancia de unas convenciones -de una «norma literaria»- tan variables como arbitrarias. En definitiva, existe, sin duda, una literatura oficial, pero también poseemos el trabajo y la experiencia de muchos escritores que producen estas líneas de fuga, que rompen los límites impuestos de una «literatura» para dirigirse «más allá» de éstos

«Ser villano significa, entre otras muchas cosas ser alguien que sufre el arbitrio de una injusticia. Por eso, que un villano se transforme en juglar implica un trabajo de restitución: la devolución de la risa a quien está siendo desposeído de su esfuerzo, su tiempo, su alegría. A quienes manejan los hilos, el juglar los convierte en fantoches, deshincha su poder con la palabra, los maltrata con su gesto y su saliva. No se trata, pues, de un oficio fácil»

Dario Fo. El teatro, la risa y la política

según una forma muy especial: «se diría que la escritura por sí misma, cuando no es oficial, se encuentra necesariamente con "minorías" que ni escriben necesariamente por su cuenta, ni tampoco se escribe sobre ellas». Por eso *«al escribir se proporciona escritura a los que no la tienen, y éstos a su vez proporcionan a la escritura un devenir sin el cual no existiría,* sin el cual sería pura redundancia al servicio de los poderes establecidos"[5]. De este modo, el devenir que arrastra al escritor y a su escritura más allá de los límites de la *razón literaria* pasa por el encuentro con «minorías». Entendamos «minoría» en un sentido amplio: cualquier territorio, cualquier población, cualquier segmento que no está en posición dominante, que no dicta las normas «generales», las normas que rigen la vida de la «mayoría», de «todos». El encuentro con minorías diversas articula el devenir del escritor, cuando no es un escritor oficial. Por eso también se puede decir, a la inversa, que existe una «literatura mayor» que regula el sentido de lo que debe ser la literatura, y diversas «literaturas menores», cada una según procedimientos distintos, expresando encuentros diferenciados con «minorías» a las que acompañan. Las acusaciones lanzadas contra Dario Fo, por lo visto, parecen querer remarcar este aspecto, condenar a Fo por ser lo que es -un escritor «menor». Por eso se trata de acusaciones inútiles, por eso y porque al señalarlo como «escritor menor», lo que realmente consiguen estos inquisidores de la pudibundez es definir a Fo como a un escritor vivísimo, de una escritura particular y única, tanto más viva cuanto más ligada a su presente: «Mi teatro no está hecho para pasar a la historia. Yo escribo y actúo la sátira ligada a la crónica cotidiana, de todos los días. Son textos cuyos contenidos se queman rápidamente», contestaba Fo a sus detractores.

3. El devenir literario

Pero, ¿cuáles son estos devenires, cuáles son estas minorías a las que Fo encuentra en su camino? Habíamos dicho que su escritura está atravesada por dos vectores que la arrastran consigo: el vector teatral y el vector político. En sus comedias aparecen en muchas ocasiones juntos, indiscernibles, pero eso no impide que no podamos analizarlos por separado, incluso para comprobar más tarde cuáles son los procedimientos por los que se funden en su teatro. El propio Fo avalaba la posibilidad de esta distinción primera: «en efecto, nosotros insistíamos en el compromiso, en la denuncia, pero sin olvidar jamás la esencia primera del teatro que es la diversión, el juego de las situaciones dramáticas y cómicas. Conscientes de que si no funciona la maquinaria teatral, con todos sus ingredientes de espectáculo, tampoco funciona el discurso político, y todo se reduce a un panfleto tedioso e insoportable"[6].

El devenir teatral y «teatrero» de la escritura de Fo es un proceso que va tomando cuerpo poco a poco. Pero antes de ver cuáles son sus componentes, precisemos que al hablar de un «devenir teatral» de su escritura no nos estamos refiriendo al hecho banal de que Dario Fo sea un autor de comedias. A fin de cuentas, autores teatrales hay muchos, del mismo modo que existe un «teatro mayor». El propio Fo fue partícipe de ese teatro. Buena parte de sus montajes de los años cincuenta y sesenta con obras tan significativas como *Comica finale*, *Gli arcangeli non giocano a flipper*, *Isabella, tre caravelle e un caccieballe* o *Settimo: ruba un po' meno*, se inscriben dentro de este «teatro oficial», convencional, por más que ya apuntaran con sus sátiras a los estamentos del poder. El «devenir teatral» de la trayectoria de Fo significa otra cosa, quizás la ruptura con

«Al escribir se proporciona escritura a los que no la tienen, y éstos a su vez proporcionan a la escritura un devenir sin el cual no existiría, sin el cual sería pura redundancia al servicio de los poderes establecidos»

esa escena tradicional por la vía de la búsqueda de un teatro nuevo. Franca Rame, actriz y mujer de Dario Fo, y protagonista igualmente de esta aventura teatral, cuenta cuál fue el punto de inflexión que determinó este viraje decisivo: «El público aumentaba en cada espectáculo. De 1964 a 1968 siempre permanecimos a la cabeza de recaudación de taquilla entre las mayores compañías italianas, y éramos de las que teníamos los precios más bajos. Pero hacia 1968 barajamos la posibilidad de abandonar la estructura habitual del teatro oficial: nos dimos cuenta de que, (...) la gran burguesía, a pesar de nuestras invectivas, reaccionaba a ellas casi con placer. ¿Masoquistas? No, sin darnos cuenta nos habíamos convertido en ayudas para su digestión. Nuestra crítica les facilitaba su circulación sanguínea, lo mismo que unos buenos azotes con ramas de abedul después de una sauna restauradora. En definitiva, nos habíamos convertido en los juglares de una burguesía sebosa e inteligente. Esta burguesía aceptaba que nosotros la criticásemos, incluso de una forma despiadada, a condición de que la denuncia de sus "vicios" se realizase *dentro* de sus estructuras, administrada por *su* poder"[7]. Como podemos comprobar, el giro que Fo y su compañía imprimen a su carrera, a pesar de ser una carrera de éxito, a pesar también de la censura, viene condicionado por un doble abandono: el abandono de un lenguaje teatral, pero también el de un público determinado. En consecuencia, la línea de fuga que va a atravesar su teatro en esos años decisivos que arrancan en el 68 volverá inconfundible la tarea de investigar otro lenguaje teatral y la apuesta por encontrar un nuevo público: buscar una escritura, encontrar una minoría. Es el momento en el que Dario Fo, en palabras de Franco Quadri, «opta por los teatros de la periferia, las cooperativas, los locales sindicales, las naves de las fábricas, para buscarse *su* público, aunque sea un público que nunca ha sabido de teatro, para afrontar (...) los temas políticos que siempre le han inquietado"[8].

Ahora bien, ¿cómo entender este «devenir teatral» que arrastra a Fo y lo conduce, precisamente a la ruptura con la escena «oficial»? ¿Y qué lugar ocupa su escritura en ese proceso?

4. La palabra contra el tiempo

En primer lugar, este devenir conduce la escritura a una paradoja. En principio, parece como si esta nueva palabra teatral quisiera nacer de un desprecio por la palabra escrita, por el texto fijo, inmutable. En definitiva, se nos sugiere que la palabra teatral no es una *escritura*. A esta conclusión parece referirse Dario Fo cuando polemiza -suavemente- con el filósofo idealista Benedetto Croce a propósito de la *commedia dell'arte*. Al respecto, Croce mantenía que no es posible considerar «artística» la *commedia dell'arte* en la medida en que su teatro se basaba por completo en el gesto, la pantomima, sin una presencia real del texto ni, en consecuencia, de un verdadero y genial autor teatral -signo maestro de una autenticidad literaria. Por contra, Fo argumentaba que «la *commedia dell'arte* es una forma de teatro basada en una combinación entre diálogo y acción, monólogo hablado y gesto interpretado, no sobre la sola pantomima. Al contrario de lo que cree Croce, solamente con las cabriolas, los bailes y los gestos de burla no es posible mantener una trama».[9] Una crítica análoga dirigía Fo al Diderot de *La paradoja del comediante*: «Diderot razona como un autor, como un literato, y por eso pretende que el texto ocupe la posición más alta: el texto es sagrado, y el actor debe adecuarse a él, servirlo con la máxima disciplina, sin discusión. Pero Dide-

Dario Fo. El teatro, la risa y la política

rot parece ignorar la fuerza suplementaria que adquiere el texto cada vez que se vuelve a montar sobre el escenario, y eso ocurre cada noche. Sobre este valor particular, sin embargo, era bien consciente Borromeo, el cual ya advertía (...) de la fascinación irresistible que la comedia tenía por la improvisación, con su frescura inmediata. "La palabra de los literatos está muerta -declaraba en una carta-, la palabra de los teatreros está viva"».[10] Todo parece indicarnos que, según Fo, la escritura debe difuminarse para que resplandezca la palabra. Ahora bien, esta relación espacial entre la palabra escrita y la palabra hablada podría llevarnos a una paradoja. Recordemos las apreciaciones de Fo sobre la fugacidad de sus intenciones artísticas, su ausencia de pretensiones, la facilidad con que sus comedias se «quemaban». Si esto es así, si la palabra del teatrero no es una palabra que anhele conservarse en el tiempo, no persigue «inmortalidad» literaria alguna -al contrario de la escritura, cuya virtud principal estriba en «fijar» la palabra al tiempo-, ¿no se podría decir que, de alguna manera, la palabra teatral es una palabra alzada contra la memoria, una palabra que se articula alrededor de un olvido? Porque una palabra que *sólo* vive la fugacidad de su decirse corre el riesgo de su aniquilamiento como palabra, sólo dura lo que dure su recuerdo inmediato. Dicho sea de paso, ese parece ser el punto de vista, entre nihilista y enfático- de muchos teóricos de la posmodernidad, cuya plasmación práctica más evidente la encontramos en el discurso publicitario. Sin embargo, no nos parece que éste sea el caso de Fo. Nos atreveríamos más bien a decir que la palabra que Dario Fo trata de articular no pretende tanto sumergirse y morir en el tiempo en el que nace como levantarse contra ese tiempo -y su poder-, solidaria con otras palabras teatrales que, a lo largo de la historia, han mantenido un empeño análogo. Porque de alguna manera da la sensación de que, para Fo, la historia no consiste solamente en el proceso mecánico que ha conducido a que las cosas sean como son en la actualidad -esto es, una historia de los vencedores-, sino que también contiene las *resistencias* que se han levantado contra ese proceso, los signos de una rebeldía única y siempre retomada. Una rebeldía que también se ha expresado en el teatro. El proyecto de Fo, pues, pasa por la recapitulación teatral presente de esa experiencia histórica de la resistencia a los poderes. Es por eso que un *autor* y *actor* de los años sesenta llamado Dario Fo puede devenir un *juglar* o un *Arlequín* sin incurrir por ello en anacronismo, por lo que la apuesta por un teatro nuevo en ruptura con la dictadura del «texto teatral» y sus convenciones lo arrastra a una investigación necesaria, vital, sobre las formas de teatro popular, la juglaría, la *commedia dell'arte*, Molière, el cabaret, el circo, las líneas de fuga de un *teatro menor* que siempre han coexistido junto a los diversos «teatro mayores». La investigación de carácter histórico -recordemos, uno de los motivos para la concesión del Nobel- que Fo pone en marcha no tiene su origen en un interés de tipo erudito o abstracto: se enraízan en la necesidad vital de retomar un teatro popular, una voz, en dónde otros lo habían dejado. El «devenir teatral» de la escritura de Fo encuentra así uno de sus primeros momentos: la palabra viva y hablada del *teatrero* ha sido siempre la misma, retomada incesantemente contra el tiempo y el poder, en contraposición a la palabra escrita e «histórica» -esto es, muerta- del *autor* teatral.

5. Una línea de sobriedad

Dario Fo puede adoptar, en consecuencia, los ropajes del ju-

glar -*es* un juglar el que recibe el premio Nobel-. Pero este gesto, lejos de significar una cabriola más en la carrera del teatrero, implica un movimiento deliberado. La línea de fuga que atraviesa al escritor haciendo que devenga otra cosa, se entiende en Dario Fo también a partir de su rechazo a mantener incontestada la figura del «escritor». Porque, no lo olvidemos, un escritor puede definirse como el garante jurídico que da fe de la inmutabilidad de un texto, como el propietario de una obra ya por siempre escrita. Ya hemos observado, no obstante, lo que piensa Fo de esa inmutabilidad. Por eso, la propia figura del escritor se trastoca cuando se modifica la relación que un autor tiene con su escritura. A ello se refería Franca Rame en su valoración del trabajo que comparte con Fo: «LLegados a este punto, sería bueno decir algunas cosas sobre el oficio de escritor (mejor dicho, de constructor de textos para teatro) de Dario. ¿Por qué constructor, más que escritor? Porque, a partir de la escritura nace en Dario la exigencia de pensar y fabricar una escena, o mejor, una secuencia de espacios escénicos, de planos donde representar la acción teatral. La suya es más construcción teatral que escritura, porque su teatro no está hecho de personajes sino de *situaciones*. (...) Conviene no olvidar que Dario proviene de la arquitectura, que es escenógrafo, además de escritor y actor, y que por tanto piensa siempre el teatro (e insiste en repetirlo) como "planta, alzada, escorzo y perspectiva"».[11] No es, sin embargo, esta *visión arquitectónica* el único momento que nos permite sospechar una traición de Fo al *status* del escritor. En el *Manuale minimo dell'attore* ya citado, Fo reivindica la figura del *actor* en un contexto del que puede suponerse que es una defensa tanto de la *commedia dell'arte* como de una posición propia: «De hecho, encuentro correcta la idea de algunos estudiosos que han propuesto llamar a este género «comedia de los actores» o "de los histriones" en lugar de "comedia del arte". Es sobre sus espaldas sobre las que se apoya la totalidad del juego teatral: el actor histrión es autor, montador, fabulador, director, pasa de improviso del papel principal a uno insignificante, sorprendiendo con sus saltos no sólo al público sino también a sus compañeros actores"[12].

«Insistíamos en el compromiso, en la denuncia, pero sin olvidar jamás la esencia primera del teatro que es la diversión, el juego de las situaciones dramáticas y cómicas. Conscientes de que si no funciona la maquinaria teatral tampoco funciona el discurso político y todo se reduce a un panfleto tedioso (Dario Fo)»

El autor de comedias que nos dicen es Dario Fo, pues, no para de transformarse en otras cosas: ahora es un juglar, ahora un arquitecto o un actor. El vínculo con el teatro, no obstante, resulta innegable. Y sin embargo, esta línea de sobriedad que caracteriza la relación con su escritura, también prefigura uno de los momentos de su relación con el conjunto de técnicas, saberes y procedimientos que configuran la *maquinaria teatral*. Si la escritura de Fo es sobria al punto que parece que se nos desvanece en cada momento convertida en soporte de otra cosa, también su teatro experimenta a veces esta misma sobriedad, este minimalismo entendido como una fuga del aparato teatral. Lo cuenta Franco Quadri en relación a uno de los períodos más brillantes de la trayectoria de Fo, el de su participación en la cooperativa teatral *La Commune*: «En las elaboraciones de la *Commune* se preveía la renuncia total al elemento *teatral* a favor de los contenidos: ninguna pretensión estética sino tan sólo el ofrecimiento de una palabra que pudiera contribuir a avanzar por la vía de la revolución. Desaparecía el aparato escenográfico, se olvidaban los artificios recitativos, se abolían casi del todo los ensayos, se elaboraba el espectáculo de tarde en tarde con la colaboración directa de los espectadores"[13]. Poco importa que esta experiencia fuese temporal, y que más tarde se volviese a retomar la maquinaria teatral abandonada. Lo importante reside en el hecho de que la línea de expe-

Dario Fo. El teatro, la risa y la política

rimentación -el devenir- que Fo imprime a su teatro no sólo lo lleva a un replanteamiento de sus relaciones con la escritura, su historia o su propio papel como autor, sino que también impulsa un replanteamiento del propio *modus operandi* del quehacer teatral. Con Fo, no es sólo la escritura quien encuentra sus límites: también lo es el teatro.

6. De la literatura a la política

Así pues, quienes afirman el carácter «poco literario» de Fo, en realidad, lo que están haciendo es cerrar los ojos ante una de las experiencias literarias más sugestivas de este siglo. La otra acusación, la de que en su obra existe «demasiada» política como para alzanzar categoría literaria es sencillamente una estupidez: un escritor puede elaborar su obra con los materiales que le vengan en gana, desde un cúmulo de intenciones, públicas o secretas. Si esta cuestión merece algún detenimiento, quizás habría que abordarla desde la *práctica*, no remitiéndonos tanto a un horizonte de principios como a un plano de efectos; en definitiva, habría que preguntarse hasta qué punto política y literatura se articulan en la obra de Fo, según qué procedimientos y con qué resultados. Ya hemos visto que el teatro de Fo se teoriza desde la búsqueda de una re-creación, de un vínculo con un teatro popular, y que esta búsqueda sostenía la existencia de, al menos, *dos* teatros, un teatro «menor» y popular frente a un teatro «mayor» u oficial. Franca Rame explicaba el sentido político de este primer punto de partida: «"Existe una sola cultura, -dicen aquellos "que la tienen"-, más allá y por encima de las clases sociales. La cultura es una, del mismo modo que una es la luna y uno es el sol que resplandece para todos, con independencia que no quieran o no deseen servirla". Es obvio que nosotros saltamos contra esta teoría interclasista. En la polémica tomábamos como ejemplo la revolución china, donde el partido había demostrado tener una gran fe en la creatividad del pueblo, en la posibilidad y en el esfuerzo que las masas manifiestan por construirse otro lenguaje, otro léxico, una filosofía diferente de las relaciones y de la vida social, otro amor"[14]. Más allá de este «sueño chino» y de una adhesión a estrategias políticas maoístas, nos parecen especialmente significativos los contenidos expresados y que se resumen en la apuesta radical por una *diferencia* tanto política como artística. En ese sentido, la recusación de un «arte único» y la apuesta por lo popular, la búsqueda de un sentido político de lo popular, manifiesta el deslizamiento de la literatura hacia otro territorio -otro «más allá», otra fuga- que limita con ella sin confundirse. No nos debe sorprender: ya habíamos visto que el devenir que arrastra a un escritor es incomprensible sin una «minoría» que lo sostenga. El giro que se produce en el teatro de Fo a finales de los sesenta, pues, no expresa solamente el proceso de «teatralización» de una escritura o de «minimalización» de un teatro, sino también la búsqueda de un público diferenciado del público burgués. Sin embargo, esta búsqueda no debe entenderse como una cuestión de «preferencia» -del tipo, por ejemplo, del escritor que pone su arte *puro* al servicio de los oprimidos-, sino como la expresión de una necesidad: sin un público diferente no puede existir un teatro nuevo; es más, el contacto con un público diferente se constituye en la condición de posibilidad misma para un teatro distinto, todavía por definir, todavía por crear. En otras palabras, el teatro de Fo busca un *pueblo* al que aludir, pretende contribuir a la tarea de creación de un *pueblo nuevo* con el que pueda articularse. Se trata de una búsqueda

«Barajamos la posibilidad de abandonar la estructura del teatro oficial. Nos dimos cuenta de que la gran burguesía reaccionaba a nuestras críticas con placer, ¿masoquistas? No, sin darnos cuenta les ayudábamos a hacer la digestión. Nos habíamos convertido en los juglares de una burguesía sebosa e inteligente (Franca Rame, actriz y mujer de Dario Fo). Es el momento (1968) en que Fo opta por los teatros de la periferia, las cooperativas, los locales sindicales, las fábricas ... para buscarse su público y afrontar temas políticos»

genuina, de esas de las que se puede decir que no se sabe lo que se va a encontrar. La política -de izquierdas, revolucionaria- es el hilo que conduce al teatro hacia ese público/pueblo nuevo, el lenguaje que expresa la posibilidad de esta composición. Ahora bien, la política es también una tradición, la manifestación de una memoria que normalmente aparece asociada al concepto de «conciencia de clase». Esta doble naturaleza del signo político -lenguaje y tradición- se sintetiza en una noción fundamental -y muy poco de moda en nuestro días: la *ideología*, y es hacia esta ideología -marxista, comunista- hacia donde se dirige primeramente el teatro de Fo. Nos atreveríamos a afirmar que el acercamiento de Fo al marxismo, al margen de otras consideraciones, se explica no tanto por sus contenidos doctrinales explícitos como en la capacidad del marxismo para recoger la tradición de experiencias y luchas de la clase trabajadora, también en su cualidad para crear un lenguaje específico en donde se aglutinan tanto esa constelación de experiencias de clase como los contenidos de un presente de lucha. Sin embargo, las caras de la ideología son muchas, y la trayectoria de Fo va revelar algunas de estas facetas. El compromiso de Fo con una nuevo teatro, un nuevo público, un pueblo nuevo se va a concretar primero en los vínculos lanzados hacia una clase trabajadora en el sentido tradicional del término. Es la época de la articulación del teatro de Fo con el aparato cultural del Partido Comunista Italiano. No obstante, el compromiso de Fo no se detiene ahí, y su evolución es análoga a la que experimenta buena parte de la izquierda italiana. La *clase* paulatinamente deja de ser entendida como un ente ya constituido, viejo, conservador, con sus organizaciones tradicionales, sus burocracias y sus mentiras, para significarse como un concepto mucho más amplio y radical. Es el momento de la emergencia de una *nueva clase obrera* compuesta de trabajadores, internacionalistas, feministas, estudiantes, homosexuales, marginados..., *otra clase trabajadora* con sus luchas particulares y diferenciadas, su reivindicación de la autonomía y de la creación políticas y, sobre todo, su rechazo absoluto del orden burgués -recordemos los trabajos de Toni Negri de esta misma época sobre el *otro movimiento obrero*. El elemento que unifica y permea esta nueva clase ya no es tanto el interés *objetivo* que se deriva de una determinada posición en la estructura social, como el factor *subjetivo* de una identificación ideológica con todo cuanto suponga una recusación completa del orden burgués. En este aglutinante ideológico, complejo, vivísimo, contradictorio y desesperado que vive la izquierda extraparlamentaria italiana en los años setenta se integra el teatro de Dario Fo como «pez en el agua». A este momento pertenecen obras tan representativas como *Muerte accidental de un anarquista*, *¡Pum, pum! ¿Quién es? ¡La policía!* o *¡Aquí no paga nadie!* La creación de una nueva clase y de una nuevo teatro se vuelven indiscernibles en el trabajo de Dario Fo durante estos años. Más tarde, en los ochenta, cuando se marchita el sueño de la autonomía, la búsqueda política de Fo sigue sin detenerse, y que particulariza, se suaviza si se quiere: es el momento de sus obras sobre la condición de la mujer, sobre el replanteamiento

Dario Fo. El teatro, la risa y la política

de las relaciones que estructuran el ámbito de lo privado -los sentimientos, el sexo, la familia, la política minúscula y fundamental de la vida cotidiana desde una perspectiva femenina. El público que se pretende, el «pueblo» al que se alude, como diría Agustín García Calvo, no es otro que el de «la comunidad de las mujeres y sus hombres». La problematización política del espacio de lo público y sus luchas, se traduce posteriormente en una problematización análoga del espacio de lo privado.

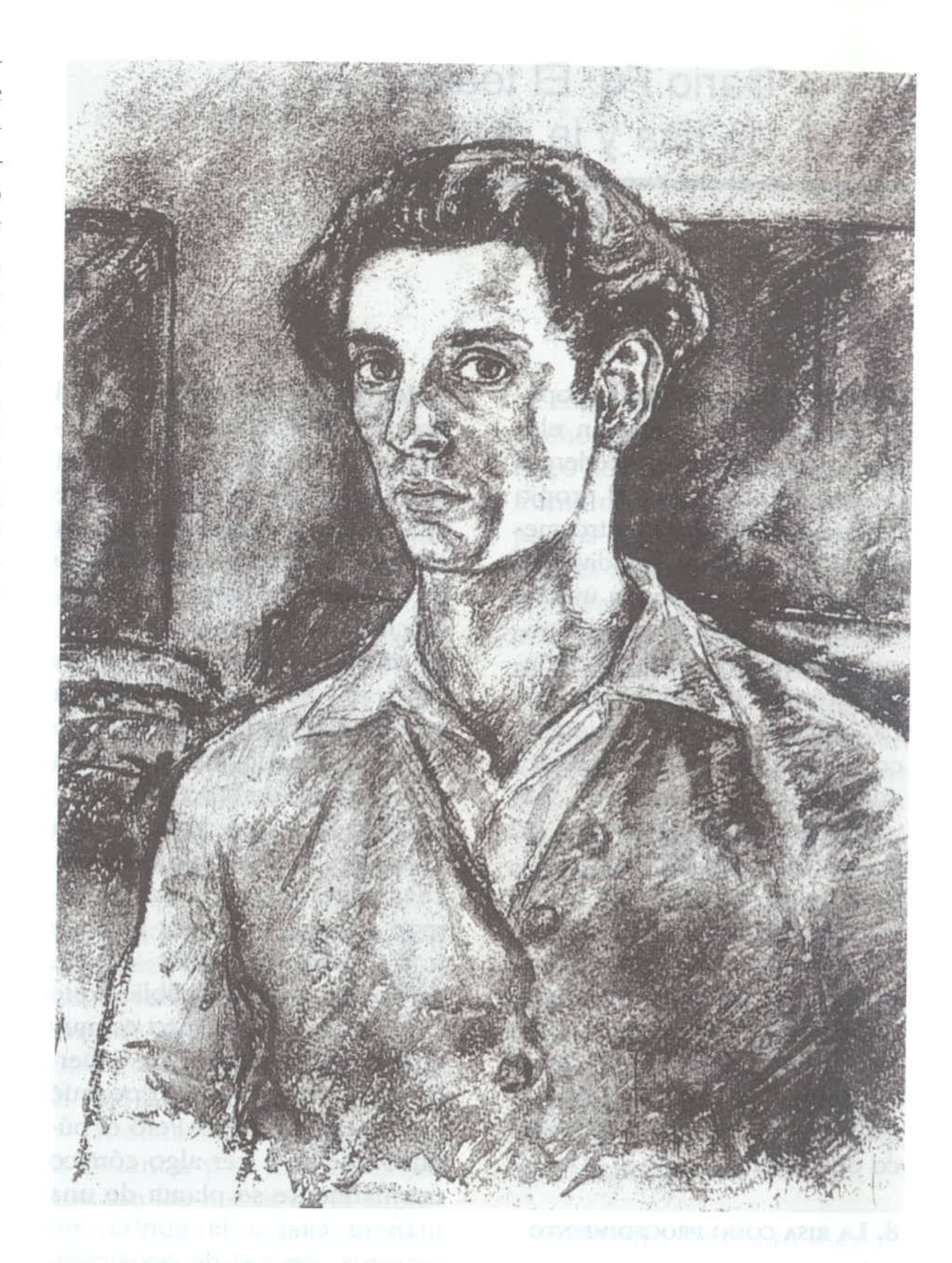
7. El devenir político

En definitiva, todo parece indicarnos que según Dario Fo *el teatro es un productor de ideología*, en el sentido más noble de esta palabra. A ello aludía el cómico italiano en una entrevista reciente. A la pregunta de si era necesario hacer política con el teatro, Dario Fo respondía: «Pues claro. Creo que en todo el gran teatro, el que ha llegado a nosotros, ha habido siempre un discurso político y social, tendente a estimular el interés, la participación, la solidaridad... o la indignación. En resumen, tomaba postura, colocándose a menudo como acusación contra ciertos modelos o actitudes de la sociedad, desde el teatro griego hasta el teatro más cercano a nosotros, incluyendo a Shakespeare y a Molière"[15]. La respuesta de Fo nos parece muy importante porque, lejos de manifestar con ella la arrogancia de su *caso particular*, remite su actividad a una objetividad política del funcionamiento teatral. A fin de cuentas, no hace falta ser anarquista -aunque como libertarios deberíamos comprender este hecho con más facilidad- para darse cuenta que, *en tanto representación, la forma-teatro ha guardado históricamente una homología nada casual con la forma-Estado.* Ambos habitan -y producen- la lógica de la representación. El teatro moderno, «desde Shakespeare y Molière hasta nosotros», ha manifestado una solidaridad profunda con la propia naturaleza del estado moderno, una relación semejante con «aquello» que representan: el cuerpo social. Toda la historia del teatro moderno está atravesada por esta homología. Las escenas nacionales del siglo XVI y XVII en Francia, Inglaterra, España o Italia y su «representación» del espacio público y específicamente político que surge precisamente entonces -¿hay que recordar las tragedias históricas de Shakespeare, *Ricardo III* o *Julio César*, o los dramas de Lope y Calderón, *Fuenteovejeuna, La vida es sueño*?-. También el teatro burgués e ilustrado del XVIII y sus polémicas: Rousseau y su rechazo del teatro justamente por lo que tenía de aparato diferenciado de una «sociedad natural» -el mismo argumento utilizado para recusar el Estado»; Diderot argumentando la necesidad de mantener la «ilusión teatral», la identificación entre la escena y el público, al mismo tiempo que advertía que esta ilusión no debía ser total, que se debía visualizar la diferencia -mínima- que existe entre teatro y vida. En fin, la lógica ilustrada de la dramatización del «espacio privado» -la familia, las costumbres, los sentimientos- como soporte verdadero de un buen funcionamiento del espacio político «de lo público» -y la negativa consiguiente a tratar sobre la escena «temas políticos», origen de buena parte de la pudibundez contemporánea. Temas y líneas de funcionamiento que llegan hasta nuestros días, y que por supuesto merecen un análisis mucho más pormenorizado que el que aquí podemos ofrecer[16]. Nos señalan que el funcionamiento teatral no ha sido jamás impermeable a una lógica política -burguesa o antiburguesa- tal y como ésta se manifiesta en nuestra modernidad.

Quizás por eso, el esfuerzo por construir otro teatro se une a las iniciativas que pretenden

configurar otra política: una política y un teatro, en el caso de Fo que, partiendo de la representación llegue a la *intervención*; un teatro en el que ya no haya mucho que representar y sí mucho que decir. De nuevo, cobra espacial relevancia la figura del *juglar*, que sólo representa para destruir lo que representa, y que sobre todo, ataca, informa, plantea, hace reír: «¡Aquí está el juglar! Os enseñaré a hacer sátira, a burlaros del amo, que es una vejiga grande y con mi lengua la voy a pinchar ¡Y os lo contaré todo, cómo viene y como va (...)! Eh, gentes! ¡Vamos a aplastar al amo! ¡Aplastar! ¡Hay que aplastarle!»[17]

¿Cómo se configura, entonces, este teatro-intervención? A nuestro modo de ver, los elementos que Fo pone en funcionamiento son tres. Los dos primeros lo explica el propio Fo en unos comentarios sobre *Muerte accidental de un anarquista*: «[Este] texto (...) tiene dos características principales, que son al mismo tiempo dos indicaciones de trabajo -o por lo menos de confrontación- para todo el que actúe en el frente cultural. Ante todo, el aspecto de "teatro-crónica", teatro que se convierte en intérprete del movimiento actual de la lucha de clases, de presencia en función del conocimiento crítico, contra toda actitud de burda descripción naturalista de los "fenómenos", y por el contrario, con el deber consciente de "síntesis" histórica y política. El segundo aspecto es del lenguaje, con sus raíces que brotan del rico patrimonio cultural del teatro popular, de la sátira, de la farsa



grotesca»[18]. Cualquiera que conozca un poco la tradición marxista puede darse cuenta de la carga de profundidad que suponen estas apreciaciones de Fo: en buena lógica leninista y gramsciana, el «intérprete del momento actual de la lucha de clases» no es otro que el «partido», la «organización» de vanguardia de la clase obrera constituida en «intelectual orgánico». Sin embargo, Fo nos señala al «juglar», al teatrero como su verdadero interprete, como el autor de la «síntesis histórica y política» del momento. Este ejercicio de libertad -no más «representación» de la lucha de clases, sino «intervención» directa sobre ella, sin intermediarios-, expresa un fino sentido de ironía política. Esta ironía se extiende igualmente al segundo aspecto manifestado por Fo: el lenguaje de esta «síntesis política» es el de la

Dario Fo. El teatro, la risa y la política

farsa, la sátira, una *koiné* popular en la que se mezclan elementos discursivos procedentes de muchísimos sitios: el propio lenguaje político, el teatro medieval y juglaresco, los diversos dialectos que rompen la unidad -geográfica y social- de la lengua materna, el gesto, las distintas retóricas del poder mediático, policial, jurídico, periodístico... La explosión lingüística que Fo pone en escena no sólo rompe con la «lengua mayor» de un teatro o una literatura instituida, sino también con la corrección del propio lenguaje político y sus pretensiones de totalización de la realidad social y sus conflictos. Pero sobre todo, sirve pone en marcha el tercer elemento que configura su teatro-intervención: el valor político de la risa.

8. La risa como procedimiento

Quizás sea éste el factor más característico de la producción teatral de Fo, aquél que lo hace inmediatamente reconocible, por más que no sea un rasgo exclusivamente suyo. El valor central de la comicidad de este teatro habla mucho, en primer lugar, de sus antecedentes inmediatos, de la tradición que Fo retoma haciendo suya. Más allá de los juglares o de la *commedia dell'arte*, aparece de forma sintomática la figura de Bertold Brecht. Carla Matteini, la traductora de Dario Fo, nos recuerda la importancia que Fo confiere a la concepción brechtiana de la risa: «Yo quiero que el público esté atento. La carcajada libera mucho y deja la mente despierta, mientras que el que va a ver un drama se deja llevar por la emoción y no piensa. Cuando sale, ha llorado mucho, se ha desahogado, pero no le ha quedado nada dentro. Yo estoy con Brecht cuando señala que muchas veces hay que usar el humor, porque el humor permite una percepción más aguda. Además, porque el público que va a ver algo dramático es muy connivente, está muy de acuerdo, es muy cómplice, porque quiere emocionarse. Pero el público que va a ver algo cómico normalmente se planta de una manera casi a la contra, no agresiva, pero sí de oposición, de decir: a ver si eres capaz de hacerme reír"[19]. Como es lógico, la mención de Brecht resulta fundamental porque a través de ella Dario Fo nos muestra la solidaridad creativa de su teatro con la marca principal de la épica brechtiana: el *extrañamiento*. En el *extrañamiento* encontramos la clave para una interpretación de la risa en el teatro de Fo: *la risa es el principal procedimiento por el cual el teatro ejecuta su función política*. Pero, ¿cómo es posible que lo cómico posea tal cualidad, de dónde proviene esta unión entre la risa y una política de corte emancipatorio? Para responder a este cuestión, merece la pena señalar que la percepción brechtiana del efecto «extrañador» y anti-catártico de la risa -y su práctica en el teatro de Fo- se corrobora en un ensayo del pensador francés Henry Bergson titulado precisamente *La risa*. Se trata de una magnífica aproximación a lo cómico sobre el cual Bergson apuntaba: «debo hacer notar ahora, como síntoma igualmente notable, la *insensibilidad* que casi siempre acompaña a la risa. Diríase que lo cómico se puede producir sólo cuando es recibido por una superficie espiritual pulida y tranquila. Su medio espiritual es la insensibilidad. Su peor enemigo es la emoción. (...) Es probable que en una sociedad de inteligencias puras no se lloraría, pero sí se reiría, mientras que entre almas en cuya persistente sensibilidad todo suceso produjera un eco sentimental, no se conocería ni se entendería la risa. (...) Para producir todo su efecto, lo cómico exige algo así como una momentánea exigencia del corazón, para dirigirse a la inteligencia pura"[20]. Al contraponer la inteligencia a las

emociones, y al colocar lo cómico del lado de aquella, se verifica en el análisis de Bergson una determinada naturaleza política de lo cómico en el teatro de Fo, una política que pretende aliarse con la inteligencia y el sentido crítico del espectador antes que con sus emociones y la política visceral que pudiera derivarse de éstas. Es más, al hacer apelación de la inteligencia, Fo puede abrir su teatro a la intervención real del público con el cual se inicia un diálogo político, porque en este llamamiento al público, a una inteligencia colectiva, se encuentra según Bergson otra de las condiciones de posibilidad de la risa: «es necesario que esta inteligencia esté en contacto con otras inteligencias. (...) No podríamos gustar de lo cómico si nos sintiéramos aislados, como si la risa necesitara de un eco. (...) Nuestra risa es siempre la risa de un grupo», en consecuencia «la risa debe responder a ciertas exigencias de la vida común, y debe tener, pues, un significado social"[21]. La risa que encontramos en Fo no implicaría por tanto la comunicación de una serie de significantes personales que un autor transmite a un público, sino la puesta en común de unos contenidos -políticos- que previamente ya son compartidos por todos, autor, actor y público. La naturaleza colectiva de la apuesta teatral de Fo se verifica, precisamente, en esta presencia de una risa que aglutina a todos en una misma comunidad tan risueña como inteligente. Es, además, la marca distintiva de la pertenencia a esa comunidad: si te ríes es que comprendes, y si comprendes de lo que se trata ahora es de que extiendas esta risa. La risa se constituye en un gesto social, «significa cierta imperfección del individuo o de la sociedad que impone una inmediata corrección. Esta corrección es la risa"[22], o dicho de otro modo, la risa señala el lugar de la imperfección que se corregirá a través de una acción política de la cual la risa es un anticipo.

En definitiva, la inteligencia, la distancia y su naturaleza social son los rasgos de la expresión cómica. Al encadenarse a ellos, el teatro de Fo consigue de nuevo que su arte conozca otro de su límites, vaya más allá del teatro en la medida en que, de nuevo en palabras de Bergson, «no es, por lo tanto, de la estética pura de la que nace la risa, puesto que persigue (de forma inconsciente, y hasta amoral en muchos casos particulares) un fin útil de perfeccionamiento general"[23]. En este punto, sin embargo, Bergson resulta especialmente ambiguo, y de esta ambigüedad se deriva el hecho innegable de que lo cómico sea igualmente el mecanismo de expresión de los prejuicios de una sociedad. Por eso, la risa de Fo, aún siendo colectiva no pretende ser general; si manifiesta algún prejuicio, es el prejuicio del grupo -público, clase, colectivo- del que nace. Utiliza los mecanismos *generales* de la risa para vehicular una crítica *particular* de la sociedad y propiciar una acción contra la misma; si su «espectáculo está lleno de juego grotesco es aposta. Nosotros no queremos liberar la indignación de la gente que viene a vernos. Nosotros queremos que la rabia se le quede dentro y no se libere, y que se convierta en lúcidamente activa en el momento en que nos encontramos"[24].

9. Nuestro derrotero toca ya a su fin. A través del mismo hemos intentado demostrar que las críticas que se han vertido sobre Fo a raíz de la consecución del premio Nobel se debían más a la manifestación de un prejuicio o un odio que a un razonamiento ponderado sobre la naturaleza y las implicaciones de su teatro y de la experiencia literaria que éste expresa. Por supuesto, las comedias de Fo pueden gustar o no. En su trayectoria de alrede-

Dario Fo. El teatro, la risa y la política

dor de cincuenta títulos las hay mejores y peores. Pero a nuestro juicio no es eso lo que importa, sino el conjunto de problemáticas que ponen en juego. El suyo es un punto de partida que desde hace ya tiempo forma parte del acervo teatral de nuestro presente escénico. En ese sentido, y a pesar de todo, quizás Dario Fo se nos haya convertido sin quererlo en un «clásico», y por eso su invitación más consistente puede que sea la de recomenzar el camino en el punto en el que él está ahora. Mientras tanto, regocijémonos al amparo de su sombra, y con agradecimiento aprendamos a mover contra los poderes el cuerpo, la cabeza y la lengua. Por una vez, seamos nosotros los que riamos.

ANTONIO MORALES TORO es filólogo y miembro de la Fundación Salvador Seguí y del Sindicato de Enseñanza de CGT de Granada.

NOTAS

[1] FO, Dario, *Misterio bufo*, trad. de Carla Matteini, Madrid, Siruela, 1998, p. 69.
[2] FO, Dario, «Contra *jogulatores obloquentes*», *Página abierta* (Madrid), 79 (enero 1998).
[3] TABUCCHI, Antonio, «Un "Bufón" en la Corte de Italia», trad. de Carlos Gumpert, *Babelia. El País* (Madrid), 21 de marzo de 1998, p. 9.
[4] VIZCAÍNO, Juan Antonio, «El juglar de hierro. Darío Fo», *Babelia. El País* (Madrid), 21 de marzo de 1998, p. 8.
[5] Las citas proceden de DELEUZE, Gilles y PARNET, Claire, *Diálogos*, trad. de José Vázquez, Valencia, Pre-textos, 1980, pp. 52 y 53.
[6] Citado en MATTEINI, Carla, «La maquinaria teatral», en FO, Dario, *Muerte accidental de una anarquista*, trad. de Carla Matteini, Hondarribia, Hiru, 1997, p. 12.
[7] RAME, Franca, «Una testimonanza di Franca Rame», en *Le commedie di Dario Fo*, vol. III, Turín, Einaudi, 1975, p. VIII.
[8] QUADRI, Franco, «Nota introduttiva», *Le commedie di Dario Fo*, vol. I, Turín, Einaudi, 1974, p. XIII.
[9] FO, Dario, *Manuale minimo dell'attore*, Turín, Einaudi, 1987, p.13.
[10] *Ibíd.*, p.15.
[11] RAME, Franca, *op. cit.*, p. XIII.
[12] FO, Dario, *Manuale minimo dell'attore, op. cit.*, p. 14.
[13] QUADRI, Franco, *op. cit.*, p. XIII.
[14] RAME, Franca, *op. cit.*, p. IX.
[15] Citado por MATTEINI, Carla, *op. cit.*, p. 11.
[16] El lector interesado puede consultar el magnífico ensayo de RODRÍGUEZ, Juan Carlos, «Lenguaje de la escena. Escena árbitro-/Estado árbitro», *La norma literaria*, 2ª ed., Granada, Diputación provincial de Granada, 1994, pp. 137-211.
[17] FO, Dario, *Misterio bufo, op. cit.*, p. 73.
[18] FO, Dario, «Introducción», *¡Pum, pum! ¿Quién es? ¡La policía!*, trad. de Carla Matteini, Madrid, Nueva Cultura, 1979, p. 17.
[19] «Entrevista a Carla Matteini», *Página abierta* (Madrid), 78 (Diciembre 1997), p. 8.
[20] BERGSON, Henry, *La risa*, México, Editorial Porrúa, 1996, p. 50.
[21] *Ibíd.*, pp. 50-51.
[22] *Ibíd.*, p. 77.
[23] *Ibíd.*, p. 55.
[24] FO, Dario, «Introducción», *¡Pum, pum! ¿Quién es? ¡La policía?, op. cit.*, p. 18.

Sobre literatura militante y sus problemas

Se nace hombre libre. La Obra Literaria de Vicente Ballester, estudio introductorio de José Luis Gutiérrez Molina, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz, 1998, 384 páginas.

La actualización del pensamiento y las prácticas libertarias continua siendo una tarea necesaria e incluso, si se quiere, una de las constantes que han determinado al anarquismo como corriente emancipatoria. Al menos lo mejor del anarquismo. A lo largo de la historia, eso ha significado la capacidad de generar mecanismos precisos para una *re-lectura* de sus tradiciones, tácticas, instrumentos de lucha y contenidos doctrinales. Por consiguiente, se puede afirmar que el anarquismo ha podido mantener un impulso utópico concreto, se ha manifestado como la expresión real de una alternativa, en la medida justa en que no sólo se ha articulado con lo más rico y novedoso de los movimientos sociales antagonistas al capital, sino también en la medida en que esos procesos de re-articulación, de composición política, le han obligado a releer su historia a la luz de un presente siempre inapelable.

Sin embargo, esta actualización necesaria no puede darse desde el olvido o el desconocimiento de la tradición propia; nadie puede permitirse el lujo de soslayar el riquísimo banco de experiencias, posibilidades y líneas de actuación que el anarquismo en su conjunto ha ido acumulando en su devenir. En esa tarea fundamental de rescate del olvido, de muestra presente de un campo de experiencia pasado puede inscribirse brillantemente *Se nace hombre libre. La Obra Literaria de Vicente Ballester*, y lo hace abordando uno de los rasgos más llamativos del movimiento libertario español: su vertiente estética.

Se nace hombre libre es un libro plural. En él están recogidas las diferentes novelas del destacado libertario gaditano Vicente Ballester publicadas desde 1927 a 1937 en distintas colecciones asociadas al aparato editorial de la familia Montseny. Se añade igualmente un informe firmado por el Comité Regional de la CNT de Andalucía, pero debido a la pluma de Ballester, en el que se relata los acontecimientos vividos en Casas Viejas en enero de 1933. Los textos de Ballester están precedidos de un extenso estudio introductorio de José Luis Gutiérrez Molina en el que se busca «analizar y situar la obra literaria de Ballester en su contexto económico, social y cultural, y en el de su propia biografía». Se trata de un estudio muy bien documentado, apoyado en una firme bibliografía esencial -en la que, no obstante, se echa de menos alguno de las aportaciones más recientes sobre el tema-, y en el que se da cuenta de diversos aspectos relacionados con la obra de Ballester: el contexto ideológico que rodea sus novelas, muy asociado a los postulados estéticos que impulsa Federico Urales; una detallada semblanza biográfica de Ballester, considerado uno de los libertarios de trayectoria más significa-

Sobre literatura militante y sus problemas

tiva de la Andalucía de los años 30; un análisis temático de los textos de Ballester, en el que confronta la *anécdota* relatada con referentes inmediatos del contexto histórico o de la propia biografía de Ballester. El estudio introductorio termina con la reproducción de un temprano artículo biográfico del profesor José Luis Millán-Chivite.

A pesar de afrontar el estudio de una serie de obras literarias, el trabajo de José Luis Gutiérrez Molina está enfocado desde una perspectiva esencialmente histórica. Su interés no reside tanto en el análisis de los textos de Vicente Ballester en cuanto novelas o cuentos propiamente dichos, lo cual hubiera impuesto una metodología por completo distinta, como en realzar su importancia en tanto documentos para un análisis histórico. La literatura se vuelve así una de las fuentes de las historia. Esta perspectiva es perfectamente legítima, aunque no esté exenta de problemas en la medida en que las relaciones entre el texto literario y la realidad histórica no suelen ser directas o explícitas. Pero dejando a una lado los problemas que pudieran suscitarse de la revisión -literaria- que Ballester hace de su tiempo, y la re-lectura que nosotros podemos hacer de la visión de Ballester, lo cierto es que esta narrativa parece estar solicitando a gritos un acercamiento de carácter histórico. Como muestra el trabajo de Gutiérrez Molina y se evidencia ya desde una primera lectura de las novelas, la suya es una literatura militante, instrumental, en donde cierta forma literaria se concibe más como el medio de transmisión de contenidos extra-literarios -morales, políticos- que como un ejercicio literario propiamente dicho. Su *valor*, pues, como el de tantas otras obritas militantes, hay que medirlo desde esta intencionalidad explícita y no desde el contraste con un *canon* literario ajeno a esa finalidad inmediata. Por ello, no resulta exagerado afirmar que la falta de calidad literaria de la literatura ácrata española de los años veinte y treinta es directamente proporcional a su *transitividad*, su voluntad de perderse en el presente del que surge y a cuya redención quiere servir. Pasado ese presente y su inmediatez, el sentido de estas novelas desaparece, se pierde para la literatura lo que antes se había disuelto en la historia, y es por tanto en las disciplinas históricas en donde este sentido puede reaparecer. Como contrapartida, el público las ignora hoy con justicia.

Hasta aquí las novelas de Ballester y el estudio de Gutiérrez





Molina. Ahora bien, al esfuerzo de la memoria es preciso añadirle el trabajo de la interpretación, y en ese sentido cabe plantearse algunas cuestiones sobre esta articulación entre literatura y política en el anarquismo español de los años veinte y treinta. De la misma se podrían hacer las siguientes apreciaciones muy generales:

En primer lugar el modelo específico de relacionar literatura y política que se efectúa en las novelas de Ballester, así como en la obra de Federico Urales, Federica Montseny, Mauro Bajatierra y tantos otros autores asociados a las colecciones de *La novela ideal* o *La novela libre* no determina en absoluto un modo general de relación entre literatura y anarquismo, y menos aún una estética libertaria. Años antes, sin ir más lejos, la asociación entre anarquismo y literatura se producía desde parámetros muy diferentes, más como la composición entre las figuras más «vanguardistas» del ámbito literario -piénsese la significación de un *Azorín* o un Baroja en el contexto finisecular- y el movimiento libertario que como una subordinación de la forma literaria al interés político. De hecho, un fenómeno análogo iba a comenzar a surgir en los años treinta entre algunos de los escritores más sugerentes del momento -Alberti, Cernuda, Bergamín- y el movimiento comunista. Incluso un novelista de raza «criado» en los medios anarcosindicalistas como Ramón J. Sénder, fue incapaz de substraerse a esa atracción.

Eso no significa, en segundo lugar, que la novelística surgida alrededor de la familia Montseny se escribiera fuera de cualquier contenido estético. Por el contrario, los trabajos de Joan Montseny muestran una apuesta estética muy precisa por un realismo de corte melodrámatico y moralizante, muy ligado al folletín decimonónico. En su obra teórica y en nombre del anarquismo, Montseny jamás ahorró denuestos ni críticas a los principales movimientos literarios españoles del siglo, incluyendo el modernismo. Y esta apuesta tuvo sus consecuencias: por lo pronto un alejamiento total del movimiento libertario español de la historia viva de su literatura: fenómenos como las vanguardias literarias, el novecentismo, la llamada «generación del 27» e incluso lo más granado de la novela comprometida de los treinta apenas si se rozaron con el anarquismo. Además, la subordinación literaria a la urgencia del dictado político o moral, propia de esta estética montse-

Sobre literatura militante y sus problemas

niana, acerca insospechadamente los resultados de la narrativa asociada a su aparato editorial a los del «realismo socialista» del stalinismo, también anclados en un cierto realismo moralista y de folletín, desdeñosos hasta el sectarismo de cualquier innovación formal o temática, defensora de la primacía política sobre la autonomía literaria.

Por lo demás, este tipo de novelas populares, al margen, por supuesto, de la calidad humana o política de sus autores, es significativa de la poderosa atracción que unió literatura y política durante la primera mitad de siglo, una atracción por cierto hoy inimaginable para nosotros. En cualquier caso, y simplificando mucho, esta atracción prefigura dos caminos posibles: el que acerca la literatura a la política, los escritores al campo de las luchas sociales, de forma diversa y con resultados plurales, pero siempre enriqueciendo la literatura con campos de experiencia, escritura y rigor inéditos; pero también el camino que de la política quiere trazarse hacia la literatura, un camino en el que, bajo el eufemismo de «política literaria», suele urdirse la mordaza que pretende producir *una* determinada literatura, *una* determinada estética, una clausura -en definitiva- de la experimentación literaria.

Las relaciones entre literatura y anarquismo a lo largo de la historia han conocido ambos extremos, y una de las escasas ventajas de nuestro presente es que nos permite saber a dónde conducían cada uno de ellos. Por ello quizás se pueda afirmar que en lugar de esgrimir una «estética anarquista», los libertarios deberían encontrar fórmulas de composición con lo más sugerente de su presente literario. Quizás ahí *también* se muestre, aunque sea sólo tangencialmente, un signo de su capacidad real como movimiento político, de su potencial utópico, de su *suerte* como apuesta global de transformación.

A. M. T.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A LIBRE PENSAMIENTO

Copia o envía este cupón a:
Libre Pensamiento
Compañía, 9 1º izq. 31001 Pamplona

Deseo suscribirme a la revista **Libre Pensamiento,** al precio de 1.700 pesetas, por 4 ejemplares, y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- ☐ Domiciliación bancaria (Hay que rellenar y firmar el boletín adjunto)
- ☐ Giro postal

A partir del número ....
Nombre..
Apellidos ....
Domicilio particular ....
Población ....C. postal ....
Provincia........................Teléfono ....
País ....Fecha ....
Firma:



NOTA: La suscripción para el extranjero es de 2.300 pesetas para los 4 números

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Nombre ....
Apellidos ....
Domicilio...
Población ....C.P.: ....
Provincia ....Teléfono ....

Banco/Caja de Ahorros..
Domicilio de la Agencia...
Población ....
Provincia..
Titular de la cuenta o libreta..
Domicilio..

Nº Banco ☐☐☐☐ Nº sucursal ☐☐☐☐ D.C. ☐☐ Nº Cuenta ☐☐☐☐☐☐☐☐☐☐

Sírvase atender con cargo a mi cuenta los recibos presentados a mi nombre por CGT.

Firma:

Si has elegido esta forma de pago, envíanos este boletín, o copia del mismo, junto a tu tarjeta de suscripción.

